



**INSTITUTO LATINOAMERICANO DE ARTE, CULTURA E
HISTORIA (ILAACH)**

**PROGRAMA DE POSGRADO EN
LITERATURA COMPARADA (PPGLC)**

**REPRESENTACIÓN DE LOS ESPACIOS MEMORATIVOS EN EL CARIBE
COLOMBIANO:
ANÁLISIS DE *VER LO QUE VEO* (2017) Y *LOS CRISTALES DE LA SAL* (2019)**

ANGIE MELISSA GAMBOA YARURO

Foz de Iguazú
2026



INSTITUTO LATINOAMERICANO DE ARTE, CULTURA E
HISTORIA (ILAACH)

PROGRAMA DE POSGRADO EN
LITERATURA COMPARADA (PPGLC)

**REPRESENTACIÓN DE LOS ESPACIOS MEMORATIVOS EN EL CARIBE
COLOMBIANO:
ANÁLISIS DE *VER LO QUE VEO* (2017) Y *LOS CRISTALES DE LA SAL* (2019)**

ANGIE MELISSA GAMBOA YARURO

Tesis presentada al Programa de Posgrado en Literatura Comparada de la Universidad Federal de Integración Latinoamericana, como requisito parcial para obtener el título de Mestre en Literatura Comparada.

Orientador: Prof. Dr. Carlos Henrique Lopes de Almeida

Foz de Iguazú
2026

Catálogo elaborado pelo Setor de Tratamento da Informação
Catálogo de Publicação na Fonte. UNILA - BIBLIOTECA LATINO-AMERICANA - PTI

G192r

Gamboa Yaruro, Angie Melissa.

Representación de los espacios memorativos en el Caribe colombiano: análisis de *Ver lo que veo* (2017) y *Los cristales de la sal* (2019) / Angie Melissa Gamboa Yaruro. – Foz do Iguaçu, 2026.
124 f.

Dissertação (Mestrado) – Universidade Federal da Integração Latino-Americana. Instituto Latino-Americano de Arte, Cultura e História. Programa de Pós-Graduação em Literatura Comparada. Foz do Iguaçu-2026.

Orientador: Carlos Henrique Lopes de Almeida.

1. Literatura comparada. 2. Memória na literatura. 3. Literatura colombiana. 4. Caribe colombiano. I. Almeida, Carlos Henrique Lopes de. II. Universidade Federal da Integração Latino-Americana. III. Título.

CDU 82.091(862)

ANGIE MELISSA GAMBOA YARURO

**REPRESENTACIÓN DE LOS ESPACIOS MEMORATIVOS EN EL CARIBE
COLOMBIANO:**
ANÁLISIS DE *VER LO QUE VEO* (2017) Y *LOS CRISTALES DE LA SAL* (2019)

Tesis presentada al Programa de Posgrado en
Literatura Comparada de la Universidad Federal de
Integración Latinoamericana, como requisito
parcial para obtener el título de Mestre en
Literatura Comparada.

BANCA EXAMINADORA

Orientador: Prof. Dr. Carlos Henrique Lopes de Almeida
UNILA

Prof. Dr. João Pereira Loureiro Junior
UEAP

Prof. Dr. Wilson Martínez Guaca
UNICATOLICA

Foz de Iguazú, 26 de febrero de 2026.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, agradezco a mi profesor orientador no sólo por las constantes orientaciones en este trabajo, sino también por todo el conocimiento transmitido durante este proceso. Sin sus grandes consejos académicos, no habría podido darle forma a este proyecto.

A los profesores de la banca de defensa, por sus orientaciones y correcciones. Ha sido un placer contar con dos mentes maravillosas como las suyas y con su experiencia para ampliar mis conocimientos y mejorar mis ideas.

A mis compañeros de clase, que con sus intervenciones en las aulas y sus recomendaciones de lectura me ayudaron a ampliar mi repertorio lingüístico y a ver la literatura como una herramienta que da voz a las comunidades minorizadas a lo largo de la historia. Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a mi compatriota Anyie Lorena Cajamar Torres, quien me brindó una amistad incondicional y me apoyó en todo momento, creyendo en mí cuando más lo necesitaba.

A mis abuelos y abuelas, por contarme historias sobre el folclore caribeño e inculcarme su amor por nuestra tierra y por preservar nuestra memoria. Y, para finalizar, a mis padres y hermanos, que, desde la distancia, me dieron palabras de aliento para no desistir y que siempre estuvieron presentes en cada una de las etapas de este momento de mi vida académica.

La memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos, y gracias a ese artificio, logramos sobrellevar el pasado.

Gabriel García Márquez

RESUMEN

El Caribe colombiano es uno de los principales destinos turísticos del país, pero también es una zona marginada política, cultural y socialmente dentro del imaginario nacional. Esta región, dividida en la zona caribeña y la insular, suele representarse como un lugar con playas paradisíacas, mezcla de culturas, gran concentración de manifestaciones culturales y el centro de diversos patrimonios culturales. Sin embargo, detrás de esta imagen se ocultan dos comunidades cuya memoria ha sido silenciada y que resisten a la esclavitud económica y política del mercado turístico, así como la explotación y el despojo de sus tierras (Bendek, 2022). Así mismo, considerando que la distancia entre estas dos regiones es de aproximadamente 720 km, los residentes de la región insular, han recibido más influencia de las culturas antillanas que de Colombia, enfrentando no sólo una barrera geográfica, sino también cultural. Por consiguiente, teniendo en cuenta la importancia de recuperar la memoria de las regiones caribeña e insular, la estrecha relación que tienen estas comunidades con el espacio y la posibilidad de que los espacios puedan convertirse en sujetos portadores de recuerdos y dotados de una memoria que supera la de los seres humanos (Assmann, 2016), este proyecto pretende llevar a cabo una recuperación comparativa a través de la representación de los espacios memorativos en las obras *Ver lo que veo* (2017), del escritor cartagenero Roberto Burgos Cantor, y *Los cristales de la sal* (2019), de la escritora sanandresana Cristina Bendek. Esta investigación, enmarcada en los estudios de literatura comparada y de carácter cualitativo, con énfasis en la revisión bibliográfica, se basa en los trabajos de William Ospina (2013), Márcio Seligmann-Silva (2022), Benedict Anderson (1993), Gaston Bachelard (2000), Josefina Ludmer (2010), Paul Ricoeur (2004), Aleida Assmann (2016), Luis Alberto Brandão (2013) y Maurice Halbwachs (2013); y, se dividirá en tres capítulos: (1) Desarrollo del imaginario nacional y exclusión de la región caribeña e insular; (2) evolución de la novela y estudio del espacio en Colombia, y (3) análisis y rescate comparativo de las dos obras. Entre los resultados obtenidos, cabe destacar la marginalización geográfica sufrida por dichas comunidades, el uso de espacios naturales y arquitectónicos como reactivadores de la memoria colectiva e individual, la influencia de los autores en la representación de los espacios y el contraste entre la organización geográfica oficial y la llevada a cabo por las protagonistas.

Palabras clave: Memoria; espacio; Caribe colombiano; imaginario; despojo.

RESUMO

O Caribe colombiano é um dos principais destinos turísticos do país, mas também é uma zona marginalizada política, cultural e socialmente dentro do imaginário nacional. Esta região, dividida entre a zona caribenha e a insular, costuma ser representada como um lugar com praias paradisíacas, mistura de culturas, grande concentração de manifestações culturais e centro de diversos patrimônios culturais. No entanto, por trás dessa imagem, escondem-se duas comunidades cuja memória foi silenciada e que resistem à escravidão econômica e política do mercado turístico, bem como à exploração e à expropriação de suas terras (Bendek, 2022). Da mesma forma, considerando que a distância entre essas duas regiões é de aproximadamente 720 km, os residentes da região insular receberam mais influência das culturas antilhanas do que da Colômbia, enfrentando não apenas uma barreira geográfica, mas também cultural. Portanto, considerando a importância de recuperar a memória das regiões caribenha e insular, a estreita relação que essas comunidades têm com o espaço e a possibilidade de que os espaços possam se tornar portadores de lembranças e dotados de uma memória que ultrapassa a dos seres humanos (Assmann, 2016), este projeto pretende realizar uma recuperação comparativa por meio da representação dos espaços memorativos nas obras *Ver lo que veo* (2017), do escritor cartagenero Roberto Burgos Cantor, e *Los cristales de la sal* (2019), da escritora sanandresana Cristina Bendek. Esta investigação, enquadrada nos estudos de literatura comparada e de caráter qualitativo, com ênfase na revisão bibliográfica, baseia-se nos trabalhos de William Ospina (2013), Márcio Seligmann-Silva (2022), Benedict Anderson (1993), Gaston Bachelard (2000), Josefina Ludmer (2010), Paul Ricoeur (2004), Aleida Assmann (2016), Luis Alberto Brandão (2013) e Maurice Halbwachs (2013); e será dividida em três capítulos: (1) Desenvolvimento do imaginário nacional e exclusão da região caribenha e insular; (2) evolução do romance e estudo do espaço na Colômbia, e (3) análise e resgate comparativo das duas obras. Entre os resultados obtidos, destacam-se a marginalização geográfica sofrida por essas comunidades, o uso de espaços naturais e arquitetônicos como ferramenta para reativar a memória coletiva e individual, a influência dos autores na representação dos espaços e o contraste entre a organização geográfica oficial e a realizada pelas protagonistas.

Palavras-chave: Memória; espaço; Caribe colombiano; imaginário; despojo.

LISTA DE FIGURAS

Figura 1 – Mapa de la Gran Colombia.....	18
Figura 2 – Mapa actual de Colombia.....	22
Figura 3 – Mapa de Cartagena, Santa Marta y Venezuela por Jacques-Nicolas.....	34
Figura 4 – Mapa del Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina...	42
Figura 5 – Delimitación marítima entre Colombia y Nicaragua.....	50
Figura 6 – Posible ubicación del barrio en <i>Ver lo que veo</i>	91
Figura 7 – Reorganización de la isla por Victoria Baruq	93
Figura 8 – Foto de Jeremiah Lynton y Rebecca Bowie	98
Figura 9 – Portada edición en español	108
Figura 10 – Portada edición en danés	108

LISTA DE ABREVIATURAS Y SIGLAS

ACCU	Autodefensas Campesinas de Cordada y Urabá
ACNUR	Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados
ANUC	Asociación Nacional de Usuarios Campesinos
AUC	Autodefensas Unidas de Colombia
CNRR	Comisión Nacional de Reparación y Restitución
CONICET	Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
ELN	Ejercito Liberal Nacional
EPL	Ejército Popular de Liberación
FARC-EP	Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo
GMH	Grupo de Memoria Histórica
INCORA	Instituto Colombiano de la Reforma Agraria
OCCRE	Oficina de Control, Circulación y Residencia
UNLP	Universidad Nacional de La Plata

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	12
1 Colombia: una comunidad imaginada para el mercado	16
1.1 LA DISPUTA TERRITORIAL Y LA RESISTENCIA EN LA REGIÓN CARIBEÑA.....	33
1.2 La disputa territorial y la resistencia en el Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina	40
2 La literatura y el espacio como herramienta de registro memorativo	51
2.1 La literatura Colombiana: un recorrido histórico.....	51
2.1.1 La novela histórica: una disputa entre la historia y la ficción	53
2.1.2 De la novela regional tradicional a la <i>glocal</i>	58
2.1.3 La novela de la violencia y la legitimación del género novela	61
2.2 Representación de los espacios memorativos en la literatura	65
2.2.1 El espacio en la literatura: una línea conceptual.....	65
2.2.2 Conceptualización de los espacios memorativos	68
3 Análisis comparativo de <i>Ver lo que veo</i> (2017) y <i>Los cristales de la sal</i> (2019).....	78
3.1 Presentación de los autores.....	80
3.2 <i>Ver lo que veo</i> : un mundo de personas sin nombres	82
3.3. <i>Los cristales de la sal</i> : un tour DIFERENTE por la isla	84
3.4 Representación de los espacios memorativos en las obras	87
CONSIDERACIONES FINALES	110
REFERENCIAS.....	112

INTRODUCCIÓN

Después del movimiento independentista del siglo XIX, la región latinoamericana experimentó importantes transformaciones políticas, sociales y económicas como resultado de los proyectos de nacionalización y organización política de cada uno de los Estados. No obstante, pese a que este escenario se presentó casi de forma simultánea en los diferentes países latinoamericanos y estos se influenciaron entre sí, no todos los acontecimientos históricos tienen el mismo destaque ni han sido objeto de estudio, como por ejemplo la revolución mexicana, cubana y haitiana, y las dictaduras de Argentina, Brasil y Chile, entre otros. Lo anterior ha generado un gran desconocimiento internacional y de cierta forma, ha creado una cortina de humo sobre los ambientes políticos y sociales atravesados y que aún atraviesan la mayoría de los países de la región.

Al analizar cada una de las etapas de la formación académica, es posible observar que Colombia es uno de los países que menos presencia tiene en el camino histórico que se presenta para entender y pensar las realidades históricas nacionales que contribuyeron a la construcción de la Latinoamérica que se conoce hoy. Lo poco que se conoce a nivel internacional se basa en los diferentes estereotipos transmitidos por las películas y series americanas/nacionales, relacionados exactamente con la situación del narcotráfico, y en la publicidad turística que, además de transmitir una idea errónea del país y darle protagonismo a una pequeña fracción de su historia, silencia las luchas y resistencias de las diferentes comunidades que habitan en el territorio.

Este desconocimiento también es evidente en los colombianos, quienes en la mayoría de los casos no conocen la realidad de las zonas más alejadas del centro del país. Las instituciones educativas y los medios de comunicación han sido una herramienta fundamental para el silenciamiento, ya que se han caracterizado por transmitir y criticar la historia de los países vecinos con el fin de desviar la atención de los colombianos hacia otros problemas, mientras en su país se vive uno de los mayores conflictos políticos del continente, con cientos de miles de muertos, grandes olas de migraciones hacia otros países, deterioro de las instituciones gubernamentales, un gran número de hectáreas robadas, incremento de la inseguridad y millones de víctimas y refugiados internos (Ospina, 2013).

El silenciamiento de los espacios naturales también fue una estrategia utilizada

para la construcción del Proyecto de Nación. Además de ser el único país sudamericano que limita con los océanos Pacífico y Atlántico, teniendo una posición estratégica, Colombia cuenta con una gran variedad de sistemas geográficos que, durante muchos años, han sido explotados por el mercado y dominados por grupos paramilitares y/o guerrilleros. Sin embargo, con el objetivo de ocultar esta situación y facilitar el robo de tierras, en parte patrocinado por el Estado, estos espacios se representaban en los mapas como lugares sin civilización, territorios baldíos, espacios consumidos por las selvas o praderas inundadas.

El país cuenta con seis regiones naturales: Amazonía, Andina, Caribe, Insular, Orinoquía y Pacífico. A fin de delimitar esta investigación, se estudiarán dos de las regiones más afectadas a lo largo de la historia: el Caribe y la Insular, las cuales suelen representarse en el discurso nacional como un lugar con playas paradisíacas, mezcla de culturas, concentración de muchas manifestaciones culturales y artísticas, centro de diversos patrimonios culturales, entre otros aspectos. Con todo, lo cierto es que detrás de esa imagen se esconde toda una historia de tragedias y desdichas que sólo pueden describir quienes la han vivido, y, aunque la historia de estas regiones es diferente, sus residentes han tenido que soportar las mismas problemáticas: el silenciamiento de su comunidad, la explotación de sus recursos naturales y el despojo de sus tierras.

Un aspecto que llama mucho la atención de estas zonas es lo desapercibido que han pasado sus problemáticas para los colombianos y para el resto del mundo, siendo unas de las regiones más turísticas del país. Considerando la alta concentración de grupos paramilitares, guerrilleros y carteles de narcotráfico, de acuerdo con el informe del Grupo de Memoria Histórica (GMH) de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación titulado *La tierra en disputa: memorias de despojo y resistencia campesina en la Costa Caribe (1960-2010)*, no hay un registro completo y detallado de las personas afectadas por las diversas masacres, ni de las tierras robadas. Lo anterior deja en evidencia la efectividad en las políticas de silenciamiento implementadas por el Estado para mostrar una imagen más armoniosa del país, con el fin de aumentar la inversión extranjera y el flujo de turistas.

Frente a esta problemática, la literatura y las artes se convirtieron en una herramienta esencial de resistencia al silenciamiento y de lucha frente a la violencia sufrida por las comunidades minorizadas (Seligmann-Silva, 2022); por lo tanto, surge una red de escritores locales que han asumido el papel de divulgadores de la verdad,

utilizando sus escritos como una herramienta para dar voz y denunciar determinados acontecimientos enfrentados a través de la historia. Un ejemplo de lo anterior es el escritor cartagenero Jorge Eliécer Burgos Cantor (1948-2018), considerado por los críticos literarios como uno de los más importantes escritores de la generación pos-Boom Latinoamericano, por su marcante escritura poética y por retratar en sus obras su inconformismo con la situación actual de la sociedad caribeña.

Así como la escritora sanandresana Cristina Bendek (1987-actualidad), quien en su primera y única obra tradujo los resultados de años de investigación en la isla de San Andrés, con el objetivo de retratar la resistencia y memoria de la nación creole (comunidad nativa de la isla) y denunciar que, dentro del paraíso turístico en el que se ha convertido esta zona, hay una comunidad que vive atrapada en la esclavitud política y económica en una reserva natural que tiene pronóstico de desaparecer debido a la debilitación de su ecosistema.

Tomando en consideración lo presentado anteriormente, la elección de este tema se remite a la importancia de hacer una recuperación de la memoria de la región Caribe e Insular, que permita entender las luchas y la realidad que enfrentan sus comunidades. Dado que sus residentes tienen una estrecha relación con el espacio y que uno de sus principales problemas es la pérdida de este, y que existe la posibilidad de que los espacios puedan convertirse en sujetos portadores de recuerdos y dotados de una memoria superior a la de los seres humanos (Assmann, 2016); este trabajo busca rescatar la memoria del Caribe colombiano a través de la reconstrucción del espacio, presente en las obras *Ver lo que veo* (2017) de Roberto Burgos Cantor y *Los cristales de la sal* (2019) de Cristina Bendek.

Es pertinente aclarar que la obra *Ver lo que veo* (2017) está narrada por 15 voces, por lo que, con el fin de delimitar su estudio y brindar resultados completos, el análisis de este libro se hará desde la perspectiva de Otilia de las Mercedes Escorzia, narradora principal, primera residente del barrio en el que transcurre la historia y personaje que a través de lo que observa en el espacio y en las actividades cotidianas va construyendo la memoria del barrio y de sus habitantes.

La hipótesis inicial de este trabajo es que el estudio de la reconstrucción espacial de estas obras puede ofrecer una cartografía memorativa de los caribeños continentales y de la nación creole, que ha sido excluida dentro de la memoria nacional y que puede contradecir la idea de país armonioso y feliz que han transmitido los medios; así como una cartografía del despojo sufrido a lo largo de los años. Por otro

lado, la elección de las obras se realizó a través de un sondeo entre las novelas publicadas en los últimos 10 años por escritores de las dos regiones, su fortuna crítica, los premios recibidos y el manejo del espacio en la narrativa. Después de conocer las posibles opciones y con el fin de trabajar obras que no hayan sido tan estudiadas en este tema, se llegó a la elección de estas.

La literatura comparada ha sido una de las metodologías de investigación que más ha recibido contribuciones por parte de la crítica poscolonial, dado que, con esta nueva forma de comprender el mundo, se rompen las fronteras literarias, lingüísticas y nacionales con el fin de hacer comparaciones entre diversos países y entender mejor las diásporas de las diferentes comunidades minorizadas (Coutinho, 2003). No obstante, dichas comparaciones no se limitaron a países; posteriormente, este concepto de literatura comparada tuvo que ampliarse para aceptar otras formas de expresión, dado que muchas de las comunidades silenciadas tienen diversas formas de transmitir su memoria que no pueden clasificarse en una escala de valor, puesto que, de lo contrario, volveríamos a caer en la perspectiva eurocéntrica.

Esta investigación, insertada en los estudios de la literatura comparada y de carácter cualitativa, con énfasis en la revisión bibliográfica, se dividirá en tres capítulos. El primer capítulo explicará la construcción del imaginario colombiano y cómo estas dos regiones vivieron los diferentes procesos de violencia que se produjeron en el país. El segundo capítulo presentará una breve explicación del desarrollo de la novela en Colombia y de cómo se ha representado el espacio en la literatura. Por último, el tercer capítulo se centrará en el análisis comparativo de las dos obras, tanto en la forma de representar los espacios como en la construcción de su memoria. Para finalizar, este estudio se considera relevante, ya que propone un giro decolonial y pretende aportar elementos esenciales para la reorganización de la identidad y la memoria nacional, así como las bases para futuros estudios en el área.

1 COLOMBIA: UNA COMUNIDAD IMAGINADA PARA EL MERCADO

Considerando las palabras del sociólogo francés Maurice Halbwachs: “[...] los acontecimientos pasados se seleccionan, comparan y clasifican de acuerdo con necesidades o reglas que no se imponían a los círculos de hombres que durante mucho tiempo fueron su repositorio vivo” (2006, p. 100, traducción propia¹); y las del crítico literario, escritor y profesor brasileño, ganador del Premio Jabuti de Literatura² en 2006, Márcio Seligmann-Silva: “Nuestras ‘comunidades imaginadas’ son construidas con piezas, con imágenes de la memoria, que sirven como pilar para crear nuestro ‘en común’” (2022, p. 30, traducción propia³). Durante más de doscientos años, el Estado ha recuperado el pasado según sus intereses y beneficios, implementando políticas de silenciamiento en las comunidades que no encajan en su imaginario y erigiendo monumentos a personajes que sólo reprodujeron la máquina colonial europea.

Dicho lo anterior, el principal problema del país es que la situación a la que se enfrenta actualmente es la misma que en el siglo XX: la ausencia del pueblo en el discurso nacional. Para comprender mejor el desarrollo de este problema y la construcción del imaginario colombiano, así como las problemáticas a las que se enfrentan actualmente estas dos regiones del país, es importante destacar algunos aspectos relevantes de su historia. Según el escritor y político colombiano William Ospina, galardonado con el Premio Rómulo Gallegos en 2009 por su obra *El país de la canela* (2008):

La primera impresión que tienen de Colombia los viajeros es la de un pueblo dulce, hospitalario y feliz, tan acogedor, que a veces no pueden creerlo, y les cuesta aceptar la verdad de esa trama de acumuladas tragedias y desdichas que sólo puede describir quien lo conoce (2013, p. 104).

En los premios *Readers Choice Awards* 2019, Colombia se situó en el top 16 de la lista de los 20 mejores países del mundo para viajar, y las islas de San Andrés y Providencia fueron elegidas como unas de las mejores islas del continente americano

¹ [...] os acontecimentos passados são selecionados, comparados e classificados segundo necessidades ou regras que não se impunham aos círculos dos homens que por muito tempo foram seu repositório vivo.

² Uno de los premios literarios más importantes de Brasil. Jabuti es el nombre dado a un tipo de tortuga terrestre o morrocoy nativa de Sudamérica.

³ Nossas “comunidades imaginadas” são construídas com peças, com imagens da memória, que servem de esteio para criar o nosso “em comum”.

(Tamayo, 2019). Así mismo, en una encuesta realizada a 41 países en 2021, Colombia se clasificó como uno de los países más alegres, y fue definido y difundido como un pueblo que se caracteriza por su hospitalidad, positividad y sus diversas fiestas carnavalescas (Blu Radio, 2022).

Noticias como esta son las que los medios de comunicación⁴ transmiten a nivel internacional y las que generan que tanto los visitantes como los residentes conozcan sólo una parte de la realidad colombiana y les cueste aceptar la versión del pueblo que ha sido silenciada desde su “independencia”. En consecuencia, la imagen de Colombia que se conoce hoy en día es una comunidad imaginada creada para el mercado extranjero y no para su pueblo, que pasó de ser dominado a través del discurso a ser dominado por medio de la violencia.

Por otro lado, como señala el politólogo e historiador irlandés Benedict Anderson: “[...] las naciones no tienen nacimientos claramente identificables y sus muertes, si ocurren, nunca son naturales” (1993, p. 285). Aunque se establezca una fecha de independencia y se considere como el “nacimiento” de la nación, diversos acontecimientos que sucedieron antes o después contribuyeron en mayor medida a fortalecer mejor la idea de nación. No se puede establecer una fecha de origen cuando están surgiendo diversas comunidades dentro de lo que se considera un Estado. Todas las comunidades son verdaderas, ya que se construyen en torno a un sentimiento de pertenencia compartido por todos sus miembros (Anderson, 1993).

Sin embargo, si se pretende ubicar temporalmente al lector, la idea de las élites criollas de establecer una identidad nacional mejor que la impuesta por los europeos, no surge con su independencia en 1810, sino meses después de la Batalla de Boyacá, liderada por el venezolano Simón Bolívar en 1819, cuando, mediante una ley, se crea la Gran Colombia y se aprueba la bandera tricolor como símbolo nacional en un territorio y unas fronteras que no concuerdan con las actuales (ver figura 1). Esta nueva República estaba conformada por lo que hoy se conoce como Panamá, Colombia, Ecuador y Venezuela (antes de la separación de Guyana).

Siguiendo la idea de Anderson, nación es “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (1993, p. 23).

⁴ En este trabajo se cuestionan los medios de comunicación impresos, digitales y audiovisuales, como, por ejemplo, las revistas físicas y digitales de turismo, los anuncios publicitarios transmitidos por las diferentes redes sociales y por televisión, y las páginas web de las secretarías departamentales.

Es imaginada porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión. [...] Se imagina limitada porque incluso la mayor de ellas, que alberga tal vez a mil millones de seres humanos, tiene fronteras finitas, aunque elásticas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones. [...] Se imagina soberana porque el concepto nació en una época en que la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico, divinamente ordenado (Anderson, 1993, p. 23-25).

Dicha imaginación se crea mediante diferentes símbolos que representan “lo común” de sus integrantes; en este caso, los símbolos patrios (flor, animal, himno, escudo y bandera), el español como lengua oficial y el catolicismo como religión principal. Una vez culminado el periodo de independencia, quedaron dos grandes estructuras organizativas: el ejército, que creció desenfrenadamente y luego se utilizó contra el pueblo, y la Iglesia, que definió la organización de la nueva nación. En 1822, “la imagen de la República independiente y soberana se había afirmado por completo en la conciencia de América, y todas las gentes se rendían sin reservas a esa evidencia” (Gaviria, 2001, p. 40), razón por la cual los habitantes de las islas de Providencia y San Andrés se unieron voluntariamente y juraron obediencia a la Constitución de la Gran Colombia.

Figura 1 - Mapa de la Gran Colombia



Fuente: ProColombia⁵, 2020.

⁵ Disponible en: <https://colombia.co/pais-colombia/historia/asi-fue-la-gran-colombia-de-bolivar>.

Este reconocimiento por parte de los Estados Unidos también llamó la atención de los grupos patrióticos de Cuba, Puerto Rico y República Dominicana, que pretendían unirse a la Gran Colombia. Sin embargo, los conflictos internos que debilitaban la República y el interés de otros países en esos territorios impidieron que lo lograran. La disolución de esta primera tentativa de nación ocurrió en 1831, con la separación oficial de Venezuela y Ecuador y la creación de la República de la Nueva Granada, que posteriormente, en 1886, pasaría a denominarse República de Colombia.

Ese mismo año, ante la falta de una unidad territorial, étnica y lingüística, el Gobierno y la Iglesia católica implementaron políticas de poblamiento forzado en las zonas con mayor diversidad cultural y lingüística, con el objetivo de homogeneizar a la población que aún no hablaba español, consolidar nuevamente la nación y construir la memoria histórica y social del país. El español, una lengua proveniente de Europa que se utilizó para adoctrinar y asesinar a muchos pueblos originarios en la época colonial, volvió a ser la principal herramienta para la construcción de la identidad colombiana.

Además de lo anterior, la idea de nacionalismo, al igual que en el resto de los países latinoamericanos, surgió, según Benedict Anderson (1993), cuando tres concepciones culturales fundamentales perdieron su control sobre la mente de las personas. La primera concepción era la idea de que la lengua escrita ofrecía un acceso privilegiado a la verdad y, por lo tanto, era superior a la oralidad. La segunda era la creencia de que la sociedad se organizaba de forma natural en una estructura jerárquica liderada por Dios y en la que los monarcas estaban por encima del resto de las personas. La tercera era una concepción de la temporalidad en la que la cosmología y la historia del ser humano no se podían distinguir, lo que daba sentido al propósito de la existencia y ofrecía diversas formas de redención.

Por ende, para crear ese imaginario común y construir una historia nacional exitosa, las políticas de silenciamiento eran el mejor recurso para el Estado y la Iglesia. Como afirma Márcio Seligmann-Silva: “[...] para que cada narrativa se ajustara a una historia nacional “de éxito”, debían borrarse otras historias” (2022, p. 17, traducción propia⁶), ya que, como se mencionó anteriormente, la esencia de una nación es que todos o la gran mayoría de los individuos que la conforman tengan cosas en común,

⁶ [...] para que cada narrativa se adequasse a uma história nacional “de sucesso”, dever-se-iam apagar outras histórias.

así como que hayan olvidado las mismas cosas; en otras palabras, que los individuos sean una tabla rasa y puedan ser moldeados según los intereses de estas dos entidades.

Los centros educativos, al ser uno de los primeros espacios en los que los niños entran en contacto con la historia del país, fueron el escenario más relevante para la ejecución de dicho proyecto y el silenciamiento de las memorias de las comunidades que no encajaban en ese “común”. Los textos escolares debían ser aprobados por estas dos instituciones mediante un concurso, y los intelectuales que participaban debían cumplir con las directrices propuestas y estar de acuerdo con la doctrina católica (Pinilla, 2003). Los textos que no cumplían con dichos requisitos eran eliminados y reducidos a contenidos insanos y anticiudadanos.

A finales del siglo XIX, el novelista Jorge Ricardo Isaacs Ferrer (1837-1895) escribió un libro sobre los mitos y las lenguas de los pueblos indígenas de la región del Bajo Magdalena, con el objetivo de resaltar la importancia e influencia que estos tuvieron en la historia del país. No obstante, el entonces presidente Miguel Antonio Caro (1892-1898) prohibió su publicación, puesto que el escritor “[...] estaba defendiendo unas lenguas y costumbres que el gobierno ya había decidido eliminar, sujetando a las comunidades indígenas al poder disolvente de las misiones religiosas” (Ospina, 2013, p. 21). Como consecuencia de esta censura literaria, gran parte de la literatura colombiana se escribió en el exilio y muchas lenguas indígenas hoy están en peligro de extinción.

Un ejemplo claro de esto es la lengua cofán, también conocida como a'ingae, lengua nativa del pueblo cofán, que habita en la frontera entre Colombia y Ecuador. Según el profesor y filósofo Omar Contreras (2025⁷), quien lleva más de 20 años trabajando en la revitalización de esta lengua: “Hay muchos muchachos que son colonizados, se podría decir que ya no les gusta el idioma. Ellos creen que son blancos”, razón por la cual los menores de 18 años ya no hablan su lengua y consideran que su preservación no es relevante para su pueblo. Hoy en día, ese desinterés o falta de conocimiento de su lengua nativa por parte de los jóvenes, no sólo se debe al sistema educativo, sino también al desplazamiento forzado que los obliga a salir de sus aldeas desde muy jóvenes e instalarse en ciudades aledañas o resguardos del Gobierno.

⁷ Disponible en: <https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/lenguas-indigenas-un-tesoro-nacional-en-peligro-3417164>.

El libro *Compendio de la historia de Colombia para la enseñanza en las escuelas primarias de la República*, de los intelectuales Gerardo Arrubla y Jesús María Henao, publicado en 1911 y reeditado en 1960, fue el material aprobado para su circulación y difusión en el contexto escolar. En este libro, los autores defendían ideas políticas y religiosas, y relacionaban la iconografía patriótica con lo sagrado y lo mítico. También expresaban su gratitud hacia la colonización española, ya que, en su opinión, había llevado el país a la civilización y le había regalado la religión. Sin embargo, dejaron de lado los referentes indígenas, gitanos, mestizos y afrocolombianos presentes en el territorio. Actualmente, aunque este libro no se encuentra entre la bibliografía obligatoria de las escuelas, sus ideas siguen influyendo en el pensamiento de la sociedad y aún se transmiten en la mayoría de los centros educativos.

El sistema educativo también fue el principal instrumento para propagar la desigualdad, ya que, después de que las comunidades que no hablaban español fueran obligadas a ir a la escuela para aprender la lengua y la “memoria” del país, con el paso de los años y la diversificación de los materiales escolares, para las élites “[...] los libros y la educación echarían a perder las mayorías que votaban obedeciendo sólo a la fe y al fanatismo inoculado desde los pulpitos” (Ospina, 2013, p. 53). Como resultado, en numerosas ocasiones rechazaron la idea de una educación universal, gratuita y obligatoria, y el sistema educativo dejó de ser accesible para las comunidades que el gobierno pretendía mantener oprimidas y alejadas del Proyecto de Nación.

En otras palabras, el discurso construido por el Estado y que ha mantenido “unida” a la población durante estos siglos, es el discurso colonial que nunca fue erradicado del todo y que sólo se transformó para sobrevivir y adecuarse a las necesidades de la época. Como afirma Márcio Seligmann-Silva:

La colonialidad en la que vivimos reproduce dispositivos que replican la máquina colonial. La racialización subalternizante, la misoginia, la homofobia y la transfobia sostienen la continuidad del dispositivo maquínico colonial. [...] Negacionismos, silenciamientos y genocidios siguen como práctica central del capitalismo en su fase neoliberal sin frenos (2022, p. 329, traducción propia⁸).

⁸ A colonialidade na qual vivemos reproduz dispositivos que replicam a máquina colonial. A racialização subalternizante, a misoginia, a homofobia, a transfobia sustentam a continuidade do dispositivo maquínico colonial. [...] Negacionismos, pagamentos e genocídios seguem como prática central do capitalismo em sua fase neoliberal sem freios.

Dada la efectividad del Proyecto de Nación y la buena posición geográfica con Panamá bajo su dominio, Colombia se estaba abriendo paso en el mercado y consolidando como país caribeño. No obstante, el siglo XIX comenzó con la Guerra de los Mil Días (1899-1902), un conflicto civil entre liberales y conservadores originado por el poder otorgado a las iglesias y otros grupos privilegiados. El conflicto finalizó con la firma del Tratado de Wisconsin, que benefició principalmente a los conservadores. Una de las consecuencias de esta guerra fue la separación de Panamá en 1903, con el apoyo de Estados Unidos, que estaba interesado en dicho territorio para construir el aclamado canal interoceánico (el Canal de Panamá).

Tras esta guerra civil, el país quedó en ruinas a nivel económico, diversos paisajes y riquezas naturales se deterioraron y perdió territorio frente a los países vecinos, lo que dio como resultado una cartografía similar a la actual (ver figura 2). Por consiguiente, no sólo se le dificultaba a la población minorizada la construcción de un discurso propio y su representación en la historia, sino que la sociedad colombiana en general era consciente del ciclo repetitivo en el que estaba inmersa y de que el Estado no había logrado instaurar el orden ni convertirse en el legitimador y protector de la vida y la propiedad que había prometido ser, sino que se había convertido en el principal promotor de la violencia.

Figura 2 – Mapa actual de Colombia



Fuente: Merino⁹, 2021.

⁹ Disponible en: <https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/mapa-politico-colombia/>.

En su intento de restaurar la economía y las pérdidas territoriales, millones de pequeños propietarios campesinos y comunidades indígenas fueron despojados de sus tierras. De acuerdo con William Ospina: “[...] contra un mundo donde la palabra viva en los labios era la fuente mayor de legitimidad, aquí, se impuso de tal manera la letra escrita que muy significativamente los títulos de propiedad terminaron llamándose, en un tono casi bíblico, ‘la escritura’” (2013, p. 11). Así, lo que en Brasil se conoce como *grilagem de terras* (técnica que consistía en falsificar títulos de propiedad y usar grillos para deteriorar los documentos y darles un aspecto antiguo) fue utilizado por los grandes terratenientes y el gobierno para “legitimar” lo que la palabra hablada de los campesinos e indígenas no podía.

Frente a esta nueva problemática, surgió en el país la idea de que la ley es para los de ruana, es decir, para los campesinos y las comunidades marginadas. Esto se debía a que dichas comunidades se sentían utilizadas y excluidas de las decisiones y normas establecidas por el Estado, que sólo mantenía una democracia de fachada en la que no había igualdad de oportunidades ni de calidad de vida. El descontento del pueblo colombiano frente a las acciones del gobierno conservador provocó que resurgieran las disensiones entre liberales y conservadores, y que el Estado comenzara a actuar con mayor fuerza, puesto que:

[...] la dirigencia colombiana aceptaba como legítima toda violencia que se ejerciera desde el poder y condenaba como criminal toda violencia que se opusiera a las autoridades, incluso la de legítima defensa, aunque la actuación de las autoridades fuera evidentemente injusta (Ospina, 2013, p. 86).

En la segunda década del siglo XIX, el lema del gobierno era mirar hacia el norte y ser como ese país, por lo que Estados Unidos comenzó a tener una participación significativa en el territorio colombiano y ninguna decisión se tomaba sin su consentimiento. Mientras en Estados Unidos se mejoraban las condiciones laborales y el derecho a la huelga, en Colombia las empresas estadounidenses explotaban a los trabajadores y asesinaban a cualquiera que intentara defender sus derechos. Este hecho quedó reflejado en la Masacre de las Bananeras, ocurrida en el municipio de Ciénaga (región Caribe) en 1928, un acontecimiento que fue dado a conocer al mundo por los escritores caribeños Álvaro Cepeda Samudio, en su obra *La casa grande* (1962) y Gabriel García Márquez, en su obra *Cien años de soledad* (1967).

Ese mismo año, tras regresar al país después de hacer su doctorado en Italia, Jorge Eliécer Gaitán Ayala (1903-1948) fue elegido representante a la Cámara, inició una investigación sobre lo ocurrido en la masacre y lideró manifestaciones contra la corrupción del Gobierno conservador; consolidándose como defensor de las causas populares. En 1930, ganó la presidencia el liberal Enrique Alfredo Olaya Herrera (1930-1934) y los conservadores, con ayuda de la Iglesia, “construyeron la leyenda negra del liberalismo ascendente, y proclamaron ante un campesinado crédulo y manipulable que estaba llegando un viento satánico” (Ospina, 2013, p. 58).

Después de esa incesante disputa bipartidista, y al darse cuenta de que los líderes políticos liberales habían abandonado los principios por los que luchaban y habían dejado de lado al pueblo que los había apoyado durante años, Gaitán creó en 1933 la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria, un movimiento político de liberales de izquierda alejado del bipartidismo tradicional, y, planteó la necesidad de una Reforma Agraria que regulase la apropiación indebida de tierras (Peña, 2018). A pesar del éxito de este movimiento, se disolvió en 1935 debido a las acusaciones de comunismo y a las intimidaciones que sufrían sus integrantes, por lo que Gaitán volvió nuevamente al Partido Liberal tradicional. En 1936, fue elegido alcalde de Bogotá, pero su mandato no duró mucho debido a las presiones de la derecha.

En este punto, Jorge Eliécer Gaitán era el único líder del liberalismo y su discurso estaba despertando a los oprimidos y convocándolos a una transformación histórica. Se había convertido en la voz del pueblo, en el principal adversario político de la oligarquía colombiana y en el candidato con más posibilidades de ganar las elecciones presidenciales de 1950. No obstante, en 1948 Gaitán fue asesinado de un disparo al salir de su oficina, lo que desató una serie de disturbios que arrasaron el centro de Bogotá, dejaron miles de muertos y debilitaron al Gobierno. Este acontecimiento quedó registrado en la historia como el Bogotazo, y el año 1948 pasó a conocerse como el año de la ira. Hoy en día, para la mayoría de los colombianos, “la vieja Colombia murió el 9 de abril de 1948: la nueva no ha nacido todavía” (Ospina, 2013, p. 115).

Dos años después, en una Colombia marcada por la desigualdad y diversos conflictos internos, pero indomable y motivada por el discurso gaitanista, llegó a la presidencia Laureano Eleuterio Gómez Castro (1950-1953), un político de la extrema derecha que, durante su mandato, otorgó más poder a la Iglesia católica, invisibilizó la cultura popular (sus danzas, músicas, relatos, artes, artesanía, creencias, etc.) que

no representaban el imaginario social, exaltó la lógica de la conquista europea, se opuso a los derechos de las mujeres, glorificó la superioridad del hombre blanco sobre las “razas inferiores” y propuso la segregación y el exterminio de los liberales. Su gobierno finalizó con el Golpe de Estado de 1953, llevado a cabo por el teniente general Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957).

Este golpe fue bien recibido por gran parte de la población, puesto que puso fin a la crisis y la violencia que estaba enfrentando el país, y no se hizo uso de la fuerza militar ni de la violencia para derrocar al gobierno de Laureano Gómez. El objetivo principal de Pinilla era pacificar el país, por lo que intentó mantener a los dos partidos fuera del poder e invitó a los grupos revolucionarios a dejar las armas y reincorporarse a la vida civil. Durante sus cuatro años de mandato, también llevó a cabo diversas acciones de modernización, como la construcción de aeropuertos y autopistas, la instalación de redes eléctricas y de abastecimiento de agua en diversos municipios, y el reconocimiento del voto femenino.

Sin embargo, no todo fue positivo durante este periodo, ya que también hubo censura en los medios de comunicación, abusos contra la sociedad civil y enriquecimiento ilícito. Lo anterior generó presión por parte de los dos partidos y en 1957 Gustavo Rojas Pinilla renunció al poder, dando paso a una supuesta era democrática establecida por el Frente Nacional (1958-1974). Este pacto fue firmado entre el liberal Alberto Lleras Camargo y el conservador Laureano Eleuterio Gómez Castro, con la finalidad de turnarse en la presidencia durante 16 años.

Con la llegada del bipartidismo al poder, los desmovilizados y los grupos revolucionarios patrocinados por los partidos fueron traicionados y asesinados. Un ejemplo de lo anterior es el asesinato de los líderes del grupo guerrillero de los llanos, Guadalupe Salcedo y Dúmar Aljure, quienes confiaron en el indulto y la reinserción a la vida civil, pero fueron asesinados mientras cumplían con su rutina diaria. Por eso, en 1960, se formaron de nuevo los grupos guerrilleros y las luchas se trasladaron al campo, lejos de la capital, dando inicio al conflicto armado que ha vivido el país durante más de 60 años y dejando en evidencia que Colombia es, en realidad, el país de las 32 guerras de Aureliano Buendía.

A partir de 1970, los grupos guerrilleros empezaron a secuestrar, extorsionar y desplazar personas con la intención de financiarse. Como respuesta a estas prácticas, surgieron los grupos paramilitares, cuya intención era apoyar a los militares y restablecer el orden. Sin embargo, esto intensificó la violencia, facilitó la unión de otras

bandas criminales y carteles de narcotráfico a la guerra, e influyó en el crecimiento poblacional en las ciudades y en la falta de oportunidades laborales para las personas desplazadas.

En 1953 éramos doce millones, y desde entonces cada veinte años la población creció en doce millones de habitantes: 24 millones en 1973, 36 millones en 1993, 48 millones en 2013. Pero la industria no volvió a crecer después de 1970. [...] Es triste comprobar que el poder envanecido de su democracia no movió un dedo para proteger al pequeño campesino sacrificado, y tampoco hizo el menor esfuerzo por darle la bienvenida en la ciudad, a donde llegaba arrastrando relatos dolorosos, llevando en la memoria la colcha de retazos de su mundo perdido. [...] Allí se produjo, por penúltima vez, no sólo la urbanización de los campesinos sino la ruralización de la ciudad (Ospina, 2013, p. 86-87).

Con el paso de los años, todas las partes involucradas olvidaron sus objetivos iniciales de lucha e implementaron el financiamiento ilícito, de modo que, entre 1988 y 2002 —la época más convulsa del conflicto—, Colombia se convirtió en un espacio dominado por las incursiones armadas, las desapariciones, el desplazamiento forzado, la expropiación de tierras, las masacres, los secuestros de civiles y políticos, el terrorismo, las torturas, las ejecuciones extrajudiciales como los falsos positivos, entre otras prácticas. Esta situación afectó principalmente a los pueblos más alejados de las grandes ciudades, especialmente los de las regiones del Pacífico, Caribe e Insular, que no recibían la debida atención por parte del Gobierno y se convirtieron en objeto de masacres y asentamientos de grupos guerrilleros, paramilitares y narcotraficantes.

Desde 2005, la intensidad del conflicto armado ha disminuido un poco debido a los tratados que el Estado ha firmado con grandes estructuras paramilitares, como las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) en 2006, y guerrilleras como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) en 2016. Actualmente, el presidente Gustavo Francisco Petro Urrego (2022-actualidad) está en diálogo con el grupo guerrillero Ejército de Liberación Nacional (ELN). Sin embargo, todavía existen algunos grupos paramilitares, guerrilleros y carteles de narcotráfico con los que el Estado no ha logrado dialogar, razón por la cual muchas familias siguen siendo despojadas de sus tierras, asesinadas, masacradas y secuestradas.

En el informe *Tendencias Globales de Desplazamiento Forzado 2022*, elaborado por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), se indica que Colombia sigue siendo el país con mayor número de

desplazados internos, superando a Siria con un total de 8,4 millones de víctimas, según el Registro Único de Víctimas, de las cuales 6,8 millones son beneficiarias de la Ley 1448 de 2011, para la atención, asistencia y reparación integral de las víctimas del conflicto armado interno. Según el Grupo de Memoria Histórica (2010), estas cifras son aún mayores y, hasta la fecha, no se ha podido elaborar sistemáticamente un cuadro cuantitativo de esta problemática, ya que muchas de las víctimas no tenían títulos de propiedad que justificaran su despojo y quedaron fuera del registro.

Para los expertos en este periodo de violencia y para los historiadores, la última guerra civil que enfrentó el país fue la Guerra de los Mil Días, en la que claramente hubo dos bandos identificables y diversas batallas. En el caso del conflicto armado actual, aunque ha sido la mayor movilización de civiles armados de la historia del país, no ha habido batallas, sino el surgimiento de diversos grupos que luchan en su propio beneficio y diversas etapas, como:

(1) Ajuste (1988-1991), determinado sustancialmente por el final de la guerra fría, los procesos de paz, la Asamblea Nacional Constituyente y las primeras manifestaciones del paramilitarismo; (2) estancamiento (1992-1995), en el que la intensidad del conflicto disminuye, y (3) recrudecimiento (1996-2002), en el que la frecuencia de ataques y combates, así como la intensidad del conflicto aumentan de forma alarmante alcanzando su pico en el año 2002 (Restrepo; Spagat; Vargas, 2004, p. 8-9).

Debido a estos periodos de violencia recurrentes, el mundo entero empezó a considerar el país como una de las zonas más violentas. En consecuencia, con el fin de proyectar una imagen positiva del país en el extranjero, romper los paradigmas existentes sobre este y restaurar la economía, la Asociación de Productores y Exportadores (Proexport) diseñó en 2005, junto con empresas del sector privado, una estrategia de competitividad llamada Marca País Colombia. Para cumplir con dicho objetivo, el producto de la campaña es la marca “Colombia es Pasión”:

[...] una marca que nos simboliza y nos diferencia del resto de países, exaltando lo mejor que tenemos, nuestra gente, su pasión, y forma de ver el mundo. [...] Esta campaña nos pertenece a todos, y en la medida en que valoremos su importancia y la hagamos realmente un símbolo de nuestra cultura, podremos obtener los beneficios económicos y de calidad de vida que esta nos puede representar. [...] La pasión es el “apellido” de los colombianos. [...] La pasión es lo que nos une, lo que nos distingue como colombianos. No es forzada o falsa en nosotros, es natural, es parte de nuestro ADN. No somos uno de los países más felices del mundo por casualidad, es gracias a la pasión que sentimos por la vida, por el trabajo, por la familia, por la paz (ProColombia, 2022).

Dicha iniciativa, al estar fundamentada en ideales capitalistas, ha logrado estabilizar la economía del país, al mismo tiempo que aumenta la desigualdad interna. Su objetivo es mostrar “la otra cara de Colombia” y eliminar la idea de país violento, pero la imagen que se transmite debe pasar por un filtro que beneficia sólo a las grandes empresas y al Estado. No se puede negar que, “en los últimos años, el país ha registrado importantísimos avances en diferentes aspectos como la seguridad, la economía, los indicadores de calidad de vida, entre otros” (ProColombia, 2022) y es importante que también se muestren al mundo. No obstante, en su afán por ser considerado como uno de los mejores destinos para viajar e invertir, surge de nuevo la idea de construir una sociedad homogénea y utópica, y se implementa una vez más el discurso colonial.

Como se mencionó anteriormente, las zonas más turísticas del país son la región caribeña e insular, donde esta campaña se ha implementado a la perfección, hasta el punto de silenciar su memoria y resistencia. A pesar del desarrollo del sector turístico, que conlleva a la explotación de los recursos naturales, la inseguridad, la falta de condiciones de vida dignas y la violencia continúan. Mientras las empresas se enriquecen cada vez más y el Estado mejora la imagen del país, las comunidades de estas regiones se empobrecen y se silencian cada vez más. Tomando las palabras de William Ospina (2013), en el país aún existe “[...] la tendencia a dejar a las muchedumbres en la pobreza y en el abandono, y correr a esconder a los pobres cuando el mundo viene a mirarnos” (p. 22).

Considerando que el tema central de este trabajo es el espacio como sujeto de memoria y que las disputas territoriales han sido el eje central de los conflictos en el país, dejando un gran número de comunidades despojadas, es importante definir los términos “despojo” y “territorio”. En 2011 se publicó en Colombia la Ley 1448, por medio de la cual se dictan las medidas para la atención, asistencia y reparación integral de las víctimas del conflicto armado interno, y en la que se presenta el concepto de despojo, que serviría de base para tomar acciones frente a las denuncias sobre desplazamiento forzado. Según el artículo 74:

Se entiende por despojo la acción por medio de la cual, aprovechándose de la situación de violencia, se priva arbitrariamente a una persona de su propiedad, posesión u ocupación, ya sea de hecho, mediante negocio jurídico, acto administrativo, sentencia, o mediante la comisión de delitos asociados a la situación de violencia (p. 24).

Esta definición, pese a ser la más actualizada, ha sido criticada por muchos investigadores colombianos, puesto que da a entender que el despojo es algo puntual y casual que ocurre una vez, cuando en realidad se trata de un proceso que apenas comienza con la expropiación de las tierras. Muchas de estas personas desplazadas, en su afán de tener un lugar donde vivir y un medio para subsistir, pasan a ser explotadas laboralmente por instituciones o agentes. También deben pasar por todo un proceso de adaptación y organización. El paso del campo a la ciudad no es fácil para la mayoría, que deben enfrentarse a un sistema educativo desconocido, la inseguridad social y la exclusión por su origen campesino, entre otros aspectos.

Debido a lo anterior, como señala la Comisión Nacional de Reparación y Restitución (CNRR), en su documento *El despojo de tierras y territorios* (2009), cuando se habla de despojo, se habla de un proceso que “requiere de más investigación y análisis para entender sus causas, efectos y motivaciones” (p. 14), en vista que:

Puede considerarse como despojo aquel proceso por medio del cual involuntariamente un grupo o un individuo se ven privados material y simbólicamente por fuerza o coerción, de bienes muebles e inmuebles, lugares y/o territorios sobre los que ejercían algún uso, disfrute, propiedad, posesión, tenencia u ocupación para la satisfacción de necesidades. El despojo es el proceso mediante el cual, a partir del ejercicio de la violencia o la coacción, se priva de manera permanente a individuos y comunidades de derechos adquiridos o reconocidos en su condición humana, con relación a predios, propiedades y derechos sociales, económicos y culturales (CNRR, p. 30).

Este proceso se describe con mayor detalle en la obra *Ver lo que veo* (2017), ya que, si bien no se ofrecen muchas informaciones sobre la vida de los habitantes antes de llegar al barrio donde transcurre la historia, la obra se centra en las consecuencias del despojo. Por ello, los relatos presentados revelan todas las intimidaciones y asesinatos de familiares/amigos que sufrieron antes de ser despojados por completo de sus tierras. En una conversación que Otilia de las Mercedes Escorzia tiene con tres jóvenes que ella considera como sus hijas, afirma lo siguiente:

Mi familia y yo vivíamos en las tierras que quedaban en las sabanas, de arrozales, pastos, frutales, ganados, cultivos de necesidad para entretener el hambre, aves sueltas y cáfilas de perros secos y ruidosos. [...] Ellos supieron que esa vida no es natural, ni designio de Dios. Y empezaron los incendios, los asaltos, las cercas que se corrían en las noches. Imagínate una guerra por quitarnos esa nada em la cual estábamos antes de la independencia, cuando aquí mandaba un rey lejano de mandatos que nadie cumplía (p. 38).

Como se mencionó anteriormente, muchas víctimas como Otilia, por no tener un título de propiedad, no son apoyadas/reconocidas por el Estado y no logran ser reubicadas en un lugar propicio para continuar su vida, de modo que su lucha territorial continúa y deben recurrir a la invasión de espacios y a la obtención de los servicios básicos mediante métodos ilegales. De acuerdo con las palabras de la narradora, en este barrio “titilan las luces blancas de las bombillas que se conectan al cable escondido por el que se consigue la energía. Luz de contrabando. Sirve al barrio. O sea: nos la robamos” (p. 11). Además, “la autoridad no acepta que esto se llame barrio, esto es una invasión. Se pueden imaginar: invasiones a esta altura de los tiempos. Si ya nos invadieron y conquistaron y colonizaron y violaron [...] (p. 20-21).

Las personas que son despojadas de sus tierras no sólo se enfrentan a la violencia sistémica por parte del Estado, sino también a la ruptura familiar. La mayoría de las familias quedan incompletas, no sólo por el asesinato, secuestro o reclutamiento de sus seres queridos, sino también porque, al no tener apoyo, se ven obligadas a separarse para intentar encontrar un futuro mejor. Eso es lo que le ocurrió al marido de Otilia, que emigró a Venezuela en su época dorada, cuando ella estaba embarazada, y nunca más volvió, dejando solo su memoria y una carta que expresaba su amor.

Yo fui una de las primeras pobladoras y vine preñada de mi hombre, el papá de mi hija. Él se arrancó para Venezuela a levantar los billetes, la prosperidad, la fortuna, la fama. Lo conozco por lo que vivimos. Lo poco que alcanzó a decirme. Lo poco que dicen de él. Yo prefería el silencio. Mi hija no lo ha visto en la vida. Lo leyó una vez (p. 17).

El despojo no sólo afecta a la supervivencia de las víctimas, sino también su identidad y memoria, ya que sus proyectos de vida se ven afectados y quedan fuera del imaginario nacional del que antes formaban parte, así fuera como minoría. Aunque las víctimas sean reubicadas y reciban ayuda del Estado, esta situación no puede repararse por completo: las personas afectadas ya no podrán ser quienes eran antes y siempre las invadirá el miedo a perder nuevamente todo lo que lograron construir y a pasar por el mismo proceso de encontrar a sus amigos y familiares muertos.

Ustedes creen que los despojos de la propiedad donde se vive, esa tierra que se va convirtiendo en mi tierra y ese mi, mi, que apega y enraíza, donde se ve crecer a los de uno y morir y uno mismo se muere aquí, esa historia con sueños y una enramada de tomates, unas gallinas flacas cagándose por todas partes seguidas de los pollitos ruidosos que se comen las zorras, una

siembra de maíz y tantos aguaceros y largas sequias, ustedes creen que esto es reparable cuando nos sacan a la fuerza y nos matan a un pariente, a un amigo. No tiene reparación. Nadie nos devuelve lo arrancado. Ni la venganza equilibra el corazón (p. 42-43).

Por otro lado, en la estructura narrativa, el autor refleja un escenario en el que el despojo se repite y en el que las víctimas luchan por preservar lo poco que les queda. El libro comienza con la frase “siempre veo lo mismo” (p. 9) y termina con la expresión “¿Veo lo mismo? Vista de ver y ver. Ausencias y retirados presentes. ¿Será presente el momento en que uno participa y se queda allí? Lo veo y lo veo” (p. 541), dejando claro que todo es cíclico en esta sociedad: el pasado se repite con algunas modificaciones, pero el resultado sigue siendo el mismo, el silenciamiento de una comunidad víctima de la creciente deterioración del orden institucional. Pese a los varios intentos de los residentes de proteger su barrio, de intentar registrar su historia y memoria, al final fueron nuevamente despojados de su territorio:

Y después nos ganamos otra echada, en esta nos sacaron de lo que nos pertenece, arrojados como bandidos, usurpadores. Allí dejamos tanta vida que aquí seguimos incompletos. ¿Cómo se completará uno? Dígame usted. Empezar incompletos nos va dejando incompletos. Cuando llegamos aquí nos dijeron que esto no era de nadie. Ahora es de nosotros: ¿cuántos años metiéndole nuestra vida completa a este cenagal? (p. 412).

Por su resistencia no pudieron ser completamente despojados del barrio, pero tuvieron que enfrentarse de nuevo a las desapariciones y muertes de sus seres queridos. El primer residente en aparecer muerto fue Ulises, un joven aspirante a cantante que robaba por las noches y que apareció en la orilla del río, con los ojos abiertos sin mirar nada en específico: “Era una especie de mensaje extraño, una amenaza. Matan a alguien quién sabe dónde y lo traen aquí, al barrio que no hemos terminado de hacer, que estamos haciendo” (p. 527). Lo extraño de este suceso fue que las autoridades no lograron determinar la causa de su muerte y lo catalogaron como víctima de una pelea de pescadores, lo cual no tenía sentido, ya que sus heridas no correspondían a un disparo de arpón; empezando así la expulsión del pueblo.

Por otro lado, siguiendo las palabras del investigador argentino Horacio Bozzano (2009), etimológicamente el término “territorio” proviene del latín *terra torium*, que hace referencia a “la tierra que pertenece a alguien”, y se complementa con *stlocus*, que significa “lugar o sitio”. En geografía, el territorio se asocia a un espacio o lugar que se encuentra bajo un dominio jurídico, ya sea un Estado o una entidad

administrativa en menor escala, como una alcaldía, y es delimitado por medio de acuerdos internacionales y mapas. En otras palabras, ese “alguien” al que se hacía referencia anteriormente pasa a ser una entidad más estructurada, legalizada y con documentación escrita que certifica su autoridad sobre ese espacio, como se puede encontrar en el capítulo 4 de la Constitución Política de Colombia (1991):

Forman parte de Colombia, además del territorio continental, el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, la isla de Malpelo, además de las islas, islotes, cayos, morros y bancos que le pertenecen. También son parte de Colombia, el subsuelo, el mar territorial, la zona contigua, la plataforma continental, la zona económica exclusiva, el espacio aéreo, el segmento de la órbita geoestacionaria, el espectro electromagnético y el espacio donde actúa, de conformidad con el Derecho Internacional o con las leyes colombianas a falta de normas internacionales.

No obstante, debido a las deficiencias se esta definición establecida por la geografía, se han producido diversos debates que sentaron las bases del concepto de “territorialidad”, que hace referencia a la forma de apropiación y a la relación que se establece entre la persona, la sociedad y el espacio. En este sentido, el profesor e investigador colombiano Gustavo Montañez Gómez (2001) afirma que la idea de territorialidad convierte el territorio en un concepto relacional que establece vínculos de dominio, poder, apropiación y pertenencia entre una totalidad o porción del espacio geográfico y un individuo o grupo. Así, se considera la idea de territorio, no sólo como un concepto político, sino también de afectividad y de identidad. Retomando las palabras de Bozzano:

Nuestros territorios son a la vez reales, vívidos, pensados y posibles porque nuestras vidas transcurren, atraviesan y percolan nuestros lugares desde nuestros sentidos, significaciones e intereses generando un sinnúmero de procesos que nuestro conocimiento se encarga de entender y explicar (2009, p. 21)

Por ello, aunque en este trabajo se explorará la formación del territorio colombiano tal y como lo conocemos actualmente en los mapas, el concepto de territorio que se abordará con mayor profundidad en el análisis de las obras es el de afectividad e identidad. Finalmente, en este trabajo se resalta la importancia de mantener el equilibrio y mostrar las dos caras de estas regiones sin que una se superponga a la otra. Por este motivo, se hará una presentación breve de los acontecimientos históricos más relevantes y de la resistencia caribeña e insular.

Teniendo en cuenta que estas dos zonas han pasado por procesos de resistencia y han formado (o no) parte del imaginario del país de forma diferente, dicha presentación se realizará en secciones separadas.

Por otro lado, la región Insular comprende un conjunto de cayos, islotes e islas próximas a las costas continentales y centroamericanas de los océanos Pacífico y Atlántico. Debido a su aislamiento geográfico, la historia de esta región es bastante diversa y elaborar un cuadro histórico completo resultaría demasiado extenso, por lo que, con el objetivo de sintetizar, en este trabajo se presentará un resumen histórico del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, la zona más conocida de la región, la más poblada, y donde se centra la historia de uno de los objetos de estudio que se van a analizar.

1.1 LA DISPUTA TERRITORIAL Y LA RESISTENCIA EN LA REGIÓN CARIBEÑA

La región caribeña es una de las más importantes del país gracias a su riqueza natural, histórica y cultural. Considerando que los primeros colonos europeos y las diversas olas migratorias entraron al territorio colombiano por esta región, ha sido el hogar de varios grupos étnicos a lo largo de los siglos, albergando comunidades africanas, indígenas, europeas, asiáticas, gitanas, árabes, entre otras. Esta diversidad cultural ha dado lugar a una mezcla de tradiciones, costumbres y lenguas que resultan atractivas para los visitantes. Sin embargo, también es una región que afronta grandes problemáticas, como el despojo de sus tierras, la explotación de sus recursos naturales, la exclusión social y la pobreza.

El registro histórico del Caribe colombiano se inicia con el establecimiento de las colonias españolas en el actual territorio de Cartagena, Santa Marta y el Golfo de Urabá. Con la llegada de Cristóbal Colón en 1492 a tierras americanas, las culturas indígenas que habitaban la zona costera del mar Caribe (Tayrona, Zenú, Quimbaya, Kogui, Wayuu, Arahuaco, entre otros) fueron las primeras en recibir los diferentes cambios sociales y culturales traídos por los españoles. El primer europeo en llegar a las costas colombianas, más exactamente a la península de La Guajira, fue Américo Vesputio en 1499, quien pilotaba la mayor expedición del explorador Alonso de Ojeda. No obstante, no fue hasta 1510 que se estableció el primer asentamiento español y comenzó la economía de la plantación, la expropiación de territorios, la explotación de los recursos naturales y la esclavitud de los pueblos originarios (Del Castillo, 2017).

Tras diversos procesos de división territorial, en 1525 se fundó la ciudad de Santa Marta, la más antigua del país y la segunda de Sudamérica, y en 1533, la ciudad de Cartagena de Indias (ver figura 3). Debido a su ubicación estratégica, estas dos ciudades eran el centro administrativo del Nuevo Reino de Granada y sus puertos eran los más importantes para la conexión con el Viejo Continente. A pesar de ello, ambas ciudades sufrían constantes ataques de piratas que saqueaban y quemaban diversos lugares, lo que ponía en peligro la efectividad de las funciones administrativas y la conservación de los registros históricos. En 1538, el conquistador español Gonzalo Jiménez de Quesada fundó la ciudad de Santa Fe de Bogotá y la nombró capital.

Figura 3 – Mapa de Cartagena, Santa Marta y Venezuela por Jacques-Nicolas Bellin



Fuente: Bellin¹⁰, 1754.

En 1819, con la independencia del país y la creación de la Gran Colombia, la ciudad cambió su nombre a Bogotá y se oficializó como capital de la nueva nación. Con Bogotá como centro administrativo y la implementación de un gobierno fuertemente centralizado impulsado por el presidente Simón Bolívar (1819-1830), surgieron diversos desacuerdos regionales, puesto que era difícil para las regiones periféricas movilizarse hasta el centro del país y sentían que sus intereses no se tenían en cuenta. Además, algunos líderes consideraban que otras ciudades merecían ese papel y que se podía hacer una mejor distribución del poder (ProColombia, 2020). Por

¹⁰ Disponible en: <https://arqueovigo.com/product/2370>.

otra parte, las regiones más ricas y desarrolladas, como la región caribeña y parte de Venezuela, se sentían perjudicadas por la distribución desigual de los recursos y la falta de inversiones en infraestructuras en sus territorios.

Lo anterior, sumado a las diferencias ideológicas entre los gobernantes, provocó la disolución de la Gran Colombia. En la actualidad, la concentración del poder en la región central del país continúa provocando que las regiones, como la del Caribe, queden en el olvido y se utilicen sólo para el beneficio del Estado, convirtiéndose en el centro de las luchas del conflicto armado. Como observa William Ospina:

Todo se había gestado en la sucesión de guerras de la segunda mitad del siglo XIX. Conflictos por la tierra y por el poder en las regiones; la rivalidad entre las provincias y la tensión entre estas y una capital que ya mostraba su arrogancia y su indiferencia frente a la complejidad del país; el poder de las familias ilustres frente a la masa anónima de los indígenas, de los esclavos y de los campesinos; la utilización de las armas como único argumento a la hora de grandes desacuerdos; la presencia de la iglesia, siempre vigilante de sus dos principales recursos: sus inmensas propiedades y su poder de persuasión y de intimidación sobre la masa de los desposeídos. Todo esto produjo un modo de gobernar al país que no podía renunciar jamás al poder de las armas y al discurso religioso (2013, p. 53).

Con la llegada de la modernización¹¹ a partir de 1925, muchos barrios y espacios que estaban bien posicionados y cuyos residentes eran campesinos, comunidades indígenas, inmigrantes y comunidades negras fueron demolidos para construir empresas, barrios para las élites y lugares históricos que más adelante representarían la memoria del país. Del mismo modo, los nombres de las calles y avenidas, las estatuas y los museos rindieron homenaje a personajes que sólo repitieron el discurso colonial y construyeron la historia del Caribe a través de la barbarie (Seligmann-Silva, 2022).

Un ejemplo de esta demolición de la memoria local en nombre del progreso tenemos el barrio/isla de Manga, en Cartagena de Indias, hoy en día considerado uno de los mejores lugares para visitar y vivir, ya que representa la historia, la memoria y la cultura de la ciudad. Anteriormente, esta zona estaba habitado por aquellas comunidades que el Estado excluyó de su Proyecto de Nación. En *Ver lo que veo*

¹¹ En este trabajo, el término “modernismo” hace referencia a la llegada de lo “moderno” según la concepción europea y se considera un periodo de cambios profundos en la sociedad que afectaron al modo de vida en general. Este evento está marcado por diferentes momentos, como el descubrimiento de América, la invención de la imprenta y la revolución científica.

(2017), Otilia hace una breve descripción de la modernización de este barrio en el siglo XX, al hablar de una familia rica que se mudó a esa zona y que posteriormente perdió su dinero.

La isla de Manga les pareció una opción adecuada, sugerida por el suegro. Tenía cuatro puentes y la regaba la corriente de agua rica en calcio que bajaba de las laderas de Turbaco. Era recorrida por tranvía de mulas con campana y recorrido de poco kilómetros, y urbanizadas por las mansiones construidas por los arquitectos franceses que recorrían las Antillas con sus diseños que soportaban los huracanes, los mares de leva, las variaciones del clima, del calor hostigante a los aguaceros y la fresca, durante los doce meses, y hacían un esfuerzo admirable por acoplar su sabiduría a estas tierras desconocidas, ocultas en informes, crónicas y cartografías que surgían del estado de asombro y donde la maravilla y la fantasía cubrían la ignorancia, y después, los años agregaron el deseo de hacerla semejante a lo conocido (p. 59).

Debido a las disputas territoriales que se produjeron a causa de este proceso de modernización y a la concentración de tierras, muchos caribeños emigraron a Venezuela en busca de una vida mejor. Por otro lado, debido al desplazamiento de las luchas de la ciudad al campo y al fallido intento de Reforma Agraria llevado a cabo por el Frente Nacional en 1961, que como todas sus acciones sólo benefició a una parte de la población y aumentó el número de asesinatos de campesinos, la región caribeña se convirtió en “[...] el epicentro del más importante movimiento campesino de la segunda mitad del siglo XX, no solo en Colombia, sino quizás en América Latina: la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC)” (GMH, 2010, p. 19). En esta región también se incubó el proyecto antidemocrático más violento del país: el paramilitarismo y su expresión política, la parapolítica.

Todo esto sucedía mientras en la región central del país se disfrutaba del tan anhelado período de paz. Con el estallido del conflicto armado, esta región cobró importancia debido a su ubicación estratégica, sus tierras propicias para la agricultura y la ganadería, y la escasa intervención del Estado. Estos factores facilitaron el cultivo ilícito, la movilización de armas y la concentración de importantes grupos armados, como las guerrillas del ELN, el EPL y las FARC-EP, los grupos paramilitares ACCU y AUC, y los carteles de narcotráfico. También fue el centro de diversos procesos de desmovilización. Como afirma el Grupo de Memoria Histórica, en esta región se pueden comprender diversos aspectos del conflicto.

[...] la complejidad de los movimientos sociales en zonas y períodos de conflicto armado: alianzas, tensiones, contradicciones, superposición de liderazgos, exposición a la que quedan sometidos los líderes (criminalización) y desmantelamiento de las organizaciones, procesos todos ellos que han dejado unos alarmantes índices de pauperización en toda la geografía regional y catastróficos impactos ambientales propiciados por la privatización y despojo de ciénagas y aguas. [...] Es un verdadero laboratorio para especular sobre la relación entre mecanismos violentos y no violentos de despojo, y sobre todo para entender cómo la criminalización de la protesta agraria es rápidamente convertida en discurso legitimador de la arremetida paramilitar, en esta y otras muchas regiones del país (2010, p. 21).

Los grupos guerrilleros a los que el Gobierno envió a eliminar no eran más que grupos de campesinos liberales traicionados por sus líderes, que no quisieron dejar su tierra para ir a la ciudad o al país vecino, sino que prefirieron quedarse a luchar por el territorio que tanto les había costado mantener. Con el paso del tiempo, siguieron la estrategia del Estado y también se armaron. El nacimiento de la ANUC en 1967 fortaleció la lucha de los campesinos y atrajo la atención del Estado. Las mujeres también comenzaron a desempeñar un papel fundamental en este conflicto. Mientras los hombres luchaban contra el ejército que debía protegerlos en el campo, las mujeres se reunían para crear estrategias, dialogaban con otros colectivos afectados y se dirigían a las entidades correspondientes para pedir justicia por sus secuestrados y muertos.

En aquella época, la situación en las selvas caribeñas era tan tensa que, en varias ocasiones, los alcaldes autorizaron la tala de árboles para evitar que los grupos revolucionarios pudieran esconderse bajo su sombra. Por otro lado, dichos territorios no sólo eran objeto de disputa entre guerrilleros, paramilitares y narcotraficantes, sino que las fuerzas armadas oficiales, los grandes terratenientes y las empresas, patrocinadas por el Estado, estaban aprovechando la situación para usurpar grandes terrenos fértiles y falsificar títulos de propiedad.

Por lo tanto, en la década de 1970, la toma de tierras era una práctica común y tolerada en las zonas rurales más apartadas del Caribe, lo que provocó la concentración de grandes extensiones de tierra en pocas manos, el desplazamiento de un gran número de campesinos a las ciudades principales, múltiples masacres y la fractura de la memoria e identidad de una comunidad que, desde el periodo colonial, ha tenido que luchar por su territorio y recursos. Según las entrevistas realizadas por el Grupo de Memoria Histórica (2010) a personas afectadas por esta situación, el robo de tierras y las masacres se atribuyen a los grupos paramilitares, dado que los grupos guerrilleros se centraban más en la protección de los cultivos ilícitos y en asesinatos

selectivos.

En la década de los noventa, se formalizó el derecho a la tierra de los grupos étnicos y la equidad de género mediante la Constitución Política de Colombia de 1991 y la Ley 160 de Reforma Agraria de 1994. La ANUC, que durante la década de los ochenta había defendido su derecho a existir como organización, comenzó a ser más efectiva en la recuperación de las tierras robadas. Sin embargo, después de lograr la recuperación de más de 800 tierras, los grandes terratenientes reaccionaron y comenzaron la compra masiva de estas, es decir, se ofrecieron a pagar las deudas del campesinado o resolver cualquier crisis a cambio de sus terrenos. Frente a este acto, los compradores justificaron sus acciones argumentando que lo que se estaba viviendo en el país no era una compra masiva, sino una venta masiva.

Al igual que la Reforma Agraria de 1961, la de 1994 sólo sirvió para aplacar el conflicto y calmar las inconformidades de las comunidades afectadas, ya que muchas de las tierras que estaban bajo adjudicación y que no habían sido reclamadas por sus propietarios debido a la gran cantidad de documentación que debían presentar, fueron declaradas baldías y vendidas a empresas y terratenientes. Entre 1997 y 1998, con el fin de erradicar a los grupos guerrilleros presentes en la zona, que eran los que dominaban, se inició una expansión paramilitar que desencadenó uno de los periodos más violentos de la historia, así como el fenómeno de la parapolítica. En este último, las actividades de los paramilitares salieron a la luz con los procesos de desmovilización, cuando se revelaron los nombres de los políticos que se habían beneficiado de sus actos.

El problema de la tierra volvió a estar en el punto de mira en 2005 con la Ley de Justicia y Paz (Ley 975), promulgada por el entonces presidente Álvaro Uribe Vélez (2002-2010), con el objetivo de facilitar la desmovilización de los grupos armados. Uno de los requisitos para efectuar dicho proceso era proporcionar información relevante sobre las tierras robadas, con el fin de elaborar un cuadro cuantitativo y llevar a cabo una posible restitución. No obstante, mientras se intentaba llegar a un consenso con los grupos armados para proporcionar cifras que reflejaran el éxito de la aplicación de esta ley y otras campañas, aparecían cuerpos sin vida de civiles vestidos como guerrilleros en diversos rincones del Caribe, una práctica ilegal conocida como “falsos positivos¹²” que se implementó hasta 2009 y cuya investigación aún está en curso.

¹² Estrategia implementada en el Gobierno de Álvaro Uribe Vélez (2002-2019), con el fin de presentar resultados exitosos en contra del narcotráfico y las guerrillas. Dicha estrategia consistió en engañar a

Hoy en día, pese a los diversos intentos de la ANUC y de la Unidad Administrativa Especial de Gestión de Restitución de Tierras para lograr la restitución de todas las tierras robadas y abandonadas, el trabajo es arduo, ya que muchas de las víctimas no contaban con un título de propiedad que justificara su despojo. La mayoría de las víctimas, engañadas por los compradores, no tenían más información al respecto, ya que la compra se realizaba a través de intermediarios. En esta región no se ha podido establecer el número de tierras abandonadas o robadas, ya que muchas investigaciones han sido manipuladas, el número de víctimas sigue aumentando y, en el caso de las comunidades indígenas, la persecución y el silenciamiento han dificultado el registro de sus tierras.

La mayoría de las víctimas engañadas por los compradores no tenían más información al respecto, ya que la compra se realizaba a través de intermediarios. En esta región no ha sido posible establecer un registro del número de tierras abandonadas o robadas, muchas investigaciones han sido manipuladas, el número de víctimas continúa aumentando y, en el caso de las comunidades indígenas, la persecución y el silenciamiento han dificultado el registro de sus tierras.

Por otra parte, al igual que ocurrió con los desmovilizados en el Frente Nacional, los campesinos que recuperaron sus tierras y recibieron los títulos de propiedad correspondientes han sido perseguidos, asesinados y han perdido sus tierras por incendios sospechosos y por apropiación por parte de las bandas emergentes surgidas tras los acuerdos de paz. En otras palabras, en pleno siglo XXI y tras múltiples luchas, pérdidas y muertes, los pequeños propietarios de tierras del Caribe están sufriendo las atrocidades de la época colonial y viven con miedo constante en un país que logró su independencia hace más de doscientos años, pero que nunca ha sido totalmente libre. Tomando las palabras de William Ospina:

Millones de pequeños propietarios de tierras han vuelto a ser despojados a finales del siglo XX y a comienzos del XXI, como lo habían sido las poblaciones de los pequeños propietarios campesinos en la violencia de los años cincuenta, y como lo habían sido antes con las guerras civiles del siglo XIX: expulsados para siempre de sus tierras a través de un fenómeno cuya repetición cada tantas décadas sólo revela que algo esencial de la democracia no logró ser instaurado en nuestro orden social [...]. La Violencia, a veces tolerada cuando no patrocinada por el propio Estado, siguió en ominoso manantial del orden legal (2013, p. 11-12).

jóvenes de bajos recursos, prometiéndoles que el gobierno les daría estudio en otras ciudades, para luego asesinarlos y hacerlos pasar por guerrilleros o personas pertenecientes a los grupos de narcotráfico.

Para finalizar esta sección, los resultados de la investigación realizada en esta región por el Grupo de Memoria Histórica (2010) indican que el despojo de las tierras se llevó a cabo mediante cinco métodos: la apropiación directa por parte de actores armados, la apropiación de parcelas de reforma agraria, la apropiación de aguas y playones, la compra masiva de tierras abandonadas y el despojo por megaproyectos. Así mismo, el despojo se realizó por diferentes métodos, como la intimidación, las masacres, los asesinatos de seres queridos, el robo de bienes, la contaminación de la tierra para que no fuera propicia para la siembra y, el más común, mover cada noche las cercas que limitan las tierras. Estos métodos conforman lo que se denomina *Cadena del Despojo*.

Un ejemplo que ilustra a la perfección la situación de la población caribeña es la masacre de El Salado (2002). En el corregimiento de El Salado (Bolívar), la AUC llevó a cabo todo tipo de torturas, degollamientos, violaciones y decapitaciones contra más de 100 personas, entre ellas niños y ancianos, cuyos cuerpos fueron enterrados en diversas fosas comunes. Además de matar a la mayoría de los residentes, el grupo paramilitar destruyó sus casas y comercios mientras festejaba sus acciones, y justificó sus crímenes declarando que ese pueblo era un asentamiento guerrillero. Esta acción desplazó a más de 200 personas que se encontraban en los alrededores y que habían presenciado la masacre, y ha sido considerada la más sanguinaria de la AUC (Balén, 2019).

1.2 LA DISPUTA TERRITORIAL Y LA RESISTENCIA EN EL ARCHIPIÉLAGO DE SAN ANDRÉS, PROVIDENCIA Y SANTA CATALINA

¡Bienvenidos a San Andrés, Providencia y Santa Catalina! Es cuna de muchas especies marinas y terrestres, dueña de gran riqueza natural y cultural, hogar del Creole del Calypso¹³ y el Shotisse¹⁴, vitrina de playas de arena blanca y agua cristalina. El Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, un paradisíaco destino en medio del Mar Caribe, es un conjunto de tres islas, varios islotes y cayos que componen la tercera barrera coralina más grande del mundo (Secretaría de Turismo, 2022).

¹³ Es el género musical y baile más representativo del archipiélago, proveniente de Jamaica y Trinidad y Tobago. Actualmente es habitual escucharlo y bailarlo en bodas y manifestaciones.

¹⁴ Es un baile típico del archipiélago que proviene de Francia. Se baila en pareja, dando dos pasos a la derecha y tres a la izquierda de forma sutil, sin salir de una baldosa.

El epígrafe inicial, obtenido de la página de turismo del Gobierno del departamento, deja en evidencia el discurso que transmite el Estado sobre este espacio, un discurso dirigido a turistas nacionales e internacionales que sólo resalta las playas paradisíacas y la riqueza cultural, pero que oculta la verdad sobre la explotación de sus recursos naturales y el silenciamiento de sus comunidades. Por otro lado, también se evidencia el desconocimiento sobre la historia local, dado que el creole del calypso es una lengua que no existe en realidad. Los residentes del archipiélago denominan su lengua nativa creole o creole sanandresano (para diferenciarla de las otras lenguas creole de las Antillas), ya que tiene influencias de diferentes lenguas que llegaron al territorio a lo largo de la historia y no sólo de las lenguas de Trinidad y Tobago.

El Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina es el único departamento insular del país y está formado por la isla de San Andrés, la más extensa, poblada y turística, y capital del departamento; la isla de Providencia, la segunda más extensa y poblada; la isla de Santa Catalina, un destino turístico compuesto por un conjunto de islotes y cayos (ver figura 4).

Sus residentes se autodenominan raizales o nación creole, un pueblo que habita las islas desde hace más de 300 años y que se formó a partir de la resistencia y las influencias de las diásporas africanas, irlandesas y escocesas; las huellas de la colonización británica; las raíces indígenas; y los movimientos migratorios internos hacia la Colombia continental (Bendek, 2022). Su cultura se caracteriza por las influencias y los lazos cercanos con los países antillanos y centroamericanos, así como por las marcas históricas de la plantación.

Su registro histórico comienza años después que el de la Colombia continental, cuando los navegantes españoles Alonso Ojeda y Diego Nicuesa descubrieron las islas en 1510. Como estaban más interesados en la colonización del continente, no promovieron ningún asentamiento español, por lo que sus residentes continuaron manteniendo su cultura y lengua. No obstante, tras su descubrimiento, llegaron piratas y comerciantes ingleses, holandeses, escoceses, irlandeses, entre otros, que usaron estas islas como base de operaciones y como punto de comercio, y les dieron el nombre de Henrietta (San Andrés) y Providence (Providencia y Santa Catalina). En 1527, la descripción geográfica de esta zona aparece por primera vez en una carta universal de autoría anónima y, en 1542, aparece por primera vez en el mapa de Rotz.

Figura 4 – Mapa del Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina



Fuente: ProColombia¹⁵, 2020.

Debido a este registro en documentos oficiales y a las riquezas que los españoles encontraron en el continente, los ingleses comenzaron a navegar por el Caribe. Entre los años 1629 y 1639, fundaron el que fue el primer asentamiento inglés y explotaron las islas de Providencia y Santa Catalina (Acosta, 2019). Sin embargo, gracias al auge de la producción y exportación de algodón que estaban experimentando, y, en consecuencia, al interés de la Corona española por esas islas, en 1775 el virrey Antonio Caballero y Góngora envió al teniente Tomás O'Neill para expulsarlos. Este hecho se refleja en la obra *Los cristales de la sal*, cuando la protagonista, Victoria Baruq, comienza a conocer la historia de la isla. En sus propias palabras:

Henrietta, el primer nombre colonial para la isla de San Andrés, no era benévola para establecerse ni para fundar una colonia. Las playas largas, las pocas ensenadas y las aguas llanas repletas de arrecifes la hacían indefendible, terreno fácil para cualquier desembarco sorpresa, o para los naufragios, por eso la montañosa Providence reunía toda la atención de los colonizadores, por sus arroyos y sus bahías pronunciadas. La isla hermana fue el hogar de los primeros quinientos hombres y cuarenta mujeres, familiares puritanos ingleses que, por cierto, no trajeron esclavos consigo (p. 122-123)

¹⁵ Disponible en: http://web.archive.org/web/2024000000000*/https://colombia.co/visita-colombia/turismo-por-regiones/san-andres-un-tesoro-cultural.

Tras años de disputa territorial entre españoles e ingleses, en 1786 se llegó a un acuerdo por el cual los británicos podían permanecer en las islas y trabajar las plantaciones de algodón y tabaco a cambio de pagar un tributo a España. Una vez finalizada la disputa y comprobada la eficacia del acuerdo, en 1803 las islas pasaron a formar parte del Virreinato de Nueva Granada. Por otra parte, durante el periodo de independencia, diversos militares criollos residentes en las islas se unieron a la lucha de Simón Bolívar. Tras su victoria y consolidación como nación independiente, en 1822 las islas de San Andrés y Providencia se unieron a la Gran Colombia e izaron por primera vez la bandera tricolor (Acosta, 2019). Retomando las palabras de Victoria:

Más adelante, Torquato¹⁶, al que conocí por el testamento, hizo parte del cabildo que en 1822 firmó a favor del reconocimiento de la Constitución de Cúcuta, cabildo que adhiere San Andrés y Providencia a la Nueva Granada. Mi antepasado a favor del continente, de la airosa república libertada por Bolívar en una espectacular campaña. En parte la adhesión a la nueva república fue por las diligencias en esta zona de un corsario francés, Louis Michel Aury. Otro pirata (p. 127).

Pese a esta unión, esta región, al igual que otras zonas periféricas, quedó completamente aislada de las decisiones internas y no experimentó grandes cambios culturales ni lingüísticos. No obstante, en 1886, tras la separación de Venezuela y Ecuador, como se mencionó en el levantamiento histórico general del país, con el fin de homogeneizar a la población se implementaron políticas de poblamiento forzado. En este caso, se llevó a cabo un poblamiento indiscriminado desde la costa caribeña continental hacia las islas. Según Jaime, futuro compañero sentimental de Victoria Baruq:

“Pensemos en lo que Colombia era entonces...”; no se le podía pedir peras al olmo, desde el futuro no podemos exigir más a semejante experimento republicano, el Estado era débil no sólo aquí, sino fuera del espectro andino y, para completar, aquí se hablaban inglés y creole, confundido siempre con el *patois*¹⁷ de las excolonias francesas. Colombia entró al siglo XX en un horrendo matrimonio con la iglesia católica desde la Constitución de 1886, ¡y aquí llega un gringo en un barco a preguntar directamente si se quieren anexas, después de la venta de Panamá! El Estado obvio iba a reaccionar [...] (p. 72).

¹⁶ James Duncan Bowie Matos Jr., mejor conocido como “Torquel” y “Torquato”, nació en 1863 en la isla de San Andrés y murió en 1893. Es una figura que existió realmente e influyó en la historia de la isla, pero no se encontró datos precisos sobre el vínculo familiar que tiene con la autora del libro.

¹⁷ Término que se utiliza para referirse a una variedad lingüística esencialmente oral de una lengua, hablada en un espacio geográfico determinado.

Hasta la década de 1860 no se hablaba español en el archipiélago; las lenguas predominantes eran el inglés y el creole sanandresano. Tampoco se utilizaba la moneda nacional y los comerciantes eran navegantes raizales. La llegada de personas y culturas nuevas hizo que los raizales perdieran parte de su memoria e identidad, así como la forma de nombrar su territorio, ya que actualmente todos los nombres de barrios, playas y demás lugares están en español o inglés (Bendek, 2022). Del mismo modo, fueron perdiendo territorio y quedando excluidos de las zonas centrales en las que se estaban construyendo los barrios principales y predios administrativos, situación que sólo empeoraría con la llegada de la modernización a Colombia.

Con el objetivo de separar el archipiélago del departamento de Bolívar y establecer una administración propia que permitiera atender mejor las necesidades y problemáticas específicas de la región, por medio de la Ley 52 de 1912 se creó la Intendencia Nacional de San Andrés y Providencia. Este hecho significó un avance para los isleños, ya que, por fin, el Estado les prestaría la atención debida y ofrecería mejores soluciones a la situación que estaban afrontando. No obstante, las promesas de desarrollo y progreso no los incluían y nuevamente se sintieron excluidos y abandonados en un rincón de la isla de San Andrés en el que el tiempo parecía haberse congelado, y en el que la resistencia sería lo que los definiría desde ese momento. Tomando las palabras de Rudy, personaje de la obra que discute con otros jóvenes sobre las problemáticas del archipiélago:

El problema es que, ¿ya? – muletilla –, a cambio de la Intendencia, a cambio de administrar la plata de los impuestos que en Cartagena robaban, Bogotá empezó con su estrategia de enviar continentales a la isla – hizo una pausa y se mojó los labios -. Con la misma ley que se creó la Intendencia, se les regaló el viaje en barco a familias que tuvieran al menos cinco hijos [...] - ¿Qué tipo de personas en el Bolívar tenían familias de cinco hijos en 1912? [...] Y cien años después, jodidos los unos y los otros (p. 71).

A pesar de ser testigos de este mal uso de los recursos y de la invasión que estaban sufriendo por parte de los continentales, en ese momento, en el que diversos países disputaban dicho territorio, los dirigentes del archipiélago no se sentían capaces de independizarse. De acuerdo con un comentario que escucha Victoria Baruq:

El problema de la Intendencia Nacional es que sus promotores, liderados por Francis Newball¹⁸, no imaginaron el efecto a largo plazo del del conservatismo de Bogotá. Newball era el representante de las islas en el cabildo de Cartagena, un abogado trilingüe y aparentemente encantador que fundó el primer periódico de las islas, *The Searchlight*, para difundir el mensaje de la autonomía administrativa. Nunca consideraron, él y sus seguidores en la élite, una medida más agresiva, como la independencia (p. 73).

En 1928, una nueva desilusión golpeó a los raizales: Colombia y Nicaragua firmaron un tratado en el que se reconocía la soberanía de Nicaragua sobre las costas de Mosquitia y de Colombia sobre el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Debido a este hecho, los isleños que tuvieran familia en las costas de Mosquitia necesitaban pasaporte y permiso para visitarla, y viceversa, lo que separó a muchas familias y generó descontento en una comunidad que, a lo largo de los años, había resistido unida. Por otro lado, este hecho también dejó claro que la disputa entre estos dos países no terminaría ahí y que tarde o temprano volverían a ser el centro de una nueva disputa territorial.

Nadie se acuerda de esto: Bogotá – gritó Livingston en prédica a la capital -, Bogotá entregó la Mosquitia a Nicaragua en 1928, con el tratado Esguerra-Bárcenas – dijo todo y las fechas con gran rigor -, ¡cuando de aquí hubo capitanes que se sacrificaron para no perder la conexión entre las familias! En la costa de Bluefields, en Corn Islands, nosotros cruzábamos y volvíamos de Nicaragua, era nuestro territorio y después la gente empezó a necesitar que pasaportes y permisos... (p. 74).

En 1953, el entonces presidente Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) declaró a San Andrés puerto libre con el objetivo de atraer turistas y mejorar la economía. Esta medida provocó una gran ola migratoria de personas procedentes de la Colombia continental, específicamente de los departamentos de Bolívar, Atlántico y Antioquia, así como de Oriente Medio. También aumentó el flujo de transporte marítimo y aéreo hacia las islas, se creó una gran dependencia de las importaciones, lo que provocó el abandono de la industria local, y se dio paso al comercio ilegal. En palabras de Juleen, mejor amiga de Victoria Barquero:

Entonces, en el '53, pasamos de tener dos hoteles a tener cerca de cincuenta dos años después. La gente venía como loca, no a emborracharse y a tirarse al mar; eso vino después. Del continente venían buscando importaciones baratas, la isla se volvió un centro comercial, de contrabando primero, luego,

¹⁸ Nacido en la isla de Providencia en 1880 y fallecido en la isla de San Andrés en 1966, fue un abogado, periodista y político colombiano que desempeñó la función de segundo intendente (gobernador) de San Andrés y Providencia, siendo el primero de origen raizal.

de lavado. La gente ni siquiera venía por el paisaje, en toda América Latina era la época de la política de sustitución de importaciones y con la exención de impuestos San Andrés se volvió atractiva para muchos árabes que llegaron de Panamá, de Barranquilla, y para los paisas¹⁹, que vinieron a aprovechar el comercio. Mientras el continente entero le apostaba a consumir productos de la industria local, San Andrés se hizo dependiente de las importaciones hasta en lo más básico y, efectivamente, llegó la economía basada en el consumo (p. 75-76).

Este dinamismo poblacional ha creado uno de los problemas más grandes de la isla en la actualidad: la sobrepoblación y, por ende, la sobreexplotación de sus recursos naturales, que sólo ha aumentado con la llegada de inmigrantes venezolanos y de personas desplazadas por el conflicto armado. Al respecto, en una entrevista para el programa Radio Nacional de Colombia, el abogado y exdirector de la Oficina de Control, Circulación y Residencia (OCCRE), Joseph Barrera Kelly, declara lo siguiente en 2021:

Más de uno llega a la isla con un brazalete de turista²⁰, pero posteriormente acuden a la Defensoría del Pueblo a expresar que son desplazados y automáticamente son recibidos, se les brinda atención y posibilidades de empleo en el sector privado y con el tiempo se radican en la isla aportando a la sobrepoblación.

La mayoría de los nuevos comerciantes y las grandes empresas que llegaron a San Andrés no sólo acabaron con el comercio local, sino que también comenzaron a robar las tierras de los isleños, que, al igual que todas las comunidades orales, no tenían títulos de propiedad. Al darse cuenta de la importancia de tener un documento escrito, los isleños comenzaron a registrar sus propiedades y, para evitar que les fueran robados, los guardaron en la notaría (Palacio Intendencial). Sin embargo, en 1965, la memoria inmobiliaria fue borrada debido a un incendio ocurrido de forma sospechosa en la notaría, que también hizo desaparecer los registros de muchos inmigrantes. Como afirma Rudy, amigo de Victoria Baruq:

La lucha vino como reacción a las políticas de homogeneización cultural, sí, y de la dinámica de la venta, pero también de los incendios de la notaría y de la intendencia vieja, ¿te acuerdas? Desde ahí muchas tierras terminaron en manos continentales. [...] Hoy en día, siguió contando, hay muchos juicios de pertenencia sobre tierras que quedaron enredadas luego de que los títulos de

¹⁹ Término usado para referirse a las personas nacidas en Medellín.

²⁰ Debido a la crisis turística que ha azotado al archipiélago en los últimos años, los turistas deben usar un brazalete para que sea más fácil identificarlos y llevar el registro del tiempo que pueden permanecer en el territorio. El uso de estos brazaletes ha provocado que los turistas sean un blanco fácil para los robos, que han aumentado debido a las condiciones en las que viven los residentes.

propiedad desaparecieran en esos incendios provocados. Los nativos no guardaban copias de los títulos, muchos nos los tenían si quiera, porque en la época en la que fueron adquiridos les fueron legados verbalmente, como era la costumbre de la isla (p. 100).

Para solucionar este problema de titulación de inmuebles, el Estado colombiano estableció que, para titular un terreno, el propietario debía contar con testigos que confirmaran dicha propiedad. Esta medida benefició a los grandes terratenientes y empresas, que sobornaron a falsos testigos para acceder a la tierra y a la propiedad. Por otro lado, pese a las luchas de la población raizal por preservar sus tierras y comprobar su dominio sobre estas, el Estado los ignoró una vez más y, mediante la Resolución 26 de 1968, decretada por el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (Incora), declaró el archipiélago como territorio baldío, lo que facilitó su colonización. Además, aunque esta región no se vio afectada directamente por el conflicto armado, los carteles de narcotráfico que fueron expulsados del continente se asentaron en la isla de San Andrés, generando una ola de inseguridad.

Después de los incendios, en los años setenta, la agencia nacional de tierras declaró que San Andrés era un territorio baldío, así mismo, confirmó Rudy ante mi grito de asombro, tierra de nadie. Fue otra ocasión para sumar al resentimiento frente a “lo colombiano”. Casi todos habían heredado sus propiedades de forma hablada, a la inglesa. Muchos continentales aprovecharon el caos y se hicieron titular terrenos con juicios también, citando a algunos testigos que dijeran que el sitio había sido efectivamente ocupado por ellos durante cierta cantidad de años, y así de fácil era. Encima, hacía décadas la Colombia del siglo conservador había establecido que para poder heredar propiedades había que ser católico (p. 101).

Uno de los efectos de la llegada de la “modernización” en 1953 fue la casi extinción del cangrejo negro, una especie muy importante para la comunidad raizal, ya que constituye una fuente importante de ingresos y contribuye al ciclo de nutrientes y fertilidad de los suelos. Además, su caza y procesamiento para el consumo o la venta forman parte de un ritual ancestral transmitido de generación en generación. Debido a esta problemática, en 2013 se promulgó la Ley del Cangrejo Negro o Ley 47, por medio de la cual se establecieron medidas para su protección, conservación y aprovechamiento sostenible, con lo que se garantizó el equilibrio del ecosistema. Retomando las palabras de Victoria:

[...] luego salió el tema del Puerto Libre, del dictador Gustavo Rojas Pinilla, a quien le debemos el aeropuerto y la Circunvalar, embutido todo en medio de manglares rellenados. Así empezó la masacre de los cangrejos negros,

hembras cargadas de huevos que en cierta temporada quedan aplastadas en la carretera en un intento de cruzar la calle para desovar en la playa (p. 74).

Por otro lado, la población nativa raizal logró el reconocimiento de su identidad y derechos fundamentales con la Constitución Política de Colombia de 1991. En el artículo 10 se señala que, “el castellano es el idioma oficial de Colombia. Las lenguas y dialectos de los grupos étnicos son también oficiales en sus territorios. La enseñanza que se imparta en las comunidades con tradiciones lingüísticas propias será bilingüe” (2024). Por lo tanto, el creole sanandresano es reconocido desde entonces como lengua oficial de la región. También se estableció la libertad e igualdad religiosa y “[...] la garantía del acceso efectivo a la justicia y la protección a los campesinos y a los grupos étnicos: comunidades negras o afrocolombianas, palenqueras, raizales, pueblos y comunidades indígenas, comunidad Rom y las víctimas del conflicto armado” (art. 238A, 2024).

Sin embargo, no todas las disposiciones están en vigor y no se han emprendido esfuerzos para cumplirlas. En el ámbito educativo predominan el inglés y el español, y sólo en unas pocas escuelas locales, a las que asisten los hijos de los residentes más antiguos, se enseña en creole sanandresano. Esto se debe, sobre todo, a una decisión de la propia población y del cuerpo docente local. Del mismo modo, hay una mayor presencia de iglesias y festividades católicas, mientras que las celebraciones religiosas y culturales de los raizales se llevan a cabo en las zonas periféricas. Por otro lado, la pérdida de tierras de los campesinos isleños, el agotamiento de los pozos de agua y la degradación ecológica de las zonas marinas próximas a la playa constituyen una problemática importante que sigue sin resolverse. Por tanto, dicha oficialización solo quedó en el papel.

En el año 2000, el archipiélago fue declarado por el programa *Man and Biosphere* de la Unesco como la reserva de biósfera más grande y diversa del mundo, siendo nombrada Reserva Marina del *Seafower* (Secretaría de Turismo, 2022). Con todo, a pesar de esta declaración, continuó la sobreexplotación y contaminación de sus recursos naturales por parte de las compañías petroleras, el mercado hotelero y los turistas. En la actualidad, varios estudios han pronosticado que, en el futuro, las islas desaparecerán debido a que se encuentran en una zona azotada continuamente por huracanes y al debilitamiento de su ecosistema.

Lo anterior, refuerza la idea de que el archipiélago nunca ha formado parte de la concepción que el Estado tiene de lo que es nacional y sólo es un instrumento para

mejorar su economía e imagen. Según las palabras de la investigadora raizal, Joannie James Cruz (2021), quien se ha enfocado en estudiar las diversas problemáticas del archipiélago, para hacer un llamado de atención al gobierno:

Si bien el turismo ha parecido beneficiarse en el corto plazo del cambio territorial de los últimos 50 años, los efectos económicos, psicológicos y sociales de la transformación del paisaje y el cambio territorial causados por las políticas públicas de turismo, llegarán a tener un efecto negativo en largo plazo para los raizales.

Para finalizar, el acontecimiento que hizo que los isleños se cansaran de estas políticas colonizadoras, entendieran que el Estado no tenía intención de comprenderlos y surgieran movilizaciones sociales para defender sus derechos, fue el fallo de La Haya de 2012. Debido a que la distancia entre el archipiélago y la costa caribeña de Colombia (Cartagena) es de aproximadamente 720 km, mientras que la distancia entre este y la costa de Nicaragua (Laguna de Perlas) es de aproximadamente 215 km, desde el año 2001 comenzó una disputa territorial y de delimitación marítima entre estos dos países. Esta disputa culminó con el fallo de la Corte de La Haya en 2012, sentencia por medio de la cual Colombia se quedó con el archipiélago y a cambio se le otorgó a Nicaragua 75.000 km² de mar (ver figura 5).

Esta decisión afectó profundamente a los raizales, cuya actividad principal es la pesca, y generó un profundo rechazo hacia la historia e identidad colombiana transmitida hasta el momento. Desde entonces, han surgido diversos grupos políticos formados por jóvenes y se han celebrado manifestaciones en las que se ha adoptado como lema principal “ni nicaragüenses ni colombianos, nosotros somos raizales”. Esta problemática es retratada por Cristina Bendek en su obra, cuando Victoria Baruq le pregunta a Samuel, el novio de su mejor amiga, sobre una construcción que vio al lado del cayo de Johny Cay, y este le responde:

[...] esa es la vaina esa que nos iban a clavar para buscar petróleo en el 2012 [...], ahí es que dejaron eso botado después que salimos todos a marchar [...]. Es que después del fallo de La Haya comenzaron a explorar de nuevo, pero salimos a marchar [...], fue después de que perdimos el mar... [...] Por aquí han pasado muchas cosas desde el fallo [...], la gente pegó calcomanías en sus carros, en los almacenes, en las motos, *No acatamos el fallo, No a La Haya, Yo no acato*, ¿no has visto las calcomanías? (p. 31-32).

Considerando todos estos escenarios, los sanandresanos, al estar en medio de dos Estados que no velan por sus intereses y que sólo quieren el territorio para

explotar sus recursos naturales, se han sentido infantilizados y definidos a partir del lente externo, del lente del visitante (Bendek, 2022), por lo que ha surgido la necesidad de construir su propia historia y de aumentar el uso del creole sanandresano, más allá del ámbito familiar y social. Este hecho se ha visto reflejado en la literatura local, en la que no sólo se narra la historia y los problemas de la isla, sino que también se incluye la lengua nativa. En *Los cristales de la sal* (2019), varios personajes ponen en práctica esta reconstrucción al reunirse y debatir sobre la historia y las problemáticas del archipiélago.

Figura 5 – Delimitación marítima entre Colombia y Nicaragua



Fuente: BBC²¹, 2021.

²¹ Disponible en: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-58592388>.

2 LA LITERATURA Y EL ESPACIO COMO HERRAMIENTA DE REGISTRO MEMORATIVO

2.1 LA LITERATURA COLOMBIANA: UN RECORRIDO HISTÓRICO

En 1891, en su ensayo titulado *La decadencia de la mentira*, Oscar Wilde afirmó que la realidad imita al arte más de lo que el arte imita a la realidad, por lo que vemos las cosas como las vemos debido al arte que nos ha influenciado. Frente a esta idea, Ospina (2013) reafirma que lo que el escritor irlandés quiso decir es que el arte nos revela el mundo en el que vivimos, ya que la costumbre nos puede dejar ciegos frente a muchos de los acontecimientos que nos rodean y es el arte el que cumple la función de revelarnos las cosas que siempre estuvieron ahí, pero que no estábamos en condiciones de advertir. De igual forma, el escritor mexicano Carlos Fuentes manifiesta que “el arte da vida a lo que la historia ha asesinado. El arte da voz a lo que la historia ha negado, silenciado o perseguido. El arte rescata la verdad de las mentiras de la historia” (1976, p. 82).

Considerando lo anterior, aunque la literatura, el medio artístico que se tomará como base en esta investigación, se utiliza hoy en día para cuestionar la historia y representar la memoria de las comunidades minorizadas por el discurso hegemónico colonial, no siempre ha tenido esa función, dado que es una herramienta que actúa de acuerdo con los intereses de quienes la utilizan. En el siglo XIX, la literatura fue un elemento fundamental en la construcción del relato de nación (Méndez, 2007). Su acceso limitado no sólo otorgó poder a un grupo selecto, sino que, por medio de los escritos aprobados por el Estado y la Iglesia, se imponía el respeto hacia la religión católica y la familia, y se rendía tributo a las acciones de la conquista europea, reproduciendo la máquina colonial y silenciando la diversidad cultural del país.

A finales del siglo XIX e inicios del XX, “los intelectuales funcionaban como legitimadores de determinado orden social y político sugerido por el Estado y por las clases dirigentes” (Pinilla, 2003, p. 17). Estos intelectuales pertenecían a la élite criolla y sólo tenían en cuenta las zonas centrales del país, por lo que ninguno de sus escritos incluía las zonas del interior y, por ende, las comunidades campesinas, indígenas, gitanas, negras, entre otras, quedaron fuera de dicho relato. Sin embargo, pese a la supervivencia de este discurso nacionalista hegemónico, que intimidaba a los escritores a abstenerse de tratar temas de razas que pudieran levantar a las masas, diversos escritores lograron representar la realidad colombiana y dar voz a las

comunidades marginalizadas por medio de sus escritos.

Esa labor de representar la verdad obligó a muchos escritores a exiliarse y escribir sobre su tierra natal desde el extranjero. En la segunda década del siglo XX, después de la Revolución mexicana, la literatura mexicana experimentó una transformación significativa y muchos escritores comenzaron a explorar temas sociales y a resaltar la historia de los campesinos, lo que convirtió a este en el destino elegido por grandes intelectuales como Barba Jacob (1883-1942), Germán Pardo García (1902-1991), Álvaro Mutis (1923-2013), Gabriel García Márquez (1927-2014) y Fernando Vallejo (1942-actualidad), quienes encontraron ahí un “[...] espacio propicio para que naciera y se fortaleciera la literatura colombiana, que no tenía espacio en su propio país” (Ospina, 2013, p. 43).

Debido a esta emigración intelectual, gran parte de la literatura colombiana se escribió en el exilio y no fue hasta la publicación de *Cien años de soledad*, en 1967, novela que posicionó a Colombia en el mundo, y la consecución del Premio Nobel de Literatura, en 1982, por parte de Gabriel García Márquez, que el país comenzó a tener una vida literaria más valorada y conocida a nivel mundial (Ospina, 2013). Con todo, aunque en el siglo XX el acceso a la literatura no era tan estricto como en el siglo anterior y se tenía mayor libertad para escribir, muchos intelectuales se vieron obligados a irse del país por la falta de un ambiente propicio para la creación. Colombia estaba dispuesto a leer libros, pero no a ayudar a escribirlos, razón por la cual los escritores no podían dedicarse totalmente a esa actividad y su proceso de escritura tardaba mucho tiempo.

Para finalizar, en Colombia “la novela se ha convertido en el género que mejor expresa al ser humano” (Colorado, 2015, p. 32), pero, como toda literatura se moldea a la sociedad en la que se encuentra, y dado que el país pasó por diversos conflictos que marcaron la historia, este género se subdividió en tres: la novela histórica, la novela regionalista y la novela de la violencia. No obstante, esto no quiere decir que las tres no estén presentes en la actualidad, por el contrario, conviven entre sí y, junto con las nuevas vertientes, conforman la novela contemporánea, que se caracteriza por su gran variedad de géneros y estilos. Para entender mejor la evolución de la literatura, y más concretamente el de la novela, a continuación, se presentará una breve descripción de las tres.

2.1.1 La novela histórica: una disputa entre la historia y la ficción

La novela histórica comenzó a desarrollarse en el siglo XIX en la República de la Nueva Granada con obras que tenían como objetivo reinterpretar y reflejar eventos históricos del país, especialmente los relacionados con el proceso independentista. Un ejemplo de este tipo de novela es *Ingermina o la hija de Calamar* del escritor Juan José Nieto Gil (1805-1866), publicada en Jamaica en 1844, durante su exilio. Considerada la primera novela del país, esta obra retrata la lucha entre los indígenas de la región de Calamar, hoy conocida como la ciudad de Cartagena de Indias, y los españoles, resaltando el papel fundamental que tuvo el mestizaje en la construcción del nuevo Estado-nación.

En el ámbito literario general, el escritor escocés Sir Walter Scott, introdujo la escritura híbrida de ficción e historia conocida como “novela histórica” con la publicación de su obra *Ivanhoe*, en 1819 (Klock; López; Fleck, 2023). No obstante, aunque este género comienza a desarrollarse en Colombia más de veinte años después, aún se consideraba que la historia y la ficción eran opuestas, ya que la primera narra de forma científica y sería hechos sucedidos, utilizando fuentes como base y una metodología clara, mientras que la segunda finge, entretiene y crea una realidad alternativa, totalmente ficticia y, por ende, no verdadera (Aínsa, 1994). Por esta razón, en el siglo XIX, “varios autores utilizaron el subtítulo ‘novela histórica’ para señalar que los hechos narrados en la obra eran reales” (Colorado, 2015, p. 24).

En el siglo XX, la novela histórica evoluciona debido al auge de temas como la identidad y la memoria, y a la crítica hacia la historia oficial, que se había convertido en el objetivo principal de diversos escritores. La novela histórica pasa de retratar acontecimientos reales y rechazar la ficción a reinterpretar el pasado y criticar el discurso historiográfico hegemónico, para representar lo que la historia no quiere o no puede, a través de espacios o situaciones ficcionales. De igual forma, en las décadas de 1930 y 1940, los escritores comienzan a utilizar la literatura como una herramienta de decolonización, sentando las bases de lo que hoy en día se conoce como “nueva novela histórica”, oficializada en la década de 1950, periodo en el que las sociedades rechazadas por el imaginario colombiano comenzaron a tener protagonismo en las obras del país (Aínsa, 1994).

Gracias a esta nueva novela histórica y a las influencias que recibe de la novela regional y la novela de la violencia a través de los años, las obras contemporáneas

consolidan mejor las denuncias sobre esas “versiones oficiales” impuestas por la historiografía, revelan la diversidad cultural, lingüística y artísticas que caracteriza al país y utilizan otras fuentes históricas, además de la escritura, como los registros orales y demás registros artísticos tradicionales de las comunidades originarias. Desde el punto de vista de Chalhoub y Pereira (1998), la propuesta de esta nueva novela histórica sería:

[...] historicizar la obra literaria, insertarla en el movimiento de la sociedad, investigar sus redes de interlocución social, desentrañar no su supuesta autonomía en relación con la sociedad, sino la forma en que construye o representa su relación con la realidad social – algo que hace incluso al negar hacerlo (p. 7, traducción propia²²).

Ahora bien, la ruptura de esa frontera entre la literatura y la ficción fue el resultado de una serie de discusiones que intelectuales de todo el mundo desarrollaron a mediados del siglo XIX y que es importante abordar en este trabajo. Para adentrarnos en esta discusión, citaremos al investigador colombiano Rubén Darío Barreto, quien afirma que “la literatura es considerada como un acto de mediación no directa que se refiere a un momento sociohistórico dado y a sus respectivas formaciones ideológicas en conflicto” (2015, p. 48). En consecuencia, la literatura es un documento de su tiempo y lugar, que puede servir como un instrumento histórico, ya que la historia y la literatura ficcional son narrativas que tienen lo real como base, pero lo traducen de forma diferente.

Al igual que un historiador, un escritor no inventa lo que escribe, sino que se basa en fuentes para darle forma al texto. Como apunta Antonio Candido (2006), la imaginación, la originalidad y la creatividad del escritor parten de las condiciones de su tiempo y lugar, las cuales pueden ser experiencias vividas en primera persona o como testigo de la sociedad. Así, la única diferencia evidente entre ambos es que el historiador no puede crear personajes ni acontecimientos; él sólo los descubre y los saca de la invisibilidad, mientras que el escritor describe las cosas vividas y observadas a través de personajes y eventos ficticios (Pesavento, 2006).

Por otro lado, Paul Ricoeur (2004) también propone que los hechos narrados dentro de una trama literaria existen para la voz narrativa, por lo que tenemos un

²² [...] historicizar a obra literária, inseri-la no movimento da sociedade, investigar as suas redes de interlocução social, destrinchar não a sua suposta autonomia em relação à sociedade, mas sim a forma como constrói ou representa a sua relação com a realidade social – algo que faz mesmo ao negar fazê-lo.

narrador que debe seguir una serie de pasos para cumplir con su tarea: reunir datos, seleccionarlos, establecer conexiones entre ellos, elaborar una trama, presentar posibles soluciones a la intriga central y utilizar estrategias de retóricas para convencer al lector y ofrecer una versión que sea lo más próximo a lo sucedido. En cuanto al historiador, para construir la representación del pasado lo más verosímil posible, debe trabajar con diversos relatos y versiones sobre un mismo acontecimiento, siguiendo un camino similar al de los escritores de ficción: debe hacer elecciones, organizar las tramas, descifrar el enredo y utilizar las palabras y conceptos adecuados (Pesavento, 2006).

En consecuencia, se rechaza la idea de que la ficción no tiene una metodología establecida como la historia y sólo tiene la función de entretener. Por otra parte, el historiador no tiene la función de contar la verdad de los hechos, sino de retratar una versión lo más aproximada posible, dado que está trabajando con evidencias y pruebas de un periodo en el que no estaba presente y no puede corroborarlas totalmente, por lo que tiene recurrir a la imaginación para lograr conectarlas. De igual forma, aunque el historiador debe tener una visión imparcial en sus registros, es inevitable que su experiencia y forma de pensar no influyan en ellos, razón por la cual el discurso histórico hegemónico ha sido criticado.

Desde la antigüedad, el mundo se ha contado de forma metafórica, indirecta y alegórica a través de las narrativas como la poesía, el mito y la prosa romántica (Pesavento, 2006). Por tanto, el error está en tratar de trabajar de forma literal una narrativa que registra la vida y sus sensibilidades, ya que más que revelar la existencia de un personaje o de un acontecimiento, los problematiza y revela sus verdades a través de hechos creados ficcionalmente. Tomando las palabras de Ginzburg (2001), la literatura constituye una realidad que es verdadera en todos los sentidos, menos en el sentido literal. De esa forma, la literatura ficcional es una fuente de información privilegiada para el historiador, puesto que le permite acceder al imaginario y a las sensaciones e impresiones de la vida que no se encuentran registradas en ningún texto histórico por su carácter objetivo y universal.

Ella es una reflexión sobre lo que existe y una proyección de lo que podrá llegar a existir; registra e interpreta el presente, reconstruye el pasado e inventa el futuro a través de una narrativa pautada en el criterio de ser verosímil, en la estética clásica, o en las anotaciones de la realidad para producir una ilusión de lo real. Como tal es una prueba, un registro, una lectura de las dimensiones de la experiencia social y de la invención de ese

social, siendo fuente histórica de las prácticas sociales, de modo general, y de las prácticas y haceres literarios en sí mismos, de forma particular (Borges, 2010, p. 99, traducción propia²³).

Otro factor para tener en cuenta es que, en una sociedad con múltiples lagunas históricas, eran los historiadores (provenientes de Europa) quien atribuían veracidad a las fuentes y decidían qué era real y qué era ficción desde su punto de vista. Antes de la llegada de los europeos al continente americano, los pueblos originarios registraban y preservaban su memoria a través de pictogramas inscritos en diferentes superficies e historias orales transmitidas de generación en generación. Sin embargo, el desconocimiento de los extranjeros y la falta de aceptación de esta nueva cultura hicieron que estos pictogramas no se consideraran como un tipo de escritura por su falta de semejanza con la escritura alfabética, y que las historias orales se catalogaran como mitos y leyendas, relatos que no podían ser verdaderas porque se corrompían con el paso del tiempo.

En contraste, la narrativa ficcional no dejó de lado estos registros y, aunque los escritores se basaban en documentos históricos para desarrollar el contexto de la trama, precisamente lo que enriquecía su contenido era la inclusión de elementos orales y la valoración de los espacios. Como observa el escritor y crítico literario hispanouruguayo, exdirector literario de Ediciones en la UNESCO, Fernando Aínsa (1994), la ficción, a pesar de las fuertes críticas recibidas hasta la fecha, puedo ir más allá que muchos tratados antropológicos y estudios sociológicos en la percepción de la realidad del continente americano en el siglo XX, al trabajar con elementos y simbolizar hechos y problemas que no se incluían abiertamente en otros géneros, presentando un nuevo ángulo que no altera la forma sustancial de la problemática, sino la manera como se los representa.

Gracias a esa nueva perspectiva, los historiadores comienzan a utilizar la narrativa ficcional como una fuente importante para estudiar el imaginario, las mentalidades y lo cotidiano de la sociedad, entre otros aspectos, y desarrollar una trama más enfocada en la vida de los pueblos y las épocas pasadas, dejando un poco de lado la universalidad de los hechos y dando origen a una disciplina más

²³ Ela é uma reflexão sobre o que existe e projeção do que poderá vir a existir; registra e interpreta o presente, reconstrói o passado e inventa o futuro por meio de uma narrativa pautada no critério de ser verossímil, da estética clássica, ou nas notações da realidade para produzir uma ilusão de real. Como tal é uma prova, um registro, uma leitura das dimensões da experiência social e da invenção desse social, sendo fonte histórica das práticas sociais, de modo geral, e das práticas e fazeres literários em si mesmos, de forma particular.

interdisciplinar, fundamentada también en los estudios sociológicos, antropológicos y etnográficos. Además, dado que la producción cultural del continente es principalmente material y no escrita, los historiadores comienzan a analizar otras fuentes, como los vestigios arqueológicos, representaciones pictográficas y registros orales.

Para finalizar esta sección, cabe mencionar otra discusión que surgió junto con la anterior: diversos intelectuales afirmaron que no se puede decolonizar una sociedad por completo utilizando herramientas y métodos europeos. Por ello, se comenzó a dar valor a la literatura mediante la clasificación de lo que es copia y lo que es original. Este factor también se podrá observar más adelante con el desarrollo de la novela regionalista. En respuesta, en 1920 surgió en Brasil el movimiento cultural antropofágico, liderado por el escritor Oswald de Andrade (1890-1954), cuyo objetivo era crear una identidad latinoamericana a partir de elementos extranjeros que serían posteriormente transformados en algo nuevo y propio. Según el intelectual brasileño Eduardo Coutinho (2003):

[...] lo que se caracterizaba como copia imperfecta del modelo instituido por la cultura central pasa a ser visto como respuesta creativa, y la desviación de la norma se valora por la desacralización que efectúa del objeto artístico. Los criterios hasta entonces incuestionables de originalidad y anterioridad son lanzados por tierra y el valor de la contribución latinoamericana pasa a residir exactamente en la manera en que se apropia de las formas literarias europeas y las transforma, dándoles un nuevo vigor (p. 24, traducción propia²⁴).

El término “antropofagia” hace alusión al consumo de carne humana. Esta práctica la realizaban diversos pueblos originarios del continente americano con el objetivo de adquirir las habilidades de sus oponentes, una vez derrotados, mediante el consumo de su carne. El movimiento obtuvo ese nombre como referencia a dicha práctica, dado que, su objetivo es consumir de elementos extranjeros, tomar lo mejor de estos, modificarlo y poder aplicarlos al contexto latinoamericano.

²⁴ [...] o que se caracterizava como cópia imperfeita do modelo instituído pela cultura central passa a ser visto como resposta criativa, e o desvio da norma valoriza-se pela dessacralização que efetua do objeto artístico. Os critérios até então inquestionáveis de originalidade e anterioridade são lançados por terra e o valor da contribuição latino-americana passa a residir exatamente na maneira como ela se apropria das formas literárias europeias e as transforma, conferindo-lhe novo viço.

2.1.2 De la novela regional tradicional a la *glocal*

La novela regional, también conocida como novela costumbrista, se desarrolló a finales del siglo XIX, específicamente durante el período de la Regeneración (1886-1909), liderado por Rafael Núñez (1825-1894), y se caracterizó por la exaltación de las costumbres, las tradiciones y la memoria local, así como por la exploración de la identidad regional. Durante este periodo, la entonces República de Nueva Granada pasó a denominarse República de Colombia. En el proceso de organización, se concedió el poder al Partido Tradicional (inicio de la hegemonía conservadora en el país) y a la Iglesia, pasando de ser un sistema federal a ser un sistema centralizado. Esto generó fuertes disputas en las regiones periféricas del país, que llevaron al debilitamiento del gobierno central, a problemas económicos y a frecuentes guerras, como la Guerra de los Mil Días (1899-1902).

La literatura regionalista en América Latina se propuso en su momento ser la auténtica, verdadera y nueva. Las novelas más representativas de este periodo fueron *La vorágine* (1924), del escritor colombiano José Eustasio Rivera (1888-1928); *Doña Bárbara* (1929), del venezolano Rómulo Gallegos (1884-1969); y *Don Segundo Sombra* (1926), del argentino Ricardo Güiraldes (1886-1927). Al igual que la novela histórica, la novela regionalista evolucionó con el tiempo en su objetivo y forma hasta llegar al regionalismo que hoy conocemos. No obstante, uno de los máximos exponentes del “regionalismo tradicional” en Colombia es Tomas Carrasquilla (1858-1940), quien “[...] a partir de la tradición oral y el folklor antioqueño, rearma los valores tradicionales y rurales de Antioquia, agregando notas nostálgicas acerca del proceso de la desaparición de dichos valores con la modernización” (Williams, 2012, p. 20).

En la segunda mitad del siglo XIX, la novela histórica cobró fuerza en Colombia, pero el desarrollo intelectual se concentraba en el centro del país y las obras no reflejaban de manera homogénea todos los componentes presentes. Las comunidades indígenas y negras aparecían marginalmente en la trama y, por lo general, el protagonista era el colono mestizo. Además, se consideraba que todo aquello que no estuviera dentro del centro urbano era un espacio de barbarie y atraso, por lo que no merecía ser incluido en la literatura colombiana. Con todo, teniendo en cuenta que en estas zonas excluidas se gestaban las revoluciones bipartidistas y el clima de liberación política que se vivía en todo el país, en el que la historia hegemónica no representaba a todos los colombianos, era necesario construir la

memoria de los pueblos silenciados:

[...] escritores, dibujantes, poetas y comediógrafos van a volver los ojos hacia su propio medio, con sus características singulares, su habla, sus costumbres, sus hábitos sociales, sus personajes, sus paisajes, objetos, modos de ser, prendas de vestir y gustos alimenticios, para descubrir en ellos su identidad y trazar las líneas de un futuro independiente (Reyes, 1988, p. 182).

La primera región en formar parte de este género literario fue Antioquia. Sin embargo, se continuaba reproduciendo el orden hegemónico y autoritario, así como la homogeneidad por medio de las letras; por tanto, quienes no tuvieran raíces criollas o hispánicas no podían formar parte de la literatura antioqueña (Méndez, 2007). Pese a la supervivencia de este discurso, los escritores locales no se dejaron intimidar y, en sus escritos, criticaron la idea de homogeneidad impuesta por el Estado, resaltando la diversidad cultural y lingüística presente en las regiones, ofrecieron una visión menos centralizada y adaptaron los conceptos utilizados en el centro para que puedan aplicarse en las zonas periféricas, como es el ejemplo de la palabra “nación” que empieza a ser sustituida por “raza”.

Siguiendo el objetivo de representar al país como una sociedad con grandes diferencias y de exponer que, dentro de estas regiones excluidas por la metrópoli, también había un grupo letrado local, aplicando de cierta forma la dicotomía cultura popular/letrada; el concepto de heterogeneidad propuesto por el peruano Antonio Cornejo Polar, expresaría a la perfección la dinámica de las regiones:

Aunque de hecho varias identidades y territorialidades coexisten sincrónicamente en el sujeto, este sujeto no debe entenderse como transculturado o “híbrido”. Más bien, es un sujeto descentrado o esquizofrénico, construido alrededor de dos (o más) ejes de identidad que son contradictorios de una forma que no resulta en una supresión-superación (Aufhebung) de la contradicción (Cornejo, 1987, p. 250).

Con el tiempo, más regiones adquirieron presencia en la literatura nacional y Colombia pasó a estar dividida en al menos cuatro entidades político-culturales semiautónomas: la Antioquia, representada por el gran Tomás Carrasquilla; el Caribe, del caudillo y escritor Juan José Nieto Gil; el Cauca, del poeta y novelista Jorge Isaacs (1837-1895); y, el Altiplano Cundiboyacense, del escritor y periodista Eugenio Díaz (1803-1865), entre otros intelectuales que también dejaron su huella en las otras regiones, pero cuya forma de narrar no permite catalogarlos dentro de los escritores

regionalistas tradicionales (Williams, 2012).

Es importante aclarar que, aunque los escritores Juan José Nieto Gil y Eugenio Díaz ya habían fallecido cuando se desarrolló oficialmente la novela regionalista, razón por la que normalmente se les denomina escritores de novela histórica, en sus célebres novelas *Ingermina o la hija de Calamar* (1844) y *Manuela* (1858) retrataron muy bien las costumbres y problemáticas que enfrentaron dichas regiones durante el periodo de la fundación nacional, por lo que estas novelas son consideradas iniciadoras del género o dadoras de las bases para la novela regionalista. Por otro lado, hasta el día de hoy, *Manuela* es considerada la mejor novela nacional anterior a la publicación de *María* (1867), de Jorge Isaacs.

Retomando la idea de cultura popular/letrada que la novela regionalista vuelve a poner sobre la mesa, de acuerdo con lo descrito por la investigadora colombiana Diana Méndez, las historias de la novela regionalista “[...] no constituirían la idea plural de la identidad, por el contrario, reafirmarían la diversidad de las élites en distintos campos que se equilibran y controlan mutuamente, conocidas como élites estratégicas” (2007, p. 94). Así, la cultura popular se encargaría de librar las batallas en el campo, seguir a los intelectuales y narrar sus hazañas de forma oral e informal, mientras que la cultura letrada actuaría como guía y se encargaría de inmortalizar estos relatos en sus escritos y posicionarlos en la historia nacional. En otras palabras, la cultura popular sería la cultura de la presencia, mientras que la cultura letrada sería la de la representación.

Partiendo de lo anterior, esta dicotomía siempre estará presente en la literatura y, más aún, en la novela regionalista, un género que, como se ha mencionado anteriormente, se caracterizó por la valoración de la memoria regional que había sido excluida del imaginario nacional, precisamente por ser de comunidades orales que no encajaban dentro de esa homogeneidad letrada que se pretendía reflejar. No obstante, el concepto de heterogeneidad se basa en la aceptación de las diferentes formas de registro y de visión del mundo, por lo que la crítica de esta autora se dirige hacia la valoración de una cultura frente a otra, reproduciendo localmente la jerarquización impuesta a nivel nacional. En las novelas modernas, la importancia de las dos culturas se presenta de forma más equilibrada, y se destaca que la cultura oral, a pesar de sus deformaciones, puede enseñar y registrar cosas similares a las de la cultura escrita.

Finalmente, más de una década después de la muerte de Tomás Carrasquilla, periodo de la modernización en el que llegó la televisión nacional, finalizó la dictadura

militar de Rojas Pinilla y se llevó a cabo la primera reforma en la estructura del poder ejecutivo; Colombia dejó de ser una nación dividida en cuatro regiones para convertirse en un Estado moderno en los ámbitos político y cultural. Con el desarrollo de la novela de la violencia, la novela regional dejó de centrarse en relatar las costumbres, tradiciones e identidad de las regiones para retratar las guerras que se vivían en ellas y ofrecer una crítica de sus condiciones. En consecuencia, los escritores del Boom Latinoamericano rechazaron y menospreciaron el regionalismo tradicional de Carrasquilla y lo catalogaron como una narrativa provinciana, simplista, mediocre y nada original (Williams, 2012).

Frente a esta resignificación de la novela regionalista, los escritores colombianos Gabriel García Márquez, Rojas Herazo y Cepeda Samudio descubrieron una nueva forma de representar lo regional mediante el método de Faulkner, posteriormente conocido como neoregionalismo o novela *glocal*. Este método consiste en representar lo local o regional con el objetivo de alcanzar lo universal. Como su nombre indica, esta nueva versión de la novela regionalista fue introducida por el escritor estadounidense William Faulkner (1897-1962) con la publicación de su obra *Santuario* (1931). En el contexto latinoamericano, los modelos de este nuevo regionalismo universal son: *Pedro Páramo* (1955), del mexicano Juan Rulfo; *La casa verde* (1966), del peruano Mario Vargas Llosa; y *Cien años de soledad* (1967), del colombiano Gabriel García Márquez.

2.1.3 La novela de la violencia y la legitimación del género novela

Esta novela surgió específicamente después del asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948, evento conocido como el Bogotazo, que desencadenó un periodo de enfrentamientos entre liberales y conservadores, denominado como “La Violencia”. Durante este periodo, diversos escritores colombianos reflejaron en sus obras las brutalidades cometidas en la guerra y las consecuencias de dicho conflicto, lo que provocó el exilio de grandes intelectuales del país. Las obras más representativas de este periodo son *La mala hora* (1962), del escritor caribeño Gabriel García Márquez, y *Cóndores no entierran todos los días* (1971), del vallecaucano Gustavo Álvarez Gardeazábal (1945-actualidad). Entre los diversos novelistas que comenzaron a retratar este cúmulo de crímenes en sus obras, estaba:

Osorio Lizarazo, persiguiendo la verdad tumultuosa de Bogotá alumbrada por los incendios; Tulio Bayer, rastreando los conflictos humanos que acompañaban la construcción de la carretera al Mar; Daniel Caicedo, poniendo al Viento seco a narrar los días atroces y la impiedad de los crímenes; el propio García Márquez en *La mala hora*, haciéndonos vivir el clima de zozobra de los pueblos donde crece la discordia; Gustavo Álvarez Gardeazábal, retratando su pueblo del Valle bajo las alas de la muerte (Ospina, 2013, p. 94).

El desarrollo de este nuevo género dejó una marca significativa en la historia de la literatura colombiana. Gracias a las obras que estaban surgiendo en el país y en toda Latinoamérica, se empezó a cuestionar qué es una novela y lo que representa este género. Según la investigadora colombiana Paula Andrea Marín Colorado (2015), cuyos estudios se centran en la historia de la edición en Colombia, esta discusión se debió a seis causas principales:

1) el surgimiento de una nueva mirada acerca del lenguaje usado en las obras literarias, distanciada del gramaticalismo que caracterizó el siglo XIX y las cuatro primeras décadas del siglo XX; 2) el advenimiento de una perspectiva crítica que se alejaba de la consideración sobre la novela como expresión de un “pueblo” para empezar a verla como expresión “del hombre”; 3) la aparición de un nuevo público lector que empezó a preferir el consumo de la prosa sobre la poesía; 4) el surgimiento de premios de novela por iniciativa de entidades privadas; 5) el aumento en el grado de diferenciación de las actividades intelectuales; 6) la elaboración de la realidad cercana en las obras narrativas (p. 14-15).

Esta reestructuración de las características de la novela permitió que obras que no habían sido consideradas como tales entraran en esta categoría y se valoraran más. Un ejemplo de ello es *La vorágine*, que, como se mencionó anteriormente, es una de las obras más representativas del regionalismo, pero que en el momento de su publicación no se catalogó como novela debido a su estilo poético y a su falta de fidelidad a la realidad, un factor característico de este género. No fue sino hasta los estudios de Antonio Curcio Altamar que se comprendió la importancia de esta novela, no sólo para la región amazónica, sino para el campo literario. Siguiendo la idea de Altamar, “apenas las pasiones políticas, los gustos refinados de la clase alta y la caracterización costumbrista de las gentes rústicas habían merecido la atención de nuestros novelistas” (1957, p. 208).

Por otro lado, diversas obras que antes se clasificaban como novelas empiezan a considerarse novelas cortas o cuentos. Retomando las palabras de Colorado (2015), este periodo también se caracterizó por la búsqueda de los elementos que diferencian la novela del cuento y de la novela corta, la queja por la falta de novelistas

profesionales y el reconocimiento de la novela como género literario en igualdad de condiciones con la poesía nacional y con la tradición del continente. Respecto al primer punto, para finales de la década de 1950, la legitimación y caracterización de la novela ya era clara y esta superaba a las otras dos por la complejidad de su técnica y su extensión, convirtiéndose en el género con mayor presencia en la literatura nacional y otorgando a Latinoamérica su autonomía cultural.

En contraste, aunque en el país se habían publicado grandes novelas, no existía una verdadera tradición de escritores que se dedicaran por completo a esta labor, como sí ocurría en otros países del continente. La complejidad que estaba adquiriendo este género requería un escritor profesional que pudiera ganarse la vida con sus escritos y dedicarse por completo a ello, sin necesidad de participar en política o ser un funcionario público. Desde el punto de vista del escritor y poeta colombiano Nicolás Bayona Posada, cuyos estudios influenciaron en la literatura del país:

Mientras que en otros países los escritores viven de su pluma [...], el intelectual colombiano rara vez ha pensado derivar su dinero de sus obras, y las escribe por noble amor al arte, por un imperativo de su conciencia estética, hurtándole horas o minutos a la lucha por la consecución del pan. Y claro está que en estas circunstancias pueden hacerse poesías o discursos, editoriales o conferencias, pero con suma dificultad aquellas obras que —como las históricas, las novelescas y las dramáticas— exigen madura reflexión y largo tiempo de penosa labor (1951, p. 85).

Debido a la ampliación del público lector y al reconocimiento de la novela de la violencia a mediados de 1960, la función social de este género ya no es consagrarse a los partidos políticos o a las élites, sino a la sociedad en general. Esto generó que los intelectuales fueran más autónomos y pudieran conseguir trabajos más cercanos al área de las letras, por lo que pudieron dedicar más tiempo a la producción y distribución de sus obras. En este sentido, la novela de la violencia transformó la forma de estudiar este género, ya que planteó dos cuestiones centrales: retratar hechos contemporáneos al escritor y transformar la visión encantadora y paradisiaca del campo que se había transmitido hasta el momento (Colorado, 2015).

Esta innovación narrativa, la fusión de la realidad con la ficción y el tratamiento de problemáticas locales desde una perspectiva universal —en el caso de Colombia, haciendo hincapié en el periodo de violencia que enfrentaba el país—, dio paso al Boom Latinoamericano (1960-1970) y propició la difusión internacional de las obras y los escritores latinoamericanos. Por otro lado, la novela de la violencia surgió como

una mezcla e innovación de las dos anteriores, dado que la novela histórica, al centrarse en las grandes zonas del país, era ajena a la realidad que se vivía en el campo, por lo que pasó a ser una novela testimonial, en la que el novelista retrataba esas situaciones desde fuera y desde su interpretación personal. El regionalismo tradicional también trabajaba estas zonas aisladas, pero centrándose en la representación de las costumbres tradicionales y los paisajes.

Para finalizar, como se mencionó en el capítulo anterior, el conflicto armado en Colombia, vigente hasta el día de hoy, comenzó a desarrollarse a partir de 1960, por lo que la novela de la violencia ha sido la que más ha representado al país en los últimos años. En la actualidad, gracias a las influencias que ha recibido de los estudios poscoloniales, la literatura contemporánea del país, aunque sigue abordando como tema principal los acontecimientos de este periodo, también se caracteriza por la diversidad de temas y voces que reflejan la complejidad de su realidad. Entre los temas que más se repiten en la literatura colombiana se encuentran el feminismo, la diversidad de género, la identidad y la memoria de las comunidades silenciadas, la ecocrítica, la migración y el desplazamiento.

Debido a lo anterior, la literatura es una herramienta política que no sólo refleja la realidad del país, sino que también da voz a las comunidades silenciadas por el imaginario colombiano y recupera la memoria que la historiografía hegemónica ha intentado encubrir a lo largo de los años. Como afirma Aníbal Quijano, la literatura nos ayuda a “[...] liberarnos del espejo eurocéntrico donde nuestra imagen es siempre, necesariamente, distorsionada” (2005, p. 145), para poder ser lo que realmente somos.

2.2 REPRESENTACIÓN DE LOS ESPACIOS MEMORATIVOS EN LA LITERATURA

2.2.1 El espacio en la literatura: una línea conceptual

A lo largo de los años, la representación del espacio ha variado en función de la cultura y la época. Si comparamos la cartografía actual con la de hace unos siglos, observaremos cambios territoriales evidentes, que aumentaron con el Proyecto de Nación y el proyecto modernizador. De igual forma, cada sociedad tiene una relación diferente con los lugares, lo que da lugar a distintas percepciones de su uso y representación, definidas por condicionantes económicos, culturales, sociales y políticos. Debido a lo anterior, aunque la humanidad siempre ha usado el espacio como un recurso para su beneficio, a mediados del siglo XX, con la Gran Aceleración de la actividad humana surge el Antropoceno y, con ella, un mayor interés por el estudio de este.

En el ámbito literario, el espacio se consideraba un simple escenario de fondo en el que transcurría la historia, por lo que no merecía mucha atención; los focos de interés se centraban en las voces, las acciones y la temporalidad. Según el autor brasileño Luis Alberto Brandão (2013), la crítica literaria se centraba más en el problema del punto de vista narrativo, el sistema de signo y la estructura del texto; en otras palabras, en la forma en que los personajes interactuaban con el universo ficcional, dejando de lado la exploración de lo que se entiende por espacio y su representación en la narrativa. Además, el siglo XIX, como se mencionó en la sección anterior, se caracterizó por ser el siglo de la representación histórica y de convencer al lector de que los acontecimientos retratados eran reales.

Esta ausencia geográfica, presente en el estructuralismo, empezó a ser criticada en la segunda mitad del siglo XX por los estudios deconstruccionistas y el movimiento posestructuralista, que reconocieron que el espacio es un elemento importante que puede tratarse como sistema interpretativo, modelo de lectura y orientación epistemológica. Esto generó un creciente interés en la representación y utilización del espacio en los textos literarios, así como un enfoque transdisciplinar, debido a los diferentes campos del conocimiento que lo estudian.

Los teóricos fundamentales en este campo, cuyos trabajos exploraron la manera en que el espacio afecta y se ve afectado por las prácticas sociales y culturales, fueron Gaston Bachelard (1884-1962), Henri Lefebvre (1901-1991) y Michel Foucault (1926-1984). Por otro lado, basándose en estos primeros estudios

literarios occidentales:

[...] es posible definir cuatro modos de abordar el espacio en la literatura. Son estos: representación del espacio (escenario); espacio como forma de estructuración textual (temporalidad); espacio como focalización (el narrador es un espacio o siempre narra desde algún lugar); espacio del lenguaje (espacialidad propia del lenguaje verbal/la palabra también es espacio) (Brandão, 2013, p. 58, traducción propia²⁵).

Partiendo de lo anterior y considerando el objetivo del presente proyecto, la clasificación en la que se centra esta investigación es la del espacio como focalización. En una sociedad tan centralizada que aún discrimina las zonas periféricas, las ciudades fueron los primeros espacios estudiados dentro de la literatura y denominados como un discurso, pues su estructura no sólo estaba conformada por ladrillos, sino también por la memoria de todos los acontecimientos ocurridos. De acuerdo con las palabras del crítico uruguayo Ángel Rama:

[...] toda ciudad puede parecerse un discurso que articula plurales signos-bifrontes de acuerdo a las leyes que evocan las gramaticales. Pero hay algunas donde la tensión de las partes se ha agudizado. Las ciudades despliegan suntuosamente un lenguaje mediante dos redes diferentes y superpuestas: la física que el visitante común recorre hasta perder en su multiplicidad y fragmentación, y la simbólica que la ordena e interpreta, aunque sólo para aquellos espíritus afines capaces de leer como significaciones los que no son nada más que significantes sensibles para los demás, y, merced a esa lectura, reconstruir el orden (1998, p. 40).

No obstante, en este contexto surge la cuestión de qué se entiende por “ciudad”, ya que la acelerada actividad humana provoca que las personas estén en constante movimiento y que dos espacios con una distancia geográfica claramente delimitada terminen por fusionarse en uno solo con mayor territorio. Frente a esto, el escritor francés Jacques Le Goff (1998) afirmó que es inadecuado utilizar el término “ciudad” para hacer referencia al fenómeno de la conurbación, dado que es algo impreciso y dinámico. Por ello, es mejor denominarlos “espacios de formas urbanas”, en los que los campos están sumergidos y las ciudades, inundadas, sin tener claridad de cuál invade a cuál.

Este fenómeno se produjo en Colombia con el inicio del conflicto armado, un

²⁵ [...] é possível definir quatro modos de abordagem do espaço na literatura. São eles: representação do espaço (cenário); espaço como forma de estruturação textual (temporalidade); espaço como focalização (o narrador é um espaço ou se narra sempre de algum lugar); espaço da linguagem (espacialidade própria da linguagem verbal/a palavra também é espaço).

período en el que los enfrentamientos se trasladaron a las zonas rurales y un gran número de campesinos e indígenas despojados, o jóvenes que buscaban una mejor calidad de vida, comenzaron a movilizarse hacia las zonas urbanas, lo que ocasionó un drástico crecimiento de la población. Para la mayoría de los críticos colombianos, este movimiento se conoce como la “urbanización de los campesinos”, pero lo cierto es que fue una “ruralización de las ciudades”, puesto que, aunque no fueron bien recibidos y sufrieron discriminación, sus costumbres, conocimientos y prácticas rurales influyeron en el crecimiento de dichos espacios urbanos.

En este contexto local, con el surgimiento de la novela regionalista, el espacio rural y natural adquiere protagonismo en la literatura. Según el escritor colombiano William Ospina, Jorge Isaacs y José Eustasio Rivera fueron los dos primeros escritores que comprendieron que “[...] aquí toda historia tenía que incluir el espacio natural, no como paisaje de fondo sino como protagonista del relato” (2013, p. 31). Ellos se propusieron mostrar la diversidad del territorio nacional y la dureza de la vida campesina en esos espacios. Supieron observar ese gran paisaje olvidado por el Estado y marginado de los planos académicos, que solían ser representados como una zona poco habitada y selvática.

En su célebre novela *La vorágine* (1924), José Eustasio Rivera no sólo representó el horror de la industria del caucho en el Amazonas, sino también la selva inexpugnable, la naturaleza salvaje que responde a las acciones humanas, las marcas de las memorias que permanecen en el paisaje (cicatrices de los árboles del caucho) y las distintas relaciones que se establecen entre los seres humanos y naturaleza, que varían según la visión del mundo de cada personaje. De esta manera, dejó claro que, en esa zona del país, tan apartada y poco estudiada, habita una comunidad y un paisaje que necesitan de atención.

Por otro lado, aunque Jorge Isaacs no formó parte del movimiento regionalista en vida, su obra *María* (1867), en la que narra una historia lacrimosa de amores postergados y frustrados, ambientada en la época colonial, también es una expedición botánica por los bellos paisajes del Valle del Cauca y los farallones de Occidente. Su mirada de poeta, al igual que la de Rivera, le permitió apreciar la diversidad de las regiones, el espíritu y la belleza de la naturaleza, la sublimidad de las fuentes de agua, la flora infinita y la fauna asombrosa (Ospina, 2013). En otras palabras, estos dos escritores lograron tener una visión más cercana a la de los pueblos originarios y no se dejaron cegar por la veneración dogmática de otro mundo.

En las últimas décadas, el estudio del espacio en la literatura ha adoptado diversos enfoques que van desde la materialidad de la escritura hasta la función estructural. Temas como la frontera, el exilio, la fusión de lo rural y lo urbano, la representación cartográfica y los lugares memorativos están muy presentes en las novelas contemporáneas. Todos estos elementos están presentes en las obras que se analizarán más adelante. Por un lado, están los espacios ubicados en zonas centralizadas y turísticas del país, pero que no tienen la misma relevancia en el imaginario ni en la cartografía colombiana. Se trata de espacios ubicados al otro lado de la frontera física y simbólica que, en este contexto de silenciamiento, han conservado la memoria de estas comunidades distópicas y exiliadas.

2.2.2 Conceptualización de los espacios memorativos

En la actualidad, vivimos en una época en la que la memoria se ha convertido en un tema de debate público y en un elemento esencial para la construcción de la identidad. Lo que más llama la atención es que el arte comienza a trabajar la memoria con mayor fuerza, precisamente cuando la sociedad hegemónica estaba haciendo todos sus esfuerzos para que se perdiera o permaneciera en silencio (Assmann, 2016). Por consiguiente, hoy es el arte el que tematiza la crisis de la memoria e intenta brindar nuevos métodos para hacerle frente, por lo que la literatura adquiere una función social: combatir los textos logocéntricos. La memoria artística no funciona como un almacenador, sino que los estimula al poner sobre la mesa el proceso de recordar y olvidar, pues, “memoria y olvido caminan juntos, de modo que uno no existe sin el otro” (Seligmann-Silva, 2022, p. 15, traducción propia²⁶).

Esto refuerza lo que planteó Pierre Nora (1993) de que se habla de memoria porque ya no existe más y de que hay espacios de memoria porque ya no hay medios para preservarla. En otras palabras, Nora hace hincapié en que, para que un fenómeno se convierta en objeto de estudio, debe estar perdido o correr el riesgo de desaparecer. Ahora bien, se debe considerar que, desde la época en la que el historiador francés realizó esa observación hasta la actualidad, las cosas han cambiado bastante. Aunque no se puede negar que la memoria continúa luchando contra los intentos de silenciarla, los estudios poscoloniales y el interés de muchos autores han permitido que hoy en día esté más presente en los diferentes campos del

²⁶ Memória e esquecimento caminham juntos, de modo que um não existe sem o outro.

conocimiento y que comprendamos mejor las resistencias de las comunidades minorizadas.

Por lo tanto, si nos referimos a la memoria formativa o cultural, podemos afirmar que actualmente está más viva que nunca, ya que son las mismas comunidades silenciadas las que cuentan su historia, proporcionando así una mirada más local. Sin embargo, si hablamos de la memoria de aprendizaje de la mnemotécnica, sí se aplicaría la idea de Nora, dado que, gracias a los avances tecnológicos y a la facilidad para almacenar información, utilizamos menos técnicas de memorización y, por tanto, no recordamos las cosas con la misma facilidad. Hasta el momento, este declive de la capacidad de almacenar información en nuestras mentes no ha comprometido la reconstrucción de la memoria, debido a que cada sociedad utiliza sus propios recursos según sus necesidades y creencias.

Llegados a este punto, antes de abordar la relevancia del espacio, es pertinente trabajar la definición e importancia de la memoria. Desde el punto de vista del investigador, psicólogo y profesor colombiano Juan David Villa, cuyos estudios se centran en el desplazamiento forzado, procesos de reconciliación, memoria colectiva y memoria histórica:

La memoria es como la cartografía política de un territorio, define al ser individual y colectivo de una sociedad, puesto que es la base para la escritura de la historia, para la construcción de las imágenes de cómo la sociedad se ve a sí misma y las directrices que trazan su futuro (2009, p. 74).

Así mismo, Jacques Le Goff afirma que la “memoria es un elemento esencial de lo que se acostumbra a llamar *identidad*, individual o colectiva, cuya búsqueda es una de las actividades fundamentales del individuo y de las sociedades, en la fiebre y en la angustia” (1990, p. 477, traducción propia²⁷). Por lo tanto, la memoria es fundamental para la reconstrucción tanto del individuo como de la sociedad en la que este se inscribe. A través de esa dinámica de recuerdo y olvido, y de las constantes deformaciones que se producen con el paso del tiempo, los individuos construyen su microhistoria y lo que los define.

Pierre Nora también señala que la memoria colectiva puede definirse como “lo que queda del pasado en lo vivido por los grupos o lo que los grupos hacen del

²⁷ Memória é um elemento essencial do que se costuma chamar de *identidade*, individual ou coletiva, cuja busca é uma das atividades fundamentais do indivíduo e das sociedades, na febre e na angústia.

pasado” (1993, p. 45, traducción propia²⁸). En otras palabras, la memoria colectiva no puede ser representada por personas externas al grupo que no han vivido los acontecimientos, ya que cada uno de los integrantes contribuye a la construcción de la memoria e identidad colectiva a través de sus recuerdos individuales y de los relatos que se han transmitido de generación en generación. Por tanto, no podemos hablar de memoria sin hablar de identidad, sobre todo teniendo en cuenta que, en la actualidad, la reconstrucción de la memoria no es más que el resultado de la búsqueda de identidad de los pueblos marginalizados. Siguiendo las palabras de Joël Candau:

La memoria, al mismo tiempo que nos moldea, también es moldeada por nosotros. Esto resume perfectamente la dialéctica de la memoria y la identidad que se conjugan, se nutren mutuamente, se apoyan una en la otra para producir una trayectoria de vida, una historia, un mito, una narrativa. Al final, sólo queda el olvido (2023, p. 16, traducción propia²⁹).

Por consiguiente, restituir la memoria desaparecida de una persona o un grupo es restituir su identidad, y por eso el espacio ocupa un papel importante en este contexto: así como el individuo siente la necesidad de imaginarse como parte de un grupo, también siente la necesidad de pertenecer a un lugar, normalmente el lugar en el que nació o el que tiene una gran vinculación con sus antepasados. Al igual que un Estado necesita una delimitación geográfica para estar presente en los mapas y tener poder, un individuo o grupo también necesita de un espacio para sentirse completo y pertenecer a algún lugar. Como un árbol necesita tierra para echar raíces, las personas necesitan lugares memorativos para preservar y reactivar su memoria, y con ello, lo que realmente son.

Retomando las palabras del profesor francés Joël Candau (2023), la identidad se puede definir como la capacidad que cada individuo o grupo tiene para permanecer consciente de su vida a través de las diversas transformaciones, crisis y rupturas a las que se enfrenta. Esa conciencia se remonta a generaciones pasadas, ya que muchas de las crisis a las que se enfrentan los individuos o los grupos son cíclicas y sus causas se encuentran en el pasado. Por consiguiente, la búsqueda de identidad indaga y reorganiza la genealogía natural, relacionada con la sangre y el territorio, y la

²⁸ O que fica do passado no vivido dos grupos, ou o que os grupos fazem do passado.

²⁹ A memória, ao mesmo tempo em que nos modela, é também por nós modelada. Isso resume perfeitamente a dialéctica da memória e da identidade que se conjugam, se nutrem mutuamente, se apoiam uma na outra para produzir uma trajetória de vida, uma história, um mito, uma narrativa. Ao final, resta apenas o esquecimento.

genealogía simbolizada, constituida por un relato o testimonio que dio origen a dicha búsqueda. Lo anterior, demuestra que no se puede reconstruir una identidad y memoria individual sin la colectiva, tal y como se observa en las dos obras estudiadas.

En una sociedad donde la historia se encarga de contar algo que ya no existe y de generalizar los acontecimientos para resaltar la homogeneidad, la memoria es un fenómeno siempre vivo que se construye y mantiene una relación afectiva con el pasado, ya que acepta las diferentes identidades dentro de una misma comunidad. La memoria surge de un grupo que ella misma une. Hay tantas memorias como grupos y, por naturaleza es múltiple, acelerada, colectiva, plural e individualizada (Halbwachs, 2013), todo lo opuesto a la historia, que, al pretender ser universal, termina siendo de nadie.

A diferencia de la historia, la memoria es selectiva: cada grupo o individuo selecciona ciertos hitos y se concentra en ellos para preservar su memoria y construir su identidad. La censura de las tradiciones y costumbres de muchas comunidades es la responsable de que hoy en día haya un gran número de grupos étnicos y familias con una fuerte carga de memoria y una débil carga histórica (Nora, 1993). Por ello, estos grupos se han visto obligados a redefinir su identidad y reconstruir su memoria a partir de los acontecimientos registrados por la historia desde la perspectiva del conquistador, mostrando su visión y participación en ellos.

No obstante, aunque la historia y la memoria son bastante diferentes, ambas son formas de acceder al pasado, paralelas y complementarias, que intentan entender el presente a través del pasado. Por lo tanto, la reconciliación entre ambas se produce cuando se reconocen los límites de cada una y se comprende que son aproximaciones parciales del pasado que pueden complementarse entre sí. Citando nuevamente a Pierre Nora: “Una sociedad que vive enteramente bajo el signo de la historia no conocerá, después de todo, más que una sociedad tradicional, lugares donde anclar su memoria” (Nora, 1993, p. 9, traducción propia³⁰), sin sentirse identificada con esta. Por eso, escuchar las otras voces que trabajan la memoria permite a la historia acercarse y entender mejor las realidades.

En cuanto al papel del espacio, desde el punto de vista de la profesora alemana Aleida Assmann (2016), este puede convertirse en un sujeto portador de recuerdos y dotado de una memoria que supera a la de los seres humanos, dado que el estudio

³⁰ Uma sociedade que vivesse integralmente sob o signo da história não conheceria, afinal, mais do que uma sociedade tradicional, lugares onde ancorar sua memória.

de los espacios ha contribuido a la recuperación y preservación de la memoria tras múltiples intentos de silenciarla. Al igual que los objetos exhibidos en un museo, los espacios también son mediadores entre el pasado y el presente, ya sea desempeñando la función de “papel” en el que se registra información a través de diferentes pictogramas o marcas del tiempo, o como escenarios en los que ocurrieron eventos relevantes en la historia, como, por ejemplo, los campos de concentración nazis o las plantaciones en el continente americano.

Antes de abordar los espacios memorativos, es importante comprender el concepto de espacio. El físico Albert Einstein menciona que el concepto de espacio está relacionado con la imagen, ya que se puede trabajar desde dos perspectivas: la imagen que el historiador construye de un espacio determinado a partir de los textos históricos de una época concreta, como ocurrió con el “descubrimiento” del continente americano y la representación de dicho territorio desde la visión de los colonizadores, que no conocían mucho de sus ecosistemas; y la imagen que construyen las personas que conviven en este. Por lo tanto, en este trabajo se trabajará el espacio como lugar y conjunto de objetos materiales, dejando de lado la imagen cartográfica que se ha divulgado a lo largo de la historia y poniendo en primer plano la imagen construida por sus habitantes.

Los espacios memorativos funcionan como apoyo a la memoria oral, que está en constante lucha contra el olvido y el silenciamiento por parte del Estado. Al ser elementos físicos más duraderos, los espacios permanecen como inscripciones, monumentos o, como se mencionó anteriormente, como documentos escritos de culturas antiguas, mientras que la memoria transmitida únicamente por la voz puede esfumarse con el viento del olvido (Ricoeur, 2007). El papel de los espacios memorativos es la reactivación, y para ello necesitan actos como orientarse, moverse y, sobre todo, habitar, ya que son las personas que transitan por estos espacios las que aseguran la transición entre la memoria corporal y la memoria de los espacios. Esto se puede observar en las dos obras, cuando las protagonistas reactivan o reconocen sus memorias al caminar por los diferentes espacios.

Para Assmann (2016), los espacios memorativos son aquellos en los que sucedieron actos admirables o en los que el sufrimiento fue alto; y no pueden ser olvidados porque siempre habrá un individuo o un grupo que reactivará su memoria y narrará su importancia. Esta conceptualización de actos admirables y sufrimiento varía de acuerdo con las diferentes visiones, por lo que los espacios siempre serán

portadores de memoria, pero esta puede ser muy traumática o insignificante para muchas personas, que prefieren dejarla en el olvido y reducen ese ambiente a un simple escenario de fondo.

La autora también presenta una clasificación de estos espacios memorativos. Por un lado, están los espacios de recuerdos, que son aquellos sobre los que se cuenta una historia y sustentan la veracidad de la narrativa. Los espacios traumáticos son aquellos que están señalados por la imposibilidad de narrar la historia, debido a que la narrativa histórica está bloqueada por la presión psicológica del individuo (olvido involuntario) o por los tabús de la sociedad. Por último, están los espacios generacionales, que son aquellos que permiten que experiencias y eventos significativos sean recordados y reinterpretados por cada nueva generación, manteniendo la continuidad y relevancia de la memoria colectiva.

El inglés René Taylor, en su libro *El arte de la memoria en el nuevo mundo* (1987), afirma que la idea de asociar la memoria con el espacio surge con el poeta griego Simónides, quien, tras salvarse del derrumbe del techo en un banquete, fue el único que logró reconocer los cuerpos mutilados al recordar el lugar que cada huésped había ocupado, lo que permitió que sus familiares pudieran darles sepultura. Para dominar este arte de la memoria, según el poeta, hay que elegir los lugares y crear imágenes mentales de las cosas que se quieren recordar, almacenándolas en los lugares de modo que el orden de estos conserve el orden de las cosas. La mayoría de las veces se ha utilizado la imagen de una plaza o una ciudad pequeña, ya que permite identificar y diferenciar con facilidad cada uno de los elementos presentes.

Por otro lado, el espacio también puede asociarse con el cuerpo, cuyo paso del tiempo queda registrado por medio de cicatrices, marcas y arrugas que, cada vez que las vemos, reactiva nuestra memoria y el significado que le damos. Sin importar el tiempo que pase y lo deformados que estén nuestros recuerdos, esas marcas siempre estarán ahí, presentes, dándonos una pista de lo que fuimos o hicimos alguna vez. Por eso, debido a su durabilidad y resistencia, los lugares son medios que preservan mucho mejor la memoria que los registros escritos. Es bien sabido que, en diversas situaciones en las que se ha querido silenciar a una comunidad o un acontecimiento, bastaba con quemar cualquier registro escrito. Sin embargo, gracias a las ruinas y las inscripciones que estas preservan, se ha logrado conocer otras culturas.

La preservación de la memoria en una civilización basada en la escritura y en una basada en la oralidad varía totalmente. En una civilización oral, la memoria debe

desarrollarse más y se necesitan técnicas y soportes de memorización bastante precisos y duraderos (Seligmann-Silva, 2022). No se trata de mantener un registro que no pueda modificarse con el paso del tiempo, sino de lograr que dichos conocimientos lleguen a las generaciones futuras y puedan sentar las bases para continuar preservando su memoria de acuerdo con la realidad en la que se encuentra. Por este motivo, las sociedades orales, por lo general, no recurren tanto al papel y prefieren otros soportes que les proporciona la madre naturaleza.

Del mismo modo, “la memoria de una nación se materializa en el paisaje memorativo de sus lugares de recuerdo” (Assmann, 2016, p. 359, traducción propia³¹), por eso, durante el Proyecto de Nacionalización, se resaltaron plazas y lugares conmemorativos en los que se habían gestado batallas significativas para la memoria nacional, basándose en la historiografía hegemónica. Por su parte, en las zonas más alejadas y olvidadas, diversas comunidades conmemoraban los espacios en los que obtuvieron su libertad y los lugares sagrados en los que podían conectar con los espíritus de la naturaleza y adquirir conocimientos ancestrales. Un claro ejemplo de lo anterior es lo que sucedió en Chile en 1973 y en Colombia en 1985.

El 11 de septiembre de 1973, las fuerzas armadas y las tropas atacaron durante seis horas el Palacio de la Moneda con el objetivo de derrocar al gobierno del entonces presidente Salvador Allende (1908-1973), convirtiéndose así en un símbolo de trauma colectivo. A comienzos de 1974, la dictadura de Augusto Pinochet (1915-2006) inició el proceso de reconstrucción del palacio. No obstante, debido a la recesión económica que atravesaba el país, a finales de 1975 se suspendieron las obras, que se reanudaron casi dos años después. Durante este periodo, “los restos del Palacio de la Moneda, las ruinas de la democracia chilena permanecían rodeados por unos tablones de madera que igualmente los dejaban a la intemperie” (Radio Ambulante, 2024).

Con el inicio de la reconstrucción, se planteó el debate sobre qué hacer con los restos de una época que ya no existía y que el Gobierno actual no quería que se recordara. Pese a las diversas discusiones, muchos de los restos fueron a parar al océano y otros sirvieron como relleno para las casas que se estaban construyendo en las comunas. En marzo de 1981, La Moneda se inauguró con una imagen renovada, pero ese espacio no representaba lo mismo para la mayoría de los chilenos, que

³¹ A memória de uma nação se materializa na paisagem memorativa de seus locais de recordação.

tenían en su mente el Palacio de La Moneda previo al golpe: podía ser más moderno y estar construido con materiales más resistentes, pero ya no albergaba por completo la memoria de la democracia chilena. Más bien, sería una frontera simbólica que representaría un antes y un después en la historia del país.

En 2023, el artista chileno Francisco Medina Donoso, junto con un equipo de artistas y arqueólogos, inició excavaciones en el patio de la casa de un familiar de un amigo, donde años atrás había descubierto que una parte de los restos de La Moneda se habían utilizado como relleno. Su objetivo era “[...] rastrear los pedazos de la historia que hoy pasan desapercibidos en rellenos, gradas, galerías, pilares de edificio” (Radio Ambulante, 2024). Tras seis días de excavaciones, encontró diversos clavos y baldosas de color chocolate que, según análisis posteriores, pertenecían al palacio. En septiembre de ese mismo año, Francisco presentó su instalación artística *Exhumar la Memoria* en el Centro Cultural La Moneda. La exposición duró tres meses y en ella exhibió los objetos desenterrados junto con fotos y grabaciones del golpe. De acuerdo con sus palabras:

La destrucción de la moneda es una imagen, una imagen internacional de la fractura de una democracia. Y los fragmentos de esa fractura se repartieron y están repartidos por ahí, debajo de una casa, en un basurero de una universidad. Ahora, en los restos de una exposición en el Centro Cultural. Otras no están, no están en una museografía. Hay una cosa bastante espontánea de... Están puestas ahí, al sol, a la intemperie. Chile es un poco así... como repartido a su suerte. Y quién lo sabe encontrar, interpretar y quizás rescatar, qué bueno... y si no... pueden estar las cosas ahí tiradas... para siempre (Radio Ambulante, 2024).

Del mismo modo, entre el 6 y el 7 de noviembre de 1985, el Palacio de Justicia, uno de los edificios más importantes de Colombia y sede de la Corte Suprema y del Consejo de Estado, fue destruido por completo, junto con la memoria documental que albergaba. Alrededor de las once y cuarenta de la mañana, el grupo guerrillero M-19 tomó el Palacio de Justicia para pedir al entonces presidente Belisario Betancur (1982-1986) que los magistrados de la Corte fueran juzgados por incumplir el acuerdo firmado un año antes. Los guerrilleros, que eran alrededor de 35, habían entrado con provisiones, ropa, comida y medicamentos suficientes para pasar varias semanas dentro del edificio (Radio Ambulante, 2025), pero no esperaban que el presidente enviara las Fuerzas Armadas con tanques, helicópteros y bombas, mientras agentes especiales de la policía entraban al recinto por el tejado para rescatar a los rehenes.

Según un audio obtenido de Alfonso Jacquin, el segundo al mando del

operativo, el presidente no atendía las llamadas del presidente de la Corte Suprema, Reyes Echandía, que se encontraba entre los rehenes dentro del edificio y pedía un alto el fuego por parte de las fuerzas armadas.

Oiga, es increíble. Habla Alfonso Jacquin, el segundo al mando de este operativo. El Presidente de la República no le ha pasado al teléfono al Presidente de la Corte y se va a morir porque el Presidente de la República ni siquiera, con su poder jurisdiccional... Es increíble. El M-19 no es el que se ha tomado el Palacio de Justicia, se lo tomó los tanques del ejército. Es lo increíble, el ejército entró con sus tanques y aquí están sonando los tiros. Cuando entren a este piso nos morimos todos, sépalo (Radio ambulante, 2025)

La destrucción del palacio fue tan intensa que los guerrilleros pedían asistencia médica para los rehenes y los miembros de su grupo, y muchos funcionarios saltaban por las ventanas para escapar del caos. Por otro lado, muchas de las personas que eran rescatadas y no podían ser identificadas como abogados o magistrados eran retenidas hasta que se cercioraran de que no se trataba de guerrilleros vestidos de civiles. Tras 28 angustiosas horas y aproximadamente 100 muertos, la mayoría de los cuales no pudieron ser reconocidos por sus familiares porque habían quedado calcinados, el edificio quedó totalmente destruido. Debido a la destrucción de documentación, muchos de los procesos en los que estaban involucrados funcionarios públicos no obtuvieron solución.

Días después de la toma, el presidente dio un discurso público en el que afirmó que, aunque su decisión había sido cuestionada por muchos medios y líderes, era la mejor para proteger la democracia del país. En 1999, catorce años después de su destrucción, el Palacio de Justicia fue reconstruido y volvió a entrar en funcionamiento sin que se tuviera información sobre el paradero de sus escombros. No obstante, hoy en día siguen sin respuesta muchas preguntas: ¿por qué el presidente envió tan rápido a sus tropas?, ¿por qué no atendió la petición del presidente de la Corte?, ¿qué ocurrió con las personas que retuvieron y que nunca más aparecieron?, y la más importante: ¿qué información y a quiénes querían silenciar?

En definitiva, así como en Chile y Colombia un espacio lleno de significado para una parte de la población terminó en lugares poco convencionales o desconocidos, en toda Latinoamérica la memoria no sólo ha sido borrada por la imposición de una lengua o un sistema de escritura, sino también por la destrucción de sus ecosistemas e infraestructuras. Como afirma el escritor paraguayo Augusto Roa Bastos en su obra

Vigilia del almirante (1992): “[...] el primer paso de una conquista —dice Meliá— es la ocupación de un territorio. Su último paso, el definitivo, se da cuando la lengua de un pueblo también ha sido ocupada” (p. 333). Por lo tanto, el estudio de estos espacios no solo debe cobrar fuerza en la vida real, sino también en la narrativa literaria, que cada vez registra mejor la realidad del continente y abre la puerta a su crítica.

3 ANÁLISIS COMPARATIVO DE *VER LO QUE VEO* (2017) Y *LOS CRISTALES DE LA SAL* (2019)

Tras realizar una búsqueda bibliográfica, no se ha encontrado hasta el momento ninguna fortuna crítica de los dos objetos de estudio que se centre en el espacio como sujeto de memoria o en la reconstrucción de la memoria de estas dos comunidades, algo que no es de extrañar si se considera que, pese a la importancia que ha tenido el espacio dentro de las obras literarias, aún no se ha estudiado como un personaje más de la historia y, en la mayoría de los estudios, se ha retratado más la organización cartográfica de estos.

Como se mencionó anteriormente, la obra *Ver lo que veo* (2017) tiene como tema principal el despojo, razón por la cual dos de los tres artículos encontrados están relacionados con este tema. El único estudio que se centra en el espacio es el artículo *Poética de la ruina: construcción del espacio en la obra de Roberto Burgos Cantor* (2020), de la colombiana Aleyda Gutiérrez Mavesoy. Este artículo es el resultado de la investigación del posdoctorado en Letras del Programa de Lengua Española y Literaturas Española e Hispanoamericana de la Universidad de São Paulo y analiza la reconstrucción del espacio en las obras más conocidas del autor, es decir, cómo trabaja la escritura de la ruina y la representación de los espacios.

Respecto a los otros dos artículos, en *La duración del despojo en Ver lo que veo de Roberto Burgos Cantor* (2020), el intelectual colombiano Simón Henao Jaramillo, actual jefe de Trabajos Prácticos en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP e investigador asistente de CONICET, hace un análisis de la escritura del despojo presente en la obra, con el objetivo de explorar y criticar dicha problemática. Por otro lado, en *Distopía, frontera y desplazamiento en la novela Ver lo que veo, de Roberto Burgos Cantor* (2023), de los profesores e investigadores colombianos Ana Elena Builes-Vélez y Danny Jean Paul Mejía-Holguín, se estudia la representación de los espacios situados fuera de las murallas de la ciudad, es decir, fuera de lo que constituye el imaginario.

En relación con *Los cristales de la sal* (2019), a pesar de que se centra en la memoria de la nación creole, alrededor de su trama central se pueden estudiar otros temas. A diferencia de la obra anterior, los tres estudios que se encontraron son más variados, como, por ejemplo, el proyecto de grado *Narración de mundos en proceso: reescritura del espacio y el paisaje del archipiélago de San Andrés y Providencia en*

Los cristales de la sal de Cristina Bendek (2021), de la profesional en Estudios Literarios Julieth Carolina Posada López, que tiene como objetivo entender cómo se reescribe y reconstruye cartográficamente el archipiélago y, por ende, el Caribe.

Así mismo, el artículo *Del autoexilio al viaje de vuelta a la isla: la recuperación de la historia y del lugar propio en Los cristales de la sal*, de Cristina Bendek (2023), de la investigadora colombiana Luz Marina Rivas, cuyos estudios se centran en la narrativa venezolana y del Caribe escrita por mujeres y en la ficcionalización de la historia, tiene como objetivo analizar la representación del autoexilio y el viaje simbólico y geográfico que realiza la protagonista para encontrarse con sus raíces. Por último, en el artículo *Escritura translingüe en el Caribe colombiano: Los cristales de la sal (2019) de Cristina Bendek* (2023), la investigadora colombiana Kate Averis identifica la poética transcaribeña a través del análisis de las estrategias narrativas translingües y transnacionales presentes en la obra.

Por otro lado, teniendo en cuenta que en este proyecto se pretende analizar obras más contemporáneas que no hayan sido tan estudiadas y que permitan hacer un estudio comparativo entre dos lugares diferentes de la misma región, para destacar las diferentes problemáticas a las que se enfrenta el Caribe, las dos obras se seleccionaron en función de los siguientes aspectos: (1) obras publicadas a partir del 2010, (2) ambientadas en la región caribeña y escritas por autores locales, (3) en las que el espacio tuviera un papel relevante en la historia, y no sólo se describiera como un escenario de fondo, y, (4) en las que la reconstrucción de la memoria fuera uno de los temas principales.

Después de revisar las críticas y opiniones de diversas obras contemporáneas y debatir sobre si seleccionar la obra *Los cristales de la sal* o *Ese silencio* (2010), de Roberto Burgos Cantor, para estudiarla junto con *Ver lo que veo*, del mismo autor, se tomó la decisión de escoger la obra de la escritora sanandresana, con el objetivo de tener dos autores diferentes, no sólo en cuanto a sexo se refiere, sino también en cuanto a experiencias de vida, trayectoria literaria y al contexto histórico en el que nacieron, para poder hacer una comparación más completa de la región, considerando también que todos estos aspectos influyen en el resultado final de la obra.

Para finalizar, este capítulo se dividirá en cuatro partes: (1) presentación de los autores de las obras, (2) breve resumen de la obra *Ver lo que veo* (2017), (3) breve resumen de la obra *Los cristales de la sal* (2019) y (4) análisis comparativo de los dos objetos de estudio.

3.1 PRESENTACIÓN DE LOS AUTORES

El escritor y periodista colombiano Roberto Eliécer Burgos Cantor nació en Cartagena de Indias el 4 de mayo de 1948 (año de la ira) y murió por un paro cardíaco el 16 de octubre de 2018 en la ciudad de Bogotá, a los 70 años. Hijo del escritor, catedrático e historiador Roberto Burgos Ojeda (1918-1997), de quien heredó su amor por la literatura, la historia y las referencias bibliográficas, es considerado por los críticos literarios como uno de los escritores más importante de la generación pos-Boom Latinoamericano, gracias a su marcante escritura poética y su capacidad para retratar, a través de la literatura, su inconformidad con la situación que sigue enfrentando actualmente la sociedad caribeña. Este estilo se puede identificar desde su primera novela, titulada *Lo amador* (1981), hasta su última novela publicada en vida, *Ver lo que veo* (2017).

Sus investigaciones y obras literarias se caracterizan por abordar como tema principal el contexto esclavista de Cartagena, las causas del despojo y el diario vivir de los grupos marginalizados y olvidados por el gobierno colombiano. Aunque Roberto Burgos dejó su ciudad natal después de terminar el bachillerato para estudiar Derecho en la Universidad Nacional en Bogotá, institución que en el 2015 le otorgó un doctorado honoris causa, en sus obras retrató lo que veía y escuchaba sobre el Caribe, dejando un legado que lo registraría en la historia de la literatura colombiana como uno de los mejores escritores caribeños. Su propósito, como mencionaba en las entrevistas, era escribir para no morir, para durar, para no desaparecer en la historia; propósito que cumplió a la perfección, ya que no sólo escribió para no desaparecer, sino para que la historia no desapareciera, proporcionando registros históricos que permiten entender la realidad colombiana.

Entre las características más presentes en la escritura de Roberto Burgos Cantor se encuentra la multiplicidad de voces que dialogan entre sí con el intuito de construir un testimonio, una memoria tanto individual como colectiva que muestra la otra cara del Caribe, esa que el gobierno colombiano suele maquillar. La mezcla de marcas orales y el lenguaje popular de la región con su escritura poética, que permite al lector establecer una conexión íntima con los personajes y sus experiencias, logrando que este también se sienta parte de la historia. Así como, los cambios temporales y espaciales de cada una de las voces, que no son tan explícitos y pueden confundir al lector.

Un ejemplo de lo anterior es su obra más famosa, *La ceiba de la memoria* (2007), con la que ganó el Premio de Narrativa José María Arguedas, otorgado por la Casa de las Américas en el 2009. En esta obra confluyen la esclavitud en la Nueva Granada, el conflicto colombiano contemporáneo y el Holocausto judío a través de diferentes personajes, como: Benkos Biohó, líder de la rebelión de esclavos cimarrones; un narrador que atestigua sobre el campo de concentración de Auschwitz, y personas comunes del pueblo que no suelen aparecer en los registros históricos del país, pero que sufrieron y aún sufren las consecuencias del conflicto armado que afronta el país hace más de 60 años.

En 2018, ganó el Premio Nacional de Novela por su última obra publicada en vida y el objeto de estudio de dicha investigación, *Ver lo que veo* (2017). Ese mismo año, días antes de su muerte, el autor envió la última versión editada de un libro de cuentos titulado *Orillas*, el cual fue publicado en 2019. Debido a su gran trayectoria y aportes, hoy en día se clasifica como un escritor que no reniega de la influencia macondiana, como muchos de sus compañeros lo hicieron. Como afirma Henao (2020), se encuentra “ubicado en el traspatio de Macondo”, es decir, retrata las problemáticas del Caribe que no pudieron ser retratadas en esta primera presentación macondiana.

Por otro lado, la periodista y escritora colombiana Cristina Bendek, nacida en 1987 en la isla de San Andrés, es una de las intelectuales más jóvenes y representativas del Caribe insular colombiano. Se marchó de la isla siendo muy joven debido a las precarias condiciones del lugar y cursó sus estudios en Bogotá. Se graduó en Relaciones Gubernamentales e Internacionales y ha dedicado gran parte de su vida a la investigación, por lo que, a diferencia de Roberto Burgos Cantor, su trayectoria en el mundo literario es bastante reciente y corta. Es conocida por sus estudios sobre los problemas fronterizos entre Nicaragua y Colombia, la identidad cultural de la isla, la relación del archipiélago con el Estado, y, la literatura caribeña.

En 2016, después de vivir durante mucho tiempo en la Ciudad de México, donde trabajaba como periodista, regresó a su isla natal para comprender mejor sus raíces y llevar a cabo una labor de investigación que le permitiera entender los problemas e historia de los sanandresanos. En 2018 ganó el Premio Nacional de Narrativa Elisa Mújica, que reconoce e incentiva el trabajo de las escritoras colombianas, con su primera novela *Los cristales de la sal*, publicada al año siguiente. Cabe señalar que la edición que se analizará a continuación es la de 2022. En esta

obra, la autora tradujo los resultados de su investigación y le añadió el toque ficcional característico de la zona antillana. En la actualidad, sigue reconstruyendo la memoria de la isla y compartiendo sus resultados a través de ensayos y entrevistas en medios locales e internacionales.

3.2 *VER LO QUE VEO*: UN MUNDO DE PERSONAS SIN NOMBRES

Publicada en 2017, la obra relata la vida diaria de los residentes de un barrio marginalizado en la ciudad de Cartagena en el siglo XX, “un lugar olvidado por el gobierno, poblado por inmigrantes de tierras expropiadas por el mismo” (Builes; Mejía, 2022, p. 59), cuyos habitantes no logran pertenecer a ningún lugar y deben luchar para construir su historia y memoria, por medio de la cual puedan cimentar una identidad propia y tener un legado como comunidad. La obra está dividida en veintidós capítulos que dialogan entre sí en diferentes espacios, tiempos y tipos de narración, construyendo la historia del barrio y de Colombia a través de múltiples miradas. En otras palabras, intenta sacar a la luz la historia que ha sido borrada dentro del imaginario cartagenero. Los capítulos no tienen títulos y, en la mayoría de los casos, hay más de una voz narrando.

El título de la novela hace alusión a esa mirada crítica hacia la historia, a esa sensación de ver siempre lo mismo, de pasar de un tipo de violencia a otro, a esa historia estática impuesta que parece no beneficiarlos y que sólo los ha llevado al atraso, mientras los países promotores del poder capitalistas se hacen cada vez más ricos. Este acto de ver y analizar lo que sucede a su alrededor lo hace Otilia de las Mercedes Escorzia, personaje que, desde la primera página del libro, afirma siempre ver lo mismo y cuya mirada de la realidad va cambiando su forma de pensar, así como la de muchos de los residentes del barrio. Su capacidad para observar lo que sucede a su alrededor y su tiempo en el barrio la convierten en uno de los pilares fundamentales para la construcción de la historia y la memoria de dicho espacio, lo que la convierte en una de las principales voces de la narrativa.

De igual forma, esta idea de ver lo que ve se aplica al autor, quien, a pesar de no estar viviendo en su ciudad natal, seguía mirando hacia ella y retratando en sus obras su inconformidad frente a la realidad del Caribe. Por lo tanto, el verbo “ver” del título también puede usarse de forma imperativa: “tú veas” o “ustedes vean”, siendo un llamado de atención para que el lector también abra sus ojos y se quite la venda

para empezar a ver la realidad tal y como es, más allá de la cortina de humo que el gobierno ha implementado durante muchos años y que, en la mayoría de los casos, hemos aceptado sin cuestionar.

De acuerdo con las palabras del filósofo esloveno Slavoj Žižek (2014), existe una diferencia entre realidad y lo Real: “La ‘realidad’ es la realidad social de los individuos reales involucrados en las interacciones y procesos productivos, mientras que lo Real es la lógica espectral inexorable y “abstracta” del capital que determina lo que sucede en la realidad social” (p. 24, traducción propia³²). Es esta diferencia entre lo Real y la realidad, lo que el autor pretende representar por medio de Otilia, puesto que la idea de lo Real caribeño sólo corresponde a la imagen que el mercado turístico quiere transmitir para seguir monetizando, mientras que la situación de los habitantes es otra.

El escritor se centra en las experiencias de los personajes, por lo que a la mayoría no les da nombres y los denomina según su labor. Tampoco los describe físicamente. El lector puede determinar cuáles personajes son jóvenes y cuáles son más adultos, de acuerdo con la forma de actuar y la experiencia de vida de cada uno. Otilia de las Mercedes es la única narradora que sale del anonimato y su nombre completo sólo es revelado en las últimas páginas, siendo caracterizada a lo largo de la historia como “la mujer que ve lo que ve”. Otros personajes que también tienen un papel fundamental en la narración son: “Un heredero de una otrora fortuna azucarera echado a perder y de cuyo relato se desprenden las voces de su esposa, su suegro y su hijo; un boxeador que empieza a hacer carrera y un cantante devenido ladrón” (Henaó, 2020, p. 50).

En una conversación con su entrenador, el joven aspirante a boxeador explica por qué los residentes del barrio no necesitan presentarse con su nombre:

En la vida del barrio se sabía el nombre de los vecinos sin presentaciones. Ni siquiera le ponían atención a la ceremonia del bautizo y el ingreso a la cristiandad con un nombre que Dios guardaba en su archivo eterno después de la sal en los labios y el agua en la crisma. Cada quien decía el que le daba la gana, amoroso y reconocedor de la breve tradición que empieza con: yo llegué ahora mismo..... ¿y qué pasó? (p. 139).

³² A ‘realidade’ é a realidade social dos indivíduos efetivos implicados em interações e nos processos produtivos, enquanto o Real é a inexorável e “abstrata” lógica espectral do capital que determina o que se passa na realidade social.

Por otra parte, al igual que el pueblo de Macondo, de Gabriel García Márquez, y la ciudad de Angosta, de Héctor Abad Faciolince (1958-actualidad), el barrio es un espacio imaginado por el escritor para reflejar la realidad de cualquier barrio en el Caribe colombiano y en América Latina, por lo que no existe en Colombia. Como afirma Otilia, es un barrio “[...] sin nombre, sin lugar en el mapa, en el plano, en el catastro, invisible, tierra que hacemos y nos recibe para quedarnos enraizados, no nos vamos, respiración secreta, deseo puro de vida. ¡Tierra, tierra, tierra!” (p. 19). Un barrio que no forma parte del paisaje cartagenero y, por lo tanto, para el gobierno local sus habitantes no tienen derecho a una estructura digna ni a los servicios básicos.

Los residentes del barrio son personas marginalizadas, en su mayoría desplazadas por el conflicto armado que se ha vivido por más de 60 años. De sus vidas antes del barrio se sabe muy poco; su historia individual y colectiva comienza a construirse a partir de su llegada al barrio y es a través de sus experiencias que se forja esa crítica al sistema capitalista. Por otra parte, debido a la falta de oportunidades laborales, la mayoría se dedica a trabajos manuales e informales, como la carpintería, la artesanía, la venta de lotería, el lustrado de zapatos y, en los casos más extremos, la piratería de productos (en el caso de los hombres), así como modistería, el estilismo, la venta de productos de belleza, los trabajos domésticos y el trabajo sexual (en el caso de las mujeres).

En el ámbito laboral, como este depende del imaginario de la clase alta, que se encuentra detrás de la muralla y que aún conserva esa segregación sexual, las mujeres sólo pueden dedicarse a trabajos relacionados con el cuidado y con el placer, mientras que los hombres obtienen empleos más variados y, en algunos casos, mejor pagados. Para finalizar, teniendo en cuenta la multiplicidad de voces presentes en la novela, el análisis se hará a partir del discurso de Otilia de las Mercedes Escorzia, una de las voces más importantes de la obra y el personaje que presta total atención al espacio en el que se encuentra y a la memoria que este registra.

3.3. *LOS CRISTALES DE LA SAL*: UN TOUR DIFERENTE POR LA ISLA

Tras la muerte de sus padres, su divorcio y su diagnóstico de diabetes, Victoria Baruq regresa a la isla después de 15 años de autoexilio con el objetivo de vender la casa de sus difuntos padres. Con todo, al entrar en contacto con diversos objetos y fotos de sus antepasados, en especial de sus tatarabuelos, Jeremiah Lynton y

Rebecca Bowie, despierta su curiosidad por descubrir sus raíces y entender por qué no lograba identificarse ni como raizal ni como continental. Dicha curiosidad la lleva a emprender una investigación histórica a través del análisis de elementos presentes en su casa, de entrevistas a los residentes, de una revisión bibliográfica (casi inexistente) y al transitar los espacios más representativos de la isla, en los que muchos de sus antepasados tuvieron una gran influencia. Estrategias que le permitieron comprender mejor, a lo largo de la historia, la resistencia de la nación creole y la explotación sufrida.

La obra está dividida en doce capítulos, de los cuales cuatro tienen nombres de lugares o se centran en el espacio, como el capítulo tres, titulado *Divisiones*, en el cual la autora reorganiza la isla y los espacios en los que se centrará; el capítulo cuatro, cuyo nombre es el de uno de los barrios más antiguos de la isla, *Likle Gough*; el capítulo siete, *North End*, que se centra en la zona más turística y comercial, y, por tanto, en la más contaminada; y el capítulo diez, *El Caribe suroccidental*, en el que se detalla la zona sur de la isla, la menos habitada por los turistas y donde Victoria logra conectar más con el paisaje.

A lo largo de la narración, la protagonista entra en contacto con el creole sanandresano, una lengua que surge de la mezcla entre el inglés y las lenguas africanas y de inmigración que llegaron con las diferentes diásporas. Según las investigaciones de Victoria, el creole sanandresano fue creado por las primeras cinco familias que habitaron la isla para lograr comunicarse, ya que cada una hablaba una lengua diferente. Considerando que la lengua es fundamental para la imaginación de la comunidad, el libro se encuentra escrito en español, inglés y creole sanandresano, idiomas que se hablan en el territorio. A medida que avanzamos en la lectura, la autora registra en su narrativa el proceso de asimilación de dicha lengua por parte de la protagonista. Aquí es importante aclarar que los nombres de los lugares, actividades y comidas están en creole.

En los primeros capítulos, los diálogos en creole están resaltados en itálico, seguido de su traducción al español y de una aclaración de que están escrito en creole, lo que refleja la falta de entendimiento por parte de la protagonista y también del lector. A la mitad del libro, los diálogos en esta lengua se traducen parcialmente y las aclaraciones disminuyen, lo que da a entender que tanto la protagonista como el lector tienen cierto dominio de la lengua y pueden comprender algunas partes. En las últimas páginas ya no hay traducciones, ni siquiera de las letras de las canciones; el creole sanandresano pasa a formar parte de la narrativa, dado que deja de ser una

lengua extraña que deba especificarse, y el lector tiene la capacidad de entender lo que dice e identificar lo que está escrito en inglés y en creole.

El título de la obra no sólo hace referencia a uno de los principales productos que se exportan de la isla y por el que se han contaminado los espacios naturales, sino que también retrata la resistencia del pueblo sanandresano, su relación con la naturaleza y su unión como nación creole, así como el contraste entre la vida de la isla y la vida en el extranjero. De acuerdo con las palabras de Victoria, al presenciar una manifestación en un barrio donde antes había una plantación: “[...] somos como la sal que compone los mares, hervidos al calor de una Historia que ha sido tan ácida como un vinagre que cura heridas. [...] sé que en este vientre enorme somos como cristales de sal, refractarios, luminosos, espejos los uno de los otros” (p. 153).

Al igual que Ludmer (2010), Victoria emplea la ciudad como memoria, transitando por los diferentes espacios de la isla para reconstruir la memoria de la nación creole. Para ello, aplica las cuatro dimensiones propuestas por la investigadora argentina: movimiento, parada y memoria, superposición temporal y el todavía en el que el presente persiste. En algunas ocasiones, realiza dicho recorrido de forma intencionada para buscar información sobre su historia y, por ende, la de la isla, pero en otras lo hace por casualidad. Además, la autora describe la isla como un territorio con forma de caballito de mar y, cada vez que se moviliza por sus espacios informa al lector en qué parte de esta figura se encuentra: “Anoche Juleen descendió volada por todo *Harmony Hall Hill* hacia el este. Yo iba elevada en el *ride* por la columna del caballito de mar [...]” (p. 61).

Tomando las palabras de la investigadora colombiana Luz Marina Rivas (2022), la obra puede considerarse una novela intrahistórica, ya que destaca la historia de la población sanandresana desde su mirada, es decir, una historia construida desde abajo que ha sido opacada por la Historia retratada por el Estado. La obra también ha sido catalogada como autoficción, dado que la protagonista, Victoria Baruq, y la autora tomaron la decisión de autoexiliarse de la isla debido a la precariedad de las condiciones de vida, comparten parte de sus orígenes, experiencias, objetivos y estrategias de investigación, y utilizan la memoria colectiva de los sanandresanos para construir su memoria e historia individual.

De igual forma, considerando la idea de autoficción propuesta por el francés Serge Doubrovsky en 1977, la materia de la obra es autobiográfica y la manera es ficcional (2014). Cristina Bendek recurre a la ficción caribeña para expresar su

preocupación por el silenciamiento de la historia de la nación creole, pueblo formado a partir de la resistencia y de las influencias de diásporas africanas, irlandesas, escocesas, las huellas de la colonización británica, las raíces indígenas y los movimientos migratorios internos con la Colombia continental (Bendek, 2022).

En este punto, es importante tener en cuenta que, cuando se enteró del concurso, Cristina Bendek llevaba dos años en la isla realizando trabajos investigativos, motivo por el cual tuvo la idea de traducir los resultados de su trabajo en una novela y mezclarlos con la escritura ficcional. Por otro lado, también se puede aplicar el concepto de escritas de sí, escritas del otro, propuesto por la profesora argentina Diana Irene Klinger (2006) en su tesis de doctorado, ya que hay una proximidad entre el “yo” que escribe y aquel que se manifiesta en el texto.

Dando continuidad a esta idea de autoficción, desde su creación surgieron diversas críticas y clasificaciones, ya que se trata de un concepto muy amplio. Por lo tanto, siguiendo la clasificación propuesta por Colonna (2004), *Los cristales de la sal* (2019) es una autoficción biográfica, ya que la escritora es la protagonista de su historia y sustenta su existencia a partir de eventos reales, siendo el lector consciente de ese mentir-verdadero que se presenta. Del mismo modo, de acuerdo con la clasificación de Gasparini (2014), la obra es un autoficción voluntaria, puesto que la funcionalización de los hechos no se debe a una distorsión de la memoria, sino a la decisión propia de Bendek de pasar voluntariamente de la autobiografía a la ficción sin intentar o preocuparse por ser verosímil.

3.4 REPRESENTACIÓN DE LOS ESPACIOS MEMORATIVOS EN LAS OBRAS

Según la afirmación de Maurice Halbwachs (2013), la memoria individual está intrínsecamente relacionada con la memoria colectiva, ya que la memoria de cada individuo se ve influenciada por las experiencias compartidas y por los diferentes entornos sociales en los que se mueve. Así, aunque cada persona tenga su propia memoria, sus experiencias pueden relacionarse con las de otras personas y construir una memoria colectiva. En este caso, dicha memoria permite realizar una cartografía del despojo y de las causas y consecuencias de las problemáticas a las que se enfrentan estas dos comunidades.

En la obra *Ver lo que veo*, Otilia de las Mercedes Escorzia, al ser la residente más antigua del barrio, es con quien más interactúan sus vecinos. Todos los días se

sienta en su mecedora y, a través de las cataratas que nublan sus ojos, ve los cambios del barrio y las rutinas de sus vecinos. Por lo tanto, a medida que relata cómo ella y sus vecinos fueron despojados, ya sea hablando directamente con el lector o con los habitantes más jóvenes, construye la memoria colectiva del barrio y retrata su resistencia al olvido del Estado.

Respecto a la elección de este personaje para el análisis, es importante aclarar que no fue seleccionada sólo por ser una de las narradoras principales, sino también por lo detallados que son sus relatos y la atención que presta a las memorias de los demás, ya que, aunque otros personajes contemporáneos a ella también cuentan sus historias, Otilia no se concentra en narrar su propia historia, sino que prioriza la narración de las historias de los demás.

Considerando lo anterior, este personaje cumple la teoría de la investigadora estadounidense Kimberly Theidon (2008), cuyos estudios se centran en la violencia política, la justicia transicional, los estudios de género, las humanidades ambientales y los estudios críticos de seguridad en América Latina. Theidon afirma que las experiencias de hombres y mujeres víctimas del conflicto armado difieren, ya que, según los resultados de sus investigaciones, las mujeres tienden a recordar con más detalles, dan más importancia a la vida cotidiana, desarrollan sus testimonios narrando a los demás, elaboran miradas retrospectivas contrahegemónicas y tienen una mayor relación con el entorno que las rodea.

En *Los cristales de la sal*, Victoria Baruq, al no tener información sobre sus antepasados ni sobre sus raíces, factores por los que despreciaba la isla y la miraba desde una perspectiva eurocéntrica, como se mencionó anteriormente, debe recurrir a las experiencias y memorias de los residentes para construir la suya. Así, no sólo logra entender su historia, sino que también se identifica con la nación creole y acepta que no puede preservar su memoria sin preservar la de su pueblo. Por lo tanto, al igual que Otilia, Victoria da prioridad a los relatos de los demás personajes y los acepta como parte de ella.

Por otra parte, el espacio desempeña un papel fundamental en estas dos obras, ya que los personajes tienen una conexión bastante fuerte con el territorio. En *Ver lo que veo*, los personajes, después de ser despojados de sus tierras y salir sólo con sus recuerdos, logran transformar un pedazo de tierra casi consumido por el agua en un barrio, un hogar propio en el que puedan estar tranquilos y dejar atrás el pasado violento que tanto los atormenta. En *Los cristales de la sal*, como no hay muchos

registros escritos sobre la historia de San Andrés, la protagonista, además de recurrir a los relatos de los residentes, transita los diversos espacios de la isla en busca de respuestas. Por consiguiente, tanto el barrio como la isla de San Andrés se convierten en un sujeto portador de recuerdos y dotado de memoria (Assmann, 2016).

Dando inicio al análisis comparativo, algo que tienen en común las dos obras, es que comienzan con la desconexión de las protagonistas con el territorio, lo que de alguna manera da paso a una nueva conexión que se revelará a lo largo de la historia. En el caso de Otilia de las Mercedes Escorzia, ese sentimiento se debe a la pérdida de su tierra y al miedo a perder el barrio que tanto le costó construir. Este sentimiento la impulsa a analizar todo lo que ve e intentar construir y registrar su memoria para que el gobierno no los despoje de nuevo.

Por otro lado, Victoria Baruq refleja ese sentimiento cuando habla de su autoexilio y del poco vínculo que tiene con la isla, factor que cambia cuando siente la curiosidad de saber sobre sus antepasados y comprender sus raíces. En este caso, se utiliza el término “autoexilio” y no “exilio”, considerando que son las personas quienes toman la decisión de irse y se impiden volver hasta que las condiciones de vida no hayan mejorado (Ascencio, 2000). Siguiendo sus palabras:

Yo soy de esta isla del Caribe. Nací hace veintinueve años en una formación curiosa de coral, la casa de un montón de gente que ha coincidido aquí, no toda de buena gana. Apenas estoy reconociendo este núcleo surrealista del que me autoexilié hace quince años, del que salí volada cuando todos los que podemos huimos, después del bachillerato (p. 1).

A diferencia de Victoria, Otilia prefiere usar el término “exilio” en lugar de “desplazado”, ya que, aunque es doloroso, ofrece cierta esperanza ante la posibilidad de un nuevo comienzo. Además, en este contexto, el término es totalmente adecuado, ya que los residentes del barrio fueron exiliados de su territorio por parte del Gobierno. De acuerdo con sus palabras: “Si hubiera sido periodista me habría encantado publicar la carta de mi hombre, el papá de mi hija, el papá desaparecido, y le hubiera puesto título en la sección del lector, Carta del Exilio, bonita la palabra exilio, duele. Me gusta más que desplazado (p. 19).

Como afirma Luis Alberto Brandão (2013), la cartografía es un atestado de poder, ya que mediante los mapas se afirma o niega la existencia de un territorio y se torna posible que un determinado espacio pueda ser identificado y tenga un vínculo. Partiendo de lo anterior, la representación del espacio en el mapa es fundamental para

las dos comunidades presentes en las obras, ya que su marginalización empezó con su ausencia en los mapas oficiales. De hecho, esta es la primera información que proporcionan las dos protagonistas. En *Ver lo que veo*, como se mencionó anteriormente, se hace énfasis en que el espacio es un barrio que no se encuentra registrado en el mapa de la ciudad ni tiene nombre, razón por la cual es considerado una invasión al que el gobierno local no le da importancia.

En cuanto a su ubicación geográfica, el autor señala que el barrio limita con el mar, parte del pantano y la muralla de la ciudad, razón por la cual muchos investigadores sitúan este espacio en la Isla de la Manga. Sin embargo, según la breve descripción que ofrece el autor sobre las calles con las que limita el puente construido por los residentes, que constituye la entrada y la salida del barrio, y teniendo en cuenta que el escritor menciona que algunas mujeres realizan tareas de servicio doméstico en la Isla de la Manga, el barrio se encuentra junto a esta.

El puente de este lago llega al sendero más ancho del barrio, la primera calle que se formó con las casas que fuimos armando sin metro ni plomada, con la urgencia de tener dónde estar, dónde vivir. Del otro extremo termina junto a la avenida que bordea el lago por la orilla frente al playón de tierra amarilla, anegadiza, donde levantan edificios. La avenida es corta y después de un quiebre leve en el que se une con otra avenida que lleva al camellón con los bustos de los mártires de la independencia se encuentra con la esquina donde termina la calle de la Media Luna. También se llega al barrio en lancha, por el lado de la ciénaga, navegando por los canales (p. 32).

Siguiendo dicha información, en la figura 6 se muestra una posible ubicación geográfica del barrio, el cual está señalado con un círculo negro.

Del mismo modo, Otilia deja en claro en repetidas ocasiones que el barrio está fuera de la muralla, pero no sólo como un espacio físico, sino también en el imaginario. Por eso, al estar el barrio fuera de este, también se encuentra “[...] desarticulado del proyecto de nación, configurándose en un mundo distópico donde la realidad transcurre en términos opuestos [...]” (Builes; Mejía, 2022, p. 61). En otras palabras, se trata de una sociedad indeseable erguida al lado de una ciudad reconocida y protegida por el Gobierno, creando una frontera que los residentes deben atravesar cada día en busca de sustento. De un lado del muro se encuentra una sociedad empeñada en el progreso y en ofrecer la mejor imagen del Caribe a los extranjeros, mientras que del otro lado se tiene una sociedad que lucha por sobrevivir.

Figura 6 – Posible ubicación del barrio en *Ver lo que veo*



Fuente: Orange Smile³³, 2020.

La Muralla Púnica de Cartagena es una estructura defensiva construida en el siglo XVI para proteger la ciudad de los ataques piratas. Actualmente, rodea el centro histórico de Cartagena, tiene 11 kilómetros de extensión y la altura de sus paredes varía de 6 a 8 metros. En el centro de la muralla se encuentra la zona más "importante" de la ciudad, la más visitada por los turistas, la imagen que aparece en las postales, las residencias de la clase alta y una zona que cumple con ese imaginario de Estación. Por lo tanto, retomando las palabras de Builes y Mejía (2022):

En *Ver lo que veo* podríamos encontrar dos tipos de distopías: un mundo extremadamente alterado, en el cual las personas menos felices han sido arrojadas, y el mundo de las transformaciones que son consecuencia de la degeneración social. En todos los casos, reconoce una alteración de las condiciones normales y deseadas en una sociedad existente o recién formada (p. 66).

Respecto a *Los cristales de la sal*, Victoria informa en la primera página que su ciudad natal es “[...] una isla diminuta en un archipiélago gigante que no alcanza a salir completo en los mapas de Colombia” (p. 1), revelando su insatisfacción con dicha representación, puesto que, a diferencia del barrio, la isla sí es representada, pero no de forma adecuada. Luego, al describir su llegada a la ciudad, hace una reconstrucción cartográfica aérea a partir del vínculo que aún conserva, según sus

³³ Disponible en: https://www.orangesmile.com/common/img_city_maps/cartagena-map-0.jpg.

palabras:

Tras una hora y media sentí el inicio del último descenso y el lecho azul oscuro empezó a verse de verdes vivos. [...] Pronto los cayos del sudeste aparecieron, no lo recordaba, o tal vez nunca lo supe, pero la perspectiva aérea los convierte en una enorme mariposa bordeada por la espuma blanca de la solas que rompen contra el arrecife. El avión vira a la derecha, desciende un poco más y aparece algo increíble, entre nubes, el famoso caballito de mar, rendido a su elemento, delineado por las costas de playas y rocas (p. 8).

Esta figura del caballito de mar será el mapa visual mediante el cual los lectores entenderán y acompañarán el recorrido de la protagonista, ya que Cristina Bendek cambia los nombres de los lugares del inglés/español para el creole sanandresano, nombres que al investigar en internet no arrojarán ningún resultado. La autora implemente este recurso con el objetivo de cuestionar la homogeneidad lingüística transmitida por el Estado y valorar la lengua nativa de la isla. A su vez, la concepción de lugar como un espacio transformado a través de la relación con las personas y como un espacio que produce efectos en los seres humanos y registra toda su existencia (Dardel, 2013), es uno de los factores que más representa la obra.

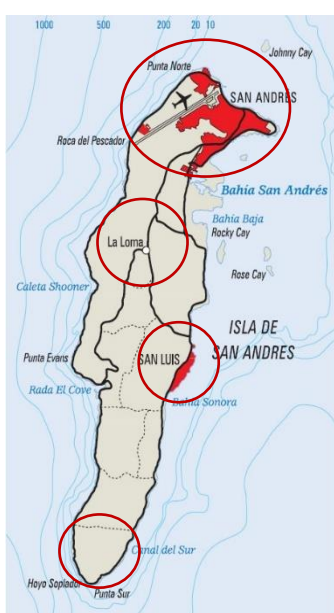
La nación creole considera la naturaleza como una entidad viva con la cual debe coexistir en armonía para mantener el equilibrio del ciclo de la vida. Ese equilibrio es lo que defienden hoy y lo que el Estado no está dispuesto a respetar debido a su codicia. Por ese motivo, en su obra la autora representa dos visiones del mar. Por un lado, el mar se representa como una entidad sagrada que proporciona todo lo necesario para la supervivencia de los habitantes de la isla, como afirma Victoria: “Nosotros, los isleños, pedimos todo al mar, a la madre fértil, que todo concibe y todo concede [...]” (p. 33). Por otro lado, el mar se muestra como un objeto sin valor que es contaminado y explotado, y que fue cedido a Nicaragua sin problemas. Volviendo a las palabras de la protagonista, el mar:

No es un color en la bandera, es la entidad más importante para... para mí. El pueblo de la isla no cree que el mar sea sólo la diferencia entre oro y sangre, amarillo y rojo. Esta visión es la del continente, a partir de la pérdida territorial “debemos cuidar del archipiélago de los colombianos, aquel que pertenece a todos nosotros”, como dice el piloto (p. 168).

Desde el punto de vista del geógrafo y académico brasileño Paulo César da Costa Gomes, “[...] la organización del espacio participa de las estrategias que ofrecen

o amplían la visibilidad de cosas, fenómenos y personas” (2013, p. 10, traducción propia³⁴) y es por este motivo que el estado ha estado desplazando al pueblo raizal de la parte central de la isla y concentrándolo en áreas periféricas que carecen de los servicios básicos. Sin embargo, la autora presenta su propia organización en la obra, dividiendo la isla en cuatro zonas que son importantes para la construcción de la memoria e historia del pueblo raizal y las cuales se encuentran marcadas en la siguiente figura.

Figura 7 – Reorganización de la isla por Victoria Baruq



Fuente: Golfos y bahías de Colombia³⁵, 2022.

La primera división es *North End*, la zona central de la isla, situada en la cabeza del caballito de mar, donde se encuentran el aeropuerto, el puerto, el barrio Sarie Bay (uno de los más caros), los mercados, hoteles, edificios administrativos y la playa Spratt Bight, la más turística y contaminada de la isla. La segunda división es *Harmony Hall*, conocida y representada en el mapa como *La Loma* y ubicada en el centro del pecho del caballito de mar. En esta zona está el barrio Back Road, el más precario de la isla y el más habitado por el pueblo raizal. En el momento en que la protagonista llega a este barrio, manifiesta haber cruzado una frontera, pues el escenario es muy diferente a lo que transmiten los medios y de lo que había vivido de niña.

³⁴ [...] a organização do espaço participa das estratégias que oferecem ou ampliam a visibilidade de coisas, fenômenos e pessoas.

³⁵ Disponible en: <http://www.imeditores.com/banocc/golfos/mapas.htm>.

En esta zona también ocurrió el mayor silenciamiento de la memoria local, ya que aquí se encuentran la Firts Baptist School, primera escuela en prohibir el creole sanandresano, la First Baptist Church, primera y mayor iglesia católica, visitada con frecuencia por los turistas, el Duppy Gully, pantano sagrado para el pueblo raizal en el cual podían conversar con los espíritus y que ahora está lleno de la basura que dejan los turistas y de los cuerpos de las personas asesinadas, y por último, el Magic Garden, vertedero sanitario que no soporta la cantidad de basura producida principalmente en la zona norte.

La tercera división es *Likle Gough*, o mejor conocida como *San Luis*, situada en la barriga del caballito de mar y en la cual está el barrio Barrack, una antigua plantación en la que “[...] se cultivaban las naranjas que eran exportadas; los capitanes, orgullosos y reputados, las llevaban a Colón en sus goletas” (p. 147). También se encuentra la Universidad Likle Gough, donde se celebra el *thinkin' rundown*, un encuentro de debate, social y culinario, que reúne a jóvenes para formar discusiones sobre los problemas de la isla y de sus barrios, independientemente de su lugar de origen o nivel de educación. Un concepto que puede utilizarse para explicar la dinámica de estos dos espacios es el de isla urbana.

De acuerdo con Josefina Ludmer (2010), “la isla urbana constituye una comunidad que reúne todas las demás; un grupo genérico de enfermos, locos, prostitutas, okupas, villeros, inmigrantes, rubios, mano de obra, monstruos o *freaks*” (p. 153); una comunidad que está dentro de la ciudad y, al mismo tiempo, fuera de la sociedad. En la obra, aunque la isla en general está compuesta por este grupo genérico, en el barrio Barrack y en la Universidad Likle Gough están aún más concentrados y sus luchas son esenciales para la reconstrucción de la memoria de la nación creole y del espacio/paisaje que está siendo consumido por el mercado turístico.

El barrio Barrack, al igual que el de Otilia, es uno de los lugares más olvidados por el Estado. Ambos sufren por la falta de agua, internet y electricidad, servicios que se priorizan para los barrios turísticos. Sin embargo, en este barrio se organizan manifestaciones y festivales en los que participan residentes del continente, extranjeros y turistas que quieren conocer la cultura local. Del mismo modo, en la universidad se reúnen personas de diferentes clases sociales y culturas que emprenden un tipo diferente de recorrido por la isla y por una historia que aún no ha sido contada, mientras disfrutan del *rundown*. Finalmente, la cuarta división es *Punta*

Sur, ubicada en la cola del caballito de mar. Al ser la zona más alejada de los turistas y de las empresas, tiene las playas más limpias y es el escenario en el que la población raizal puede realizar sus rituales y tener un mejor contacto con la naturaleza.

Haciendo un breve paréntesis, dentro de la obra, los encuentros del *thinkin' rundown* surgieron tras el fallo de La Haya en 2012. Como resumió Juleen, amiga de la protagonista, “[...] lo de los rondones al principio fue circunstancial, pero terminaron convirtiéndose en un grupo de formación política para jóvenes” (p. 70). Este grupo reúne a personas que quieren formar discusiones sobre los problemas de la isla y de sus barrios, independientemente de su lugar de origen o nivel de educación. En estos encuentros, se suelen dividir en dos grupos: los filósofos y los guerreros.

Mientras los filósofos debaten problemáticas actuales, los guerreros preparan el *rundown*, un plato típico de la isla de San Andrés de origen africano que consiste en una sopa hecha a base de leche de coco, con frutos del mar, plátano, ñame, tomate y cebolla, y que suele servirse con *dumplings* (rollos de masa rellenos). Cuando la comida está lista, termina el momento *thinkin'* y comienza el momento *rundown*; en otras palabras, el debate termina y todos se reúnen para comer mientras escuchan música, bailan y cantan. En español, *rundown* se traduce como “ronda”, porque los filósofos forman un círculo alrededor del fuego mientras debaten.

Otro aspecto que tienen en común estas dos obras es el espacio memorativo en el que comienzan a relatar su memoria individual y colectiva. Según las palabras del poeta y crítico francés Gastón Bachelard (2000), la casa es el primer lugar en el que las personas comienzan a guardar y a activar su memoria; es el primer mundo que conocen y el que sostiene su infancia y raíces, por lo que es común usar la imagen de la casa y de los elementos presentes en ella para preservar la memoria. La casa es:

Es cuerpo y alma. Es el primer mundo del ser humano. Antes de ser “lanzado al mundo” como dicen los metafísicos rápidos, el hombre es depositado en la cuna de la casa. Y siempre, en nuestros sueños, la casa es una gran cuna. Una metafísica concreta no puede dejar a un lado ese hecho, ese simple hecho, tanto más, cuanto, que ese hecho es un valor, un gran valor al cual volvemos en nuestros ensueños. El ser es de inmediato un valor. La vida empieza bien, empieza cerrada, protegida, toda tibia en el regazo de una casa (p. 30).

En el caso de Victoria, el recuerdo de su vida con sus padres comienza a aflorar cuando empieza a limpiar y organizar su casa en la isla para poder venderla y se da

cuenta de lo vacía que está: “[...] casi puedo escuchar el eco de mis propios reclamos desde alguna de las tres habitaciones solas e hirientes. Escucho, por supuesto, las voces de mis padres, sus pasos todavía, por estas escaleras de piedra, y las manos sobre el barandal” (p. 11). Es en ese momento que se activa una disputa entre sus buenos y malos recuerdos. Por un lado, el recuerdo de sus padres vivos y de un hogar lleno de amor; por otro lado, el de no sentirse parte de esa isla y querer marcharse. Disputa que por un breve momento es ganada por sus malos recuerdos, al encontrar entre sus objetos personales el cuaderno en el que escribía todos sus pensamientos:

De entre los cuadernos del colegio salvé unas páginas, escritas cuando pensaba que vivir aquí era lo peor que me había podido pasar, que estar rodeada de mar era la peor circunstancia en la que había podido nacer, sobre todo por la profunda soledad de no ver los rasgos en la cara de nadie, de no entender nada (p. 12-13).

No obstante, retomando las palabras de Bachelard (2000): “El armario y sus estantes, el escritorio y sus cajones, el cofre y su doble fondo, son verdaderos órganos de la vida psicológica secreta” (p. 83), es en estos espacios donde se guardan los recuerdos más íntimos, debido a su acceso limitado. Fue después de buscar entre los cajones de la oficina de su padre y encontrar el árbol genealógico que había construido para obtener el reconocimiento como raizales, cuando sus buenos recuerdos ganaron la disputa y despertaron su interés por conocer sus raíces. De acuerdo con sus palabras:

En la isla el pasado es muy importante, es una cita constante en el día a día. Ya hacía un par de años mi papá había invertido semanas reuniendo información para hacer nuestros árboles genealógicos. Hablaba por teléfono con familiares lejanos que conozco sólo de nombre, emocionado por los parentescos descubiertos recientemente. Durante el almuerzo empezó a recordar regularmente su infancia, en el paseo semanal para dar la vuelta a la isla contaba anécdotas de la familia de su mamá, de su abuelo, el terreno o el edificio aquel. Los tres nos tomamos fotos con fondo blanco en Fotomar y llevamos los documentos a una oficina en un segundo piso enfrente a la gobernación. Meses después reclamamos unas tarjetas doradas que ya no se usan, pero que entonces nos distinguían a mi papá y a mí de los que simplemente eran residentes, por ejemplo, como mi mamá, que debía entrar y salir de la isla con una tarjeta color plata (p. 15).

Considerando lo anterior, aunque el árbol genealógico fue un elemento esencial para reactivar su memoria individual e iniciar sus investigaciones, Victoria sólo tenía nombres, de los cuales no tenía ninguna información sobre su origen o sus raíces. Por eso, cuando encontró la foto de sus tatarabuelos dentro de un maletín viejo de su

padre y obtuvo una imagen visual de sus antepasados, entendió de dónde provenían sus rasgos físicos y esa influencia africana que tanto renegaba su abuela:

Reviso las hojas amarillas. Son unos documentos de la oficina de circulación y residencia, unas cartas de radicación de mi árbol genealógico. Se ve mi apellido y encima Jeremiah Lynton y Rebecca Bowie. Pronuncio. Hay una foto en tamaño carta, a blanco y negro. Son ellos. Ella es una mujer sentada en una silla de mimbre, con el cabello negro recogido, la quijada ancha y los ojos pequeños, viste una blusa blanca de manga larga de cuello alto y una falda negra que le esconde los zapatos. No tendría más de treinta años. Él, de pie con la mano sobre el hombro de ella, viste un traje de día, saco beige apuntado de bolsillos cuadrados y grandes, camisa y corbatín blancos. Lleva bigote y es ligeramente calvo, tal vez tenga cuarenta, las comisuras de los labios dibujan una sonrisa imperceptible. Ella desvía la mirada a la derecha, él mira serenamente a la cámara, en... en el estudio de *The Duperly & Sons Photographers*, en Kingston, Jamaica, en 1912. No puedo dejar de verlos, examino la foto por varios minutos. Esta imagen es nueva para mí, aunque tenga 105 años (p. 39)

Pese a que la protagonista encuentra más fotos de ellos en diferentes poses, esa primera foto³⁶ (Ver figura 8) cobra relevancia porque es en la que mejor se ven sus rostros y se aprecia la diferencia en su físico. De hecho, la coloca en un marco en la sala para sentirse cerca de sus raíces y poder interactuar con sus tatarabuelos. Luego de ese momento, Victoria tiene su primer encuentro con el espíritu de su tatarabuelo, pues al observar las fotos escucha por primera vez el arañazo de un animal que asocia con el de una iguana: [...] Pasan unos segundos y el silencio se quiebra con un arañazo que viene del techo, salgo y ando los ojos, miro hacia arriba. Otro más, otro más (p. 39).

Esta situación se repite tres veces a lo largo de la historia, hasta que, al recibir una foto enviada por la escritora sanandresana Hazel Robinson —que aparece en la obra como una periodista que conoció a sus abuelos—, descubre que su tatarabuelo tenía de mascota una iguana y que los crujidos que escuchaba en el techo eran el espíritu de este intentando comunicarse con ella. En este caso, una parte de la casa no sólo se convierte en portadora de memoria, sino también en una frontera entre dos mundos. Como dice Bachelard: “Claro que, gracias a la casa, un gran número de nuestros recuerdos tienen albergue, y si esa casa se complica un poco, si tiene sótano y guardilla, rincones y corredores, nuestros recuerdos hallan refugios cada vez más

³⁶ La foto de sus tatarabuelos, descrita en la obra, es real y puede encontrarse en un libro escrito por la tía de la autora, Rita Bendek: *La herencia de Margot*, publicado en 2017. En esta obra se habla de la tradición, la cultura y la gastronomía de San Andrés. La existencia de esta foto demuestra que la obra es una novela autoficcional y, aunque no se tiene claridad sobre la influencia de su tatarabuelo en la historia de la isla, sí se tiene certeza de que existieron.

caracterizados” (2000, p. 31).

Figura 8 – Foto de Jeremiah Lynton y Rebecca Bowie



Fuente: La herencia de Margot³⁷, 2017.

Según la información que le proporcionan a la protagonista, Jeremiah Lynton era un *obiá*, un brujo que podía leer a las personas, viajar entre el mundo de los muertos y el mundo real, y manifestarse a través de otros seres vivos; en este caso, a través de un animal que tuvo mucha importancia en su vida. Por lo tanto, este secreto familiar y esta frontera desconocida por Victoria encuentran albergue en uno de los espacios más recónditos de la casa, al que la protagonista nunca habría accedido si no fuera por las señales del espíritu de su tatarabuelo.

Se ha descargado el documento, abro. Me miran los ojos claros, las orejas grandes y el bigote blanco de mi tatarabuelo que entrona una amplia sonrisa. Ahora está vestido de traje negro corbata y camisa de cuello blanco, con la cadenita de un reloj de bolsillo que pende del ojal del saco y, en el brazo, una iguana larga deja caer la cola hasta el suelo. Un nervioso, *crac crac crac*, el saludo en el techo me corta la respiración, *rrrsssh, rrrsh*, se me tiembla el cuello. Salto al sentir un corrientazo, mis pelos espantados, la luz se apaga y los estabilizadores de voltaje crujen, queda iluminada la foto, el estoicismo del reptil, la mirada chispeante del jamaiquino. Del mundo afuera, el ruido del motor (170-171).

³⁷ Disponible en: https://issuu.com/susanacarrie/docs/la_herencia_de_margot_issu.

El hecho de que el techo sea uno de los espacios menos visitados por sus residentes, hasta el punto de pasar desapercibido o no despertar curiosidad, lo convierte en un lugar óptimo para representar la frontera entre los dos mundos, ya que no todo el mundo puede llegar a él como visitante. Además, según las palabras de *Maa Josephine*, este espacio era el lugar de trabajo de su tatarabuelo: “Jeremiah trabajaba en su ático y la vieja Rebecca le prendió fuego el día antes de irse de la casa con sus seis hijos” (p. 54).

En el caso de Otilia, es en la terraza de su casa donde comienza a observar los cambios del barrio y de sus residentes. Aunque reactiva su memoria individual y colectiva al recorrer más los espacios externos, dentro de su casa también encuentra ciertos elementos que la transportan a su vida anterior al barrio. Un aspecto para tener en cuenta es que Victoria pasó toda su niñez en la misma casa, por lo que dicho espacio es su cosmos y tiene más importancia para su identidad que para la de Otilia, que fue desplazada de su lugar de origen y no pudo llevarse muchas cosas, por lo que ahora está intentando sentirse parte de un lugar que ha construido desde cero.

Sin embargo, al igual que Victoria, es en uno de los cajones de su armario donde guarda una caja con los objetos que más preservan su memoria e identidad individual. Dos de los elementos cruciales para reactivar su memoria son la carta que le dejó su esposo antes de irse a Venezuela y no regresar, y una caja de galletas en la que guarda varios objetos:

La carta llegó y mi hija estaba recién nacida. La guardé en la lata de las galletas que me dieron las franciscanas en la navidad. Se está oxidando. Allí puse una bola de hilo, unos alfileres, un pedazo de alambre dulce, una fotografía de donde estoy en el brocal de la fuente del parque del Centenario, de las que tienen los bordes mordidos como estampillas, linda estoy, sonrió al mundo, se me nota el embarazo; unas agujas, una cuchilla Gillette de afeitar, y el ombligo de mi hija envuelto en algodón, un ojo de pescado, un telegrama de la alcaldía que dicen que nos van a desalojar de esta tierra, una medalla de la Santa Bütler que me pusieron las franciscanas en el pecho por mi laboriosidad y para mi protección contra las asechanzas y me dijeron que tiene la bendición del Papa (p. 18).

La carta es mencionada varias veces cuando la protagonista recuerda a su esposo, y siempre dice que es lo único que tiene de él y que le da esperanza de que esté con vida, cumpliendo su sueño de ser cantante. En cambio, de la caja de galletas y de los objetos que hay dentro sólo habla una vez. Esto demuestra que el desplazamiento hace que las persona pierdan una parte de lo que son y de su memoria, y marca un antes y un después en sus historias, pues, aunque sean

reubicados a un lugar mejor, el trauma no les permite hablar libremente en la mayoría de los casos y parte de sus recuerdos físicos se consumieron en el fuego.

Otro aspecto para tener en cuenta entre las dos protagonistas es que la casa tiene una participación diferente en su proceso de reconstrucción, ya que, aunque las dos sufren una especie de exilio, el cual Victoria considera como un autoexilio y Otilia como un exilio. Victoria despierta su interés por su historia cuando regresa a su lugar de origen años después, con una mayor madurez; Otilia, en cambio, lo despierta al ser obligada a salir de él sin posibilidad de retorno y al no lograr aferrarse a su nuevo hogar por miedo a ser nuevamente desplazada.

Pasando de un espacio más íntimo a uno más externo y público, otro lugar que las dos protagonistas usan para reactivar su memoria y la de su comunidad es la biblioteca pública, ubicada en la zona central de la isla y de la ciudad de Cartagena. En este lugar se produce un encuentro entre la memoria oral y la escrita, debido a que las protagonistas utilizan los registros escritos para corroborar o completar la información que obtuvieron mientras transitaban por los diferentes espacios. Además, gracias a su visita, en los dos libros se refuerza la idea de que la historia colombiana se ha contado desde una perspectiva eurocéntrica y según los intereses del Estado. En palabras de Victoria: “La realidad me parece cada vez más incierta, indeterminada, maleable. Entre estas páginas destajo a capas la Historia colombiana contada desde la cordillera andina, fría, criolla, elitista” (p. 122).

Considerando que Cartagena es una de las ciudades más antiguas del país, a diferencia de San Andrés su biblioteca se encuentra más equipada y proporciona más información, motivo por el cual Otilia la frecuenta varias veces, hasta el punto de crear una amistad con la bibliotecaria, quien también le ayuda a entender algunos textos, mientras que Victoria sólo la visita una vez. Entre sus diversas visitas, Otilia logra entender la realidad de los pueblos oprimidos y la cadena de invasión que se ha vivido desde los primeros registros en la ciudad, de acuerdo con el discurso que da en una reunión con sus vecinos:

[...] los piratas que venían aquí eran invasores; que los españoles eran requeteinvasores, que nos independizamos y volvieron a invadir, nos sitiaron y tuvimos que comer suela de zapato viejo; que los franceses nos invadieron con un acorazado; que los italianos nos invadieron con un buque de su flota de guerra. Y que siempre, en la República, nos invaden el hambre, las ratas, los ratones, los mosquitos, los cangrejos, la ruina, el mar de leva, las crecidas del río y del canal (p. 110).

También es en los pasillos de las dos bibliotecas donde llegan al lector tres nombres importantes. Después de muchas páginas sin conocer el nombre de Otilia y sólo conocerla como la “mujer que ve lo que ve”, su primer nombre sale a la luz cuando la bibliotecaria la llama para saludarla. Este nombre se revela por completo en las últimas páginas del libro, y Otilia sale del anonimato. En el caso de Victoria, su única visita le revela dos nombres esenciales para la reconstrucción de su memoria: por un lado, la bibliotecaria le aconseja que entre en contacto con Hazel Robinson, pues, debido a sus estudios realizados años atrás, puede proporcionarle mejor información sobre su árbol genealógico; por otro lado, se menciona el primer nombre colonial de la isla “Henrietta”, un nombre que la mayoría de sus residentes habían olvidado y que se cita nuevamente en el *thinkin' rundown*.

No es de extrañar que sea en la biblioteca donde las protagonistas sientan un choque entre la historia “oficial” y la historia que hasta entonces habían descubierto, ya que, como se mencionó anteriormente en el marco teórico, al igual que los museos, son espacios mayormente contruidos por el Estado para preservar la memoria nacional y, con ello, rendir homenaje a hechos y personajes importantes desde su perspectiva. Además, en el caso de la biblioteca de San Andrés, la ausencia de documentos en la lengua nativa evidencia que la historia registrada no contempla la nación creole.

Otro elemento espacial que se puede encontrar en las dos historias es un puente desgastado de madera. En *Ver lo que veo* se menciona varias veces, no sólo como un elemento físico, sino también como una metáfora, y es lo único que les hace formar parte del paisaje cartagenero del que han sido excluidos y del que intentan tener una pequeña participación y valorización. En *Los cristales de la sal*, el puente sólo se menciona una vez, durante uno de los paseos que realiza la protagonista. Sin embargo, las dos lo utilizan para hablar sobre el paso del tiempo en ambos lugares, los cambios nada positivos que han sufrido y el olvido por parte del Estado. De acuerdo con las palabras de Victoria:

Me bajé de la moto, recordando que allí el mar insistió siempre en comerse el andén y hasta parte de la carretera; ahora hay un puentecito de madera bien pintado, que seguramente no resistirá mucho tiempo en esas condiciones. El puente, que es como un camellón elevado sobre la habia llana, cubre una curva discreta contigua a la avenida Circunvalar, desde una casa tradicional, de madera y techos triangulares, hasta una biblioteca cerrada elevada con pilares sobre el mar, que también parece vacilante, esperando por su hora definitiva. De día ese pedacito es perfecto para ver

Rocky Cay, que ahora tiene palmeras, no como antes que era un trozo de roca desnuda [...] (p. 64-65).

Al igual que Victoria, Otilia también afirma que, desde el puente que ellos mismos crearon, se puede observar el mar y el cielo, un paisaje que ella contempla todos los días con sumo detalle y que le produce un sentimiento de nostalgia por la tierra que perdió y la que está a punto de perder. Un mar con el que los residentes luchan constantemente para que sus casas no se destruyan. Por lo tanto, tenemos un elemento casi consumido por el tiempo y el mar que proporciona para las dos protagonistas una imagen única del espacio que tanto aman y el cual quieren preservar. Este elemento representa la nostalgia y la esperanza, ya que, aunque su inicio y su recorrido no se encuentre en las mejores condiciones, su destino, la imagen que se encuentra al final de este, representa el futuro al que quieren llegar.

Veo lo mismo: me gusta el puente. Lo hicimos entre todos. Hasta los niños ayudaban a recoger los clavos y tornillos que se caían y las mujeres les llevábamos agua de panela a los hombres que martillaban, emparejaban los pedazos de madera, unían vigas y horcones, cortaban con el serrucho, apretaban tuercas, y tomábamos las medidas, alineábamos para que no quedara muy torcido. El carpintero fue partidario de instalar una cubierta de lona en la parte alta del puente, un parasol que sirviera de techo que daría sombra a los que venían o iban locos de sol al mediodía y un lugar para escampar a quienes sorprendiera el aguacero. [...] La pobreza es cara. Si para todos fuera parecido el esfuerzo de la vida yo no diría nada [...] (p. 37).

El mar también se convierte en un elemento fundamental. A diferencia del puente, separa lo continental/central de lo periférico. En este sentido, el barrio en *Ver lo que veo* puede considerarse una isla y tomando las palabras del filósofo alemán Ottmar Ette (2004):

En la metaforología occidental, la isla se presenta como figura oscilante: por una parte, puede expresar una condición de conclusión y aislamiento de lo Otro; pero, por otra, precisamente la conciencia de una relacionalidad ligada en forma múltiple con lo Otro. Por el otro, la isla se muestra también como parte de un mundo insular que representa lo fragmentario, astillado, mosaico que se caracteriza por múltiples uniones y constelaciones internas. [...] “encerrada por la naturaleza misma en fronteras inmutables (p. 129).

Por lo tanto, aunque San Andrés y el barrio están geográfica e históricamente aislados de Colombia, también están relacionados con lo Otro. En el caso de San Andrés, esto se manifiesta en las similitudes y la influencia compartida con las comunidades caribeñas, a pesar de no pertenecer al mismo territorio. En el caso del

barrio, sus residentes, debido a su experiencia de vida y su movimiento entre diferentes espacios, se sienten más identificados con comunidades migrantes y nómadas. Esto da lugar a una gran heterogeneidad entre sus residentes y a una mezcla de culturas y raíces, lo que provoca que no encajen dentro de la idea de utopía y que se les considere espacios sin organización ni estructura, o, como los clasifica Josefina Ludmer (2010), islas urbanas, una comunidad dentro y fuera de la sociedad.

Para Victoria y su comunidad, el mar es su madre, una entidad que les proporciona todo lo que necesitan, por lo que se sienten comprometidos a protegerlo de los intereses de Nicaragua y Colombia. La conexión que la protagonista va creando con el mar a través de sus diversos recorridos es tan grande, que llega a sentirse parte de este y compara el acto de sumergirse con su nacimiento: “El sol pinta haces luminosos alrededor de mí, con colorcitos rosados y lilas, veo a un pez huir asustado. [...] Así debí sentirme en el vientre, en un líquido amniótico como este, de donde nacieron todas mis posibilidades” (p. 27). Este momento también marca el nacimiento de la Victoria raizal, una versión más madura y mejorada cuyo objetivo es entender y dar a conocer al mundo lo que realmente significa ser creole.

El mar también representa el desarrollo de la protagonista, ya que el agua simboliza la renovación y la conexión con el medio ambiente en diversas culturas. Además, como dijo el filósofo griego Heráclito, “no nos bañamos dos veces en el mismo río”, por lo tanto, cada vez que Victoria tiene un encuentro físico o visual con el mar, no es la misma persona que hace unos días, así como la isla, a pesar de sus imperfecciones, no es la misma que estaba en su memoria. El mar es el primer elemento natural que la hace sentirse parte de la isla tras su regreso.

San Andrés, de un lado, tal como recordé con ese número de Forbes Travel, considerando que sabía que no es lujosa u organizada, como lo pintan en las imágenes Curazao o las Uñas Vírgenes Británicas. La belleza del mar es cautivante, parece ser exactamente el mismo que la última vez que lo vi a través de la ventanilla en un despegue hacia Bogotá. Seguramente ahora que perdí la costumbre me enamoré de nuevo del paisaje. También sé que, al menos este Caribe, es un completo desastre. Y sé que es lento, tiene su propio compás. Reprochar no sirve de mucho (p. 7).

Con Otilia y sus vecinos sucede lo contrario, ya que el mar sólo les genera incertidumbre y tristeza. Además de ser una frontera y la ruta por la que llegaron los primeros invasores, considerados como “descubridores” o “civilizadores”, el mar está consumiendo poco a poco el barrio y dejándolos cada vez más a la deriva, hasta el

punto de que, si la policía no los desaloja, el mar acabará haciéndolo. El mar también representa un cementerio, una entidad que devuelve a la tierra a los desaparecidos para que sus familiares puedan velarlos, lo que acaba con la esperanza de que estuvieran vivos. Por lo tanto, tenemos un elemento que, a pesar de ser descrito como un bonito paisaje, tiene un significado totalmente opuesto. Según el carpintero, quieren ser más de lo que el mar les ha permitido ser.

Mostrar que somos y agregamos algo al mundo. Si somos invasores lo seremos mejor que los españoles con sus descubrimientos equivocados, sus cruces y su rey, que los piratas con su codicia para pagar con delitos medallas de sociedad, y que los cobradores franceses e italianos que cruzaron el mar por deudas de baratillo (p. 111).

Otros elementos importantes para la reconstrucción de la memoria en la obra *Los cristales de la sal* son dos árboles: uno relacionado con la memoria individual de la protagonista y otro con la memoria colectiva de la nación creole. Por un lado, está el *bread fruit*, árbol típico de la isla también conocido como árbol del pan o fruta de pan. En diversas ocasiones, Victoria establece una relación entre este árbol y su árbol genealógico, y afirma que le gustaría que los datos sobre sus antepasados fueran tan visibles y accesibles como las hojas que siempre ve en las calles. Sin embargo, aunque dichos datos estén tan escondidos como las raíces del árbol, estos son la base de su memoria e historia.

Debido a la dificultad que conlleva preparar el fruto del árbol para que sea comestible³⁸ —proceso que se transmite de generación en generación en la isla—, Victoria declara ser oficialmente una nativa al lograr preparar un batido espeso de canela y *bread fruit* sin problemas. Siguiendo sus palabras: “Esta es la primera colada de fruta de pan que pruebo, y a mí me parece que ahora sí me merezco la occe, porque pude prepararla y en especial porque no la preparé de cualquier fruto” (p. 59).

Del mismo modo, el árbol también está presente en dos de los momentos más cruciales para la reconstrucción de la protagonista, actuando como una especie de guardián y testigo. La primera vez que Victoria se encuentra con el árbol es cuando asiste a un concierto en *Harmony Hall* y conoce a *Maa Josephine*, una vendedora ambulante y una de las residentes más antiguas de la isla, que le da informaciones

³⁸ La forma más común de consumirlo es frito, pero debido a su textura, que es parecida a la de un pan recién horneado (de ahí su nombre), los visitantes no conocen el punto exacto de cocción ni el procedimiento para prepararlo, por eso se considera difícil.

sobre sus antepasados. Durante ese encuentro, antes de descubrir un poco sobre sus tatarabuelos, la protagonista menciona que está debajo del árbol, cuyas ramas se agitan bruscamente con el viento, como si fuera una señal o premonición de lo que iba a suceder después. En otras palabras, así como el viento azotaba las ramas, Victoria se vio golpeada por un torrente de información que la ayudó a entender la inconformidad que sentía con la isla y con no reconocerse en su paisaje. Como afirma al volver a casa:

Nos subimos a la moto y Juleen salió volada, nos fuimos calladas hasta que pasamos el reductor luego del Gully. Juleen interrumpió mis pensamientos sobre Jeremiah. Iba viéndolo andar por ahí y mirando las casas pensé que los abuelos de los actuales dueños seguro alcanzaron a ser clientes suyos, en la tienda de la que me habló *Maa*. De pronto me vi por todas partes, pegada en el paisaje como una calcomanía transparente (p. 82).

El segundo encuentro con el árbol sucede esa misma noche, al final del *thinkin' rundown* en *Likle Gough*. Tras conocer un poco sobre San Andrés y darse cuenta de cuánto desconocía el lugar donde nació, Victoria intenta aclarar su mente y procesar mejor la información alejándose del grupo y dirigiéndose al patio de la universidad, donde encuentra la lápida de su tatarabuelo con las siguientes palabras inscritas: “*J. H. Lynton. Born in Blalckwater River, Jamaica, the day of our lord jan. 13th., 1870. Died in the year of 1949, in San Andrés Island, Rep. of Colombia*” (p. 80). Esa breve información la sumerge en sus pensamientos, la hace imaginar la jornada que hizo Jeremiah para llegar a la isla y entender mejor la mezcla de culturas que corre por sus venas, hasta que un fruto del *bread fruit* la trae de regreso a la realidad.

Metida en esa película, oí algo que golpeó la tierra, ¡pop! Enseguida di un brinquito hacia atrás y giré la cabeza hacia la derecha, ¡un *bread fruit* cae del cielo! Risita. Miré hacia arriba y el árbol gigante estaba repleto de frutos pesados que doblaban las ramas, frutos parecidos a guanábanas, enormes y redondos. Hubiera sido muy chistoso si me hubiera caído en la cabeza, por ejemplo. Lo miré y miré alrededor otra vez. No recuerdo la canción que sonaba, desde la olla de rondón se esparcían risas y gritos. Me hubiera quedado otro rato más contemplando el *bread fruit*, verde, rugoso, de no ser porque Juleen ya se me acercaba para decirme que nos íbamos (p. 80-81).

En ese momento, Victoria está de nuevo debajo del árbol, pero esta vez es consciente de su presencia tras descubrir algo nuevo sobre su tatarabuelo, concretamente cuando el fruto cae de las ramas. Al no haber ninguna fuerza externa que haya provocado la caída del fruto, la protagonista atribuye este acontecimiento a

la obra del *duppy*³⁹ de Jeremiah. Por otro lado, también se cuestiona varias veces sobre los frutos de sus antepasados, es decir, sobre los otros descendientes que aún están en la isla, pero a los que no logra reconocer por falta de información. Por tanto, el fruto que cae, además de ser el primero que Victoria come, simboliza que, por fin, se considera uno de esos frutos y que, al igual que ese *bread fruit* que encontró, es su deber formar parte de la memoria e historia de la isla.

Respecto al segundo árbol, solo aparece una vez en la historia, en uno de los paseos que hace por *Duppy Gully*, unas tierras que antes pertenecían a sus tatarabuelos, junto a su amigo Rudy:

Se detuvo enseguida a un lado del camino de adoquín, agrietado e invadido por el pasto. Me señaló un árbol de hojas gordas pero diminutas que casi no se distinguían. Las ramas eran palos no muy gruesos, repletos de afiladas espinas. ¿Ves las hormigas? -enormes y rojas, andaban entre caminitos esquivando los agujijones, por decenas, por cientos-. A ese tipo de árbol amarraban a los esclavos como castigo. Y es irónico que fuera a este árbol precisamente... (p. 92).

Este árbol es importante porque, aunque la protagonista va conociendo la historia de la isla a medida que encuentra información sobre sus antepasados, debido a la influencia que estos tuvieron, hasta ese momento no se había cuestionado sobre las consecuencias de dicha mezcla de culturas, en especial para las comunidades africanas, que comenzaron a sufrir más con la llegada de los colonizadores. Este punto es importante teniendo en cuenta que ella también tiene raíces africanas, ya que su tatarabuela era una esclava cuyo futuro cambió al casarse con su esclavista.

Por consiguiente, además de representar la memoria colectiva de la isla, este árbol simboliza los diferentes usos que se le pueden dar en función de la visión y la relación que las comunidades tienen con la naturaleza. Por un lado, tenemos su uso como forma de castigo, como herramienta bajo el control del ser humano, que representa la visión antropocéntrica; y, por otro lado, está el uso medicinal que hacen los raizales, que elaboran ungüentos con su resina para curar heridas, lo que representa la idea de la naturaleza como madre y proveedora. Siguiendo las palabras de Victoria:

³⁹ Espíritu em creole sanandresano.

Tomé una foto del palo, un acercamiento de las espinas, así me lo apropié para verlo ahora de nuevo, tantas veces como necesite. Es una ingeniosa ironía, pienso, que a lo más oscuro se le pueda dar la vuelta de esa forma, que lo que más hiere es también lo único que cura (p. 93).

La mención de estos dos árboles en la historia es relevante, ya que se trata de una obra ecocrítica que, además de centrarse en la memoria de la isla, también lo hace en la representación de la naturaleza y en las problemáticas ambientales causadas por el mercado turístico. El árbol, al ser una figura estática cuyas raíces lo mantienen en un mismo lugar, se considera un elemento que representa el árbol genealógico de las familias, así como un buen observador, testigo histórico y registrador del paso del tiempo. En sus tallos se guardan las marcas de las diversas historias que ha presenciado, así como los traumas causados por estas, pero también la capacidad de regeneración a lo largo del tiempo.

Este uso del árbol como símbolo de la memoria colectiva e individual también se puede observar en el libro *A ilha das árvores perdidas* (2023), de la autora turco-británica Elif Shafak. En él, una de las narradoras es una higuera que presencia la historia de amor imposible de los protagonistas en medio de una disputa político-religiosa entre turcos y cristianos en la isla de Chipre. Tomando las palabras de la higuera:

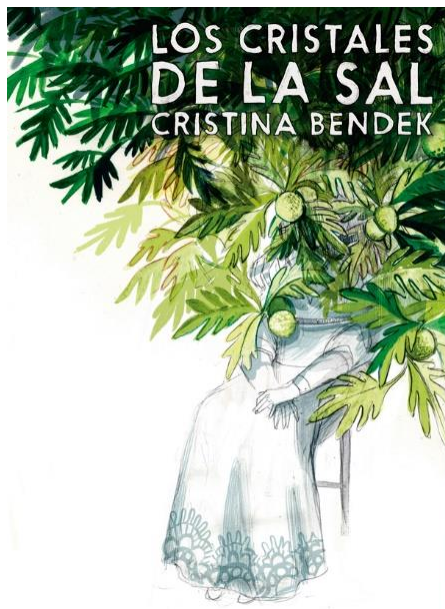
Si, como dicen, las familias se asemejan a los árboles, estructuras arbóreas con raíces entrelazadas y ramas individuales que se proyectan en ángulos extraños, los traumas familiares son como resina espesa y translúcida que gotea de un corte en la corteza. Se deslizan por generaciones. Exudan lentamente, un flujo tan lento que es casi imperceptible, avanzando en el tiempo y el espacio, hasta encontrar una grieta en la que se asientan y coagulan (p. 130-13, traducción propia⁴⁰).

Siguiendo esa idea, los árboles no sólo se asemejan a las familias, sino también a las personas por individual, quienes, a partir de sus raíces, algunas bastantes escondidas y otras más visibles, crecen con un tallo fuerte o débil, de acuerdo con el terreno o los cuidados que han tenido, para luego dar vida a ramas, hojas y frutos, que hace alusión tanto a los hijos, como a esos objetivos y sueños que tienen las personas.

⁴⁰ Se, como dizem, as famílias se assemelham a árvores, estruturas arborescentes com raízes emaranhadas e galhos individuais que se projetam em ângulos estranhos, os traumas familiares são como resina espessa e translúcida gotejando de um corte na casca. Escorrem por gerações. Exsudam devagar, um fluxo tão lento que é quase imperceptível, avançando no tempo e no espaço, até encontrarem uma greta na qual se assentam e coagulam.

Esto lo podemos observar en la portada de la primera edición en español publicada en 2019 por Laguna Libros y la edición publicada en danés en 2020 por Aurora Boreal:

Figura 9 – Portada edición en español



Fuente: Elibros, 2019⁴¹.

Figura 10 – Portada edición en danés



Fuente: Auroraboreal⁴², 2020.

En las dos portadas hay dos figuras femeninas abrazadas por un *bread fruit*. En la figura 9, aunque el rostro de la mujer no es visible, por el vestido que lleva y la postura en la que se encuentra, se puede deducir que se trata de Rebecca Bowie, ya que cumple con la descripción que hace la protagonista de la foto que encuentra y coincide con la figura 8 de este trabajo. También se puede ver, junto a su hombro, una mano que la sujeta, tal y como lo hace Jeremiah en la fotografía. Por lo tanto, en esta portada, el árbol simboliza al tatarabuelo de Victoria, que se manifiesta como iguana y como árbol a lo largo de la historia para guiar a la protagonista en su búsqueda.

En la figura 10, el rostro de la mujer es más visible y, considerando el formato de su cabello y su vestimenta, se puede deducir que corresponde a la protagonista. En este caso, el árbol también puede simbolizar a su tatarabuelo, así como a toda la reconstrucción memorativa e histórica que Victoria llevó a cabo durante su estancia en la isla; en otras palabras, los frutos de su investigación. Teniendo en cuenta que la protagonista se describe como una mujer de piel blanca, esta representación de piel

⁴¹ Disponible en: <https://elibros.com.co/product/los-cristales-de-la-sal/>.

⁴² Disponible en: <https://auroraboreal.dk/tienda/c-romaner/saltkrystaller-roman-om-at-finde-sin-egen-identitet-san-andres-oe-det-caribiske-colombia/>.

morena en la portada podría deberse al papel de tallo que está cumpliendo, simbolizando el reconocimiento que expresa en diversas ocasiones con el paisaje y su árbol genealógico.

Tras analizar los espacios naturales y creados por el hombre que fueron relevantes para construir una cartografía memorativa de la nación creole y de los residentes del barrio, se observa claramente que, pese a las experiencias de vida de las dos protagonistas y a los diferentes enfoques que dan al espacio que las rodea, son dos mujeres que, debido a la falta de registros históricos sobre sus comunidades y a pesar de los avances y la importancia que se le ha atribuido a la escritura, se ven obligadas a recurrir a uno de los métodos de preservación de la memoria más antiguos.

En este método, en vez de utilizar los espacios como una especie de papel, los utilizan para reactivar la memoria, ya que al final ambas vuelven a recurrir a la escritura para conservar su información, estableciendo una relación constante entre la escritura y la oralidad. En el caso de Otilia, lo hace a través de una tercera persona que le ayuda a escribir debido a su pérdida de visión; en el caso de Victoria, vuelve a recurrir al cuaderno de registros.

CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo de la historia, la región caribeña ha sido una de las zonas que menos atención ha recibido del Estado. Es común ver playas paradisíacas y festividades culturales, como el carnaval, pero se muestra muy poco a los habitantes marginados a los que el Gobierno no pretende incluir en su imaginario, con el objetivo de preservar esa supuesta homogeneidad que nos define como nación. Hoy en día, a pesar de que estamos en el siglo XXI y, en cierto modo, se han “destruido” los sistemas de opresión, estos siguen presentes, ya no implementados por las colonias europeas, sino por el Estado encargado de “proteger” los derechos de sus ciudadanos. Por este motivo, escritores como Roberto Burgos y Cristina Bendek han dedicado su vida a retratar, a través de la literatura, los problemas de esta región.

Partiendo de lo anterior, los dos objetos de estudio no sólo retratan las problemáticas de dichas comunidades, sino que también reconstruyen su memoria, sacando a la luz la cartografía memorativa que hasta el momento había permanecido silenciada. Aunque estas dos obras se publicaron con dos años de diferencia, se centran en periodos y problemáticas diferentes, lo que está relacionado no sólo con su posición geográfica, sino también con la época en la que crecieron los escritores. Teniendo en cuenta que Roberto Burgos y Cristina Bendek nacieron con 39 años de diferencia, ambos vivieron en distintas etapas de la historia de Colombia.

En el caso de Roberto Burgos Cantor, que nació en el año de la ira y creció en el periodo más violento del país, *Ver lo que veo* (2017) trata sobre el despojo causado por el conflicto armado y la adaptación (o no) de estas personas. Aunque la historia se desarrolla en el periodo en el que la modernización llega al país —asunto que se menciona en uno de los recuerdos de Otilia—, su foco sigue siendo las consecuencias del conflicto armado y la migración de los colombianos a ciudades más centralizadas o a países vecinos.

En *Los cristales de la sal* (2019), la autora aborda la historia del despojo en el archipiélago, centrándose en las luchas territoriales que han tenido lugar desde la modernización de Colombia, más exactamente desde la implementación del Puerto Libre en 1953, además, el tema principal de la obra es la explotación de los recursos naturales por parte del mercado turístico en la era del Antropoceno y la ruptura que esta problemática ha creado en la relación de los residentes con su espacio, lo que la convierte en una obra que puede ser estudiada desde la ecocrítica.

Por otro lado, en las dos obras encontramos dos mujeres que, además de construir su memoria individual, construyen la memoria colectiva y tienen una relación íntima con el espacio, lo que refuerza la idea de que las mujeres relatan con más detalles sus experiencias, narran a los demás y crean fuertes lazos con el entorno que las rodea. No obstante, en el caso de *Ver lo que veo* (2017), es un hombre quien le da voz a Otilia, por lo que su enfoque, a pesar de estar en un espacio rodeado de escenarios naturales, se centra en los espacios creados por el ser humano, a diferencia de lo que ocurre con Victoria Baruq, que centra su atención tanto en los espacios naturales como en los creados por intervención humana, así como en la preservación de la relación cíclica entre ambos, hasta el punto de crear una trinidad femenina entre la casa, la isla y ella misma.

En cuanto a la organización geográfica, esta es fundamental para determinar qué merece más atención. Tanto en la isla como en el barrio, la organización está diseñada para que el turista no perciba lo que sucede realmente en estas zonas y para que el Gobierno pueda seguir explotándolas y despojándolas. La marginalización no sólo se da en la cartografía, donde es evidente la falta de representación en los mapas del país o de la ciudad, sino también en los recursos y servicios de los que disponen y en el cuidado que se tiene con algunos espacios y paisajes. Por lo tanto, queda claro que la imagen e historia divulgada sobre estas zonas está dirigida a los visitantes, que disfrutan de las mejores condiciones de vida, mientras que las comunidades nativas siguen viviendo esclavizadas y al margen de su propio territorio.

Para concluir, el barrio y la isla que aparecen en las obras son un claro ejemplo de la sociedad latinoamericana actual. Todos los días, comunidades negras, campesinas, indígenas y otras muchas son desplazadas de sus tierras y, en la mayoría de los casos, las autoridades no hacen nada por ayudarlas o compensarlas; más bien, en su afán por integrarse en el sistema capitalista y convertirse en líderes, tienden a patrocinar dicha actividad. Por eso actualmente se usa con mayor frecuencia el término “distopía”, porque hay más sociedades que “no cumplen” con esa imagen utópica que los Estados quieren representar y con ese concepto de orden y homogeneización que nunca existió, pero que intentaron implementar a través de la barbarie.

REFERENCIAS

ANDERSON, Benedict. **Comunidades imaginadas**: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

ACNUR. **Tendencias Globales de Desplazamiento Forzado 2022**. Copenhagen: Statistics and Demographics Section. 2023.

ACOSTA, Sebastián. ¿Cómo se integraron San Andrés y Providencia a Colombia? **Señal Colombia**, 13 nov. 2019. Disponible en: <https://www.senalcolombia.tv/general/san-andres-providencia-historia-archipelago>.

AÍNSA, Fernando. Nueva novela histórica y relativización transdisciplinaria del saber histórico. **América: Cahiers du CRICCAL**, Paris, v. 2, n. 14, p. 25-39, 1994.

ALTAMAR, Antonio. **Evolución de la novela en Colombia**. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1957.

ASCENCIO, Michaelle. **El viaje a la inversa**: reflexiones acerca del exilio en la narrativa antillana. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades, 2000.

ASSMANN, Aleida. **Espaços da recordação**: formas e transformações da memória cultural. Campinas: Editora da Unicamp, 2016.

BACHELARD, Gastón. **La poética del espacio**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2000.

BALEN, María. Poblados que resurgen: El Salado (Bolívar). **Banrepcultural**, 27 ago. 2019. Disponible en: <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-356/poblados-que-resurgen-el-salado-bolivar>.

BARRERA, Joseph. Sobrepoblación en San Andrés: una amenaza al medio ambiente. [Entrevista cedida a] Daniel Newball. **Radio Nacional de Colombia**, Bogotá, 24 nov. 2021. Disponible en: <https://www.radionacional.co/regiones/insular/sobrepoblacion-en-san-andres-una-amenaza-al-medio-ambiente>. Acceso en: 20 feb. 2024.

BARRETO, Rubén. La Modernidad o la irrupción de lo extranjero: análisis sociocrítico de La hojarasca, de Gabriel García Márquez. **Estudios de Literatura Colombiana**, Bogotá, n. 37, p. 47-64, 2015.

BENDEK, Cristina. Entrevista a Cristina Bendek. [Entrevista cedida a] Instituto Cervantes Dublín. **YouTube**, España, dic. 2022. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=MAv1y3NV95E&t=65s>. Acceso en: 13 sep. 2023.

BENDEK, Cristina. **Los cristales de la sal**. Edimburgo: Charco Press, 2022.

BORGES, Valdeci. História e literatura: algumas considerações. **Revista de Teoria da História**, Goiânia, ano 1, n. 3, p. 94-109, 2010.

BOZZANO, Horacio. **Territorios Posibles**: procesos, lugares y actores. Buenos Aires:

Lumiere, 2009.

BRANDÃO, Luis. **Teorias do espaço literário**. São Paulo: Perspectiva; Belo Horizonte: FAPEMIG, 2013.

BUILES, Ana; MEJÍA, Danny. Distopía, frontera y desplazamiento en la novela *Ver lo que veo*, de Roberto Burgos Canto. **Contexto**, vol. 26, n. 28, p. 58-70, 2022.

BURGOS, Roberto. **Ver lo que veo**. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana, 2017.

CANDAU, Joël. **Memória e identidade**. São Paulo: Contexto, 2023.

CANDIDO, Antonio. **Literatura e sociedade**. Rio de Janeiro: Ouro sobre azul, 2006.

CHALHOUB, Sidney; PEREIRA, Leonardo. (org.). **A história contada: capítulos de história social da literatura no Brasil**. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1998.

COLOMBIA. **Constitución Política de la República de Colombia 1991**. Departamento Administrativo de la Función Pública. Bogotá, 2024.

COLOMBIA. **Ley n. 1448, de 2011**. Ley de Víctimas y Restitución de Tierras y Decretos Reglamentarios. Dicta las medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno. Diario oficial de la República de Colombia. Bogotá, n. 48.096.

COLONNA, Vincent. **Autofiction & autres mythomanies littéraires**. Auch: Tristram, 2004.

COLORADO, Paula. La novela colombiana ante la historia y la crítica literarias (1934-1975). **Estudios de Literatura Colombiana**, Medellín, n. 36, p. 13-35, 2015.

CORNEJO, Antonio. La literatura latinoamericana y sus literaturas regionales y nacionales como totalidades contradictorias. *In*: PIZARRO, Ana. (Comp.). **Hacia una historia de la literatura latinoamericana**. México: Colégio de México, 1987.

COUTINHO, Eduardo. **Literatura comparada na América Latina: ensaios**. Rio de Janeiro: EdUERJ, 2003.

CNRR. **El despojo de tierras y territorios: aproximación conceptual**. Bogotá: IEPRI-CNRR-Memoria histórica, 2009.

CRUZ, Joannie. Sobrepoblación en San Andrés: una amenaza al medio ambiente. [Entrevista cedida a] Daniel Newball. **Radio Nacional de Colombia**, Bogotá, 24 nov. 2021. Disponible en: <https://www.radionacional.co/regiones/insular/sobrepoblacion-en-san-andres-una-amenaza-al-medio-ambiente>. Acceso en: 20 feb. 2024.

DARDEL, Eric. **El hombre y la tierra: naturaleza de la realidad geográfica**. Madrid: Biblioteca Nueva, 2013.

DEL CASTILLO, Nicolás. La primera visión de las costas colombianas.

Banrepcultural, 21 jul. 2017. Disponible en: <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-27/la-primer-vision-de-las-costas-colombianas>.

DOUBROVSKY, Serge. O último eu. *In*: NORONHA, Jovita (org.). **Ensaio sobre a autoficção**. Belo Horizonte: Editora da UFMG, 2014.

ETTE, Ottmar. De islas, fronteras y vectores. Ensayo sobre el mundo insular fractal del Caribe. **Iberoamericana**, España, v. 4, n. 16, p. 129-143, 2004. <https://doi.org/10.18441/ibam.4.2004.16.129-143>.

FUENTES, Carlos. **Cervantes o la crítica de la lectura**. México: Joaquín Mortiz, 1976.

GARPARINI, Philippe. Autoficção é nome de quê? *In*: NORONHA, Jovita (org.). **Ensaio sobre a autoficção**. Belo Horizonte: Editora da UFMG, 2014.

GAVIRIA, Enrique. **Política exterior colombiana (Tomo I):** nuestro archipiélago de San Andrés y el tratado con Nicaragua. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2001.

GINZBURG, Carlo. **Olhos de madeira:** nove reflexões sobre a distância. São Paulo: Companhia das Letras, 2001.

GMH. **La tierra en disputa:** memorias de despojo y resistencia campesina en la costa Caribe (1960-2010). Bogotá: Taurus, 2010.

GOMES, Paulo. **O lugar do olhar:** elementos para uma geografia da visibilidade. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2013.

HALBWACHS, Maurice. **A memória coletiva**. São Paulo: Centauro Editora, 2013.

HENAO, Simón. La duración del despojo en Ver lo que veo de Roberto Burgos Cantor. **América sin Nombre**, n. 24, p. 49-56, 2020.

KLOCK, Ana; LOPEZ, Christian; FLECK, Gilmei. Novela Histórica – Escritura híbrida de historia y ficción: Vías de descolonización para América Latina. **Revista X**, Curitiba, v. 18, n. 01, p. 315-337, 2023.

KLINGER, Diana. **Escritas de si, escritas do outro: autoficção e etnografia na narrativa latino-americana contemporânea**. Tese de doutorado: Universidade do Estado do Rio de Janeiro, Instituto de Letras, 2006.

LE GOFF, Jacques. **Por amor às cidades**. São Paulo: Editora de la Unesp, 1998.

LE GOFF, Jacques. **História e memória**. Campinas: Editora de la Unicamp, 1990.

LUDMER, Josefina. **Aquí América latina:** una especulación. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2010.

MÉNDEZ, Diana. Las historias de la literatura regionales como nuevo paradigma identitario. **Universidad de Santo Tomás**, Bogotá, n. 7, p. 87-98, 2007.

MONTAÑEZ, Gustavo. **Razón y Pasión del Espacio y el Territorio**. Espacios y Territorios: Razón, Pasión e Imaginarios. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. 2001.

NORA, Pierre. Entre memória e história: a problemática dos lugares. **Projeto História**, São Paulo, v. 10, p. 7-28, 1993.

OSPINA, William. **Pa que se acabe la vaina**. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana, 2013.

PEÑA, Santiago. Jorge Eliécer Gaitán, el caudillo que hubiera transformado a Colombia. **Agencia Anadolu**, 09 abr. 2018. Disponible en: <https://www.aa.com.tr/es/mundo/jorge-eli%C3%A9cer-gait%C3%A1n-el-caudillo-que-hubiera-transformado-a-colombia/1112813>.

PESAVENTO, Jatahy. História e literatura: uma velha-nova história. *In*: DA COSTA, Cléria; MACHADO, Maria. (org). **História e literatura: identidades e fronteiras**. Uberlândia: Edufu, 2006. p. 11-28.

PINILLA, Alexis. El compendio de historia de Colombia de Henao y Arrubla y la difusión del imaginario nacional a comienzos del siglo XX. **Revista Colombiana de Educación**, Bogotá, n. 45, 2003. Disponible en: <https://revistas.pedagogica.edu.co/index.php/RCE/article/view/5492/4519>.

POSADA, Nicolás. **Panorama de la literatura colombiana**. Bogotá: Cromos, 1951.

PROCOLOMBIA. **Historia de Marca Colombia**. 2022. Disponible en: <https://www.colombia.co/marca-pais/quienes-somos/historia-de-la-marca/historia-de-marca-colombia/>.

PROCOLOMBIA. **Así fue la Gran Colombia de Bolívar**. 2020. Disponible en: <https://colombia.co/pais-colombia/historia/asi-fue-la-gran-colombia-de-bolivar>.

QUIJANO, Aníbal. Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. *In*: LANDER, Edgardo. (comp.). **La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas**. Buenos Aires: CLACSO, 2000. p. 122-151.

RADIO AMBULANTE: bajo las baldosas. Entrevistado: Francisco Medina Donoso. Entrevistadora: Lucía Cholakian Herrera. Chile: 23 abr. 2024. **Podcast**. Disponible en: <https://radioambulante.org/transcripcion/bajo-las-baldosas-transcripcion>. Acceso en: 15 jun. 2024.

RADIO AMBULANTE: la noche más larga. Entrevistada: Diana Andrade. Entrevistador: David Trujillo, Colombia: 11 abr. 2025. **Podcast**. Disponible en: <https://radioambulante.org/transcripcion/la-noche-mas-larga-parte-1-repeticion-transcripcion>. Acceso en: 20 abr. 2025.

RADIO, Redacción Blu. ¿Por qué Colombia es uno de los países más alegres del mundo? El análisis con los expertos. **Blu Radio**, 9 jan. 2022. Disponible en: <https://www.bluradio.com/sociedad/cultura/por-que-colombia-es-uno-de-los-paises-mas-alegres-del-mundo-el-analisis-con-los-expertos>.

RAMA, Ángel. **La ciudad letrada**. Montevideo: Arca, 1998.

RESTREPO, Jorge; SPAGAT, Michael; VARGAS, Juan. **La dinámica del conflicto colombiano, 1988-2003**. Royal Holloway University of London: Inglaterra, 2004.

REYES, Carlos. El costumbrismo en Colombia. *In*: POVEDA, Fernando. Manual de literatura colombiana I. Bogotá: Procultura/Planeta, 1988. p. 175-245.

RICOEUR, Paul. **Tiempo y narración I: configuración del tiempo en el relato histórico**. México: Siglo Veintiuno Editores, 2004.

RIVAS, Luz. Del autoexilio al viaje de vuelta a la isla: la recuperación de la historia y del lugar propio en Los cristales de la sal, de Cristina Bendek. **Perspectivas Afro**, Cartagena, p. 307-322, 2022.

ROA, Augusto. **Vigilia del Almirante**. Barcelona: Editorial Santillana, 1992.

SECRETARÍA DE TURISMO. **Nuestro archipiélago**. 2022. Disponible en: https://turismo.sanandres.gov.co/?page_id=11.

SELIGMANN-SILVA, Márcio. **A virada testemunhal e decolonial do saber histórico**. Campinas, SP: Editora da Unicamp, 2022.

TAYLOR, René. **El arte de la memoria en el Nuevo Mundo**. Madrid: Editorial Swan, 1987.

TAMAYO, Carolina. Colombia, en top 20 de países para viajar. **El colombiano**, 18 oct. 2019. Disponible en: <https://www.elcolombiano.com/entretenimiento/turismo/colombia-en-top-20-de-paises-para-viajar-IP11780910>.

THEIDON, Kimberly. Género en transición: sentido común, mujeres y guerra. *In*: ROMERO, Mauricio (ed.). **Verdad, memoria y reconstrucción**. Bogotá: Centro Internacional para la Justicia Transicional, 2008, p. 295-325.

VILLA, Juan. La memoria como territorio en disputa y fuente de poder: un camino hacia la dignificación de las víctimas y la resistencia no-violenta. *In*: ICTJ. **Recordar en conflicto: iniciativas no-oficiales de memoria en Colombia**. Bogotá: Centro Internacional para la Justicia Transicional (ICTJ). p. 73-102.

WILLIAMS, Raymond. Tomás Carrasquilla, Mario Vargas Llosa y el regionalismo del siglo XXI. **Lingüística y Literatura**, Medellín, n. 61, p. 19-26, 2012.

ŽIŽEK, Slavoj. **Violência: seis reflexões laterais**. São Paulo: Boitempo, 2014.